

Agustín Gómez-Arcos

La enmilagrada

Traducida del original francés
por José Heras Sánchez.

UNIVERSIDAD DE GRANADA

ACTA DEL GRADO DE DOCTOR EN FILOLOGIA ROMANICA

Curso de 19 89 a 19 90

Folio

Número 531


Reunido en el día de la fecha el Tribunal nombrado para el Grado de Doctor de D. José Heras Sánchez, el aspirante leyó un discurso sobre el siguiente tema, que libremente había elegido: *Los Enmiatagada de A Gómez Arcus*
Análisis Estructural

Terminada la lectura y contestadas las objeciones formuladas por los Jueces del Tribunal, éste le calificó de *Apto cum laude*.

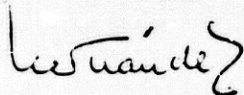
Granada 3 de julio de 1990

El Secretario del Tribunal,

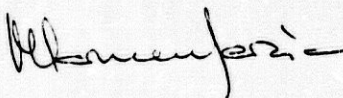
EL PRESIDENTE,



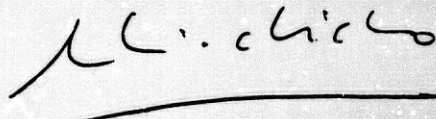
El Vocal,



El Vocal,



El Vocal,



Firma del Graduando,



INVESTIDURA ..

En el día de la fecha se ha conferido a D.
..... el Grado de Doctor en la Facultad de,
conforme a lo prevenido en las disposiciones vigentes.

Granada de de 19

EL DECANO,

CERTIFICO: Que el Acta que antecede concuerda con la del expediente del interesado remitida a la Secretaría de la Universidad.

Granada de de 19

El Catedrático Secretario,

V.º B.º
EL DECANO.

à C.D.
en toute amitié.
A.G.A.

Agustín Gómez-Arcos

La enmilagrada

Traducida del original francés
por José Heras Sánchez.

L A E N M I L A G R A D A

Ocho y media de la mañana del segundo domingo de agosto. Décimosegundo cumpleaños de la pequeña, llamada Juliana. Nació bajo el signo protector de la Virgen, al menos eso afirman tita y el cura quienes tuvieron sus respectivas visiones el día en que Adelaida dio a luz repentinamente esta niña prematura, un catorce de agosto a eso de las doce de la noche, casi se podría decir el quince. Una señal, según ellos, clara y precisa. Y, para la Virgen Santísima, una forma muy particular de celebrar su día: como las personas que, por miedo a que se olviden de ellas, se compran ellas mismas sus regalos de cumpleaños.

Personas y bestias están levantados desde el alba y entregados al trabajo, pero, a pesar de la hora tardía, el interior de la casa está tranquilo, casi silencioso. Tan sólo las voces exquisitamente refinadas de la radio de Casimira se dejan oír desde la cocina. De vez en cuando, escapándose desde la penumbra de su habitación, se le unen los entrecortados gemidos de madre, como si su eterno sufrimiento debiera hacerse eco de las infinitas desgracias difundidas por el serial radiofónico. Pero estos ruidos forman parte del silencio cotidiano y nadie les presta especial atención.

En el exterior, sin embargo, todo se mueve, zumba, crepita: el campanario anuncia con tres horas y media de adelanto la misa de las doce, el autobús a punto de partir para la ciudad lanza sus últimas llamadas y, sobre todo, el corral en revolución resuena con gruñidos de animales que reclaman su comida en todos los tonos.

Casimira vuelve a cerrar la ventana y se hace la tonta: ella no los alimentará hasta las diez en punto, una vez terminado el capítulo matinal del trepidante folletín que sigue con pasión desde hace ya casi seis meses y cuyas peripecias no dejará de comentar, dentro de un rato, entre las gallinas y las cerdas. Qué lástima, se repite ella por enésima vez: en estos edificantes discursos, en su mensaje al alcance de todos, cada uno podría encontrar su enseñanza, pero nadie en la casa tiene tiempo que perder oyendo estas fantásticas historias de

esposas adúlteras, de maridos infieles, de amores trágicos que, al menos durante su evocación, parecen destinados a ser eternos. Nadie, excepto la pequeña Juliana quien, en las horas de audición, entra sigilosamente en la cocina y toma asiento en primera fila delante de la famosa radio. Pero es aún demasiado inocente para servir de interlocutora: sería como hablar en el desierto. Casimira prefiere las gallinas y los cerdos.

Hoy todas sus costumbres se han trastocado. La pequeña no se ha visto por la cocina ni para reír ni para estremecerse por la tragedia conyugal que se desarrolla en las ondas, ni para reclamar su desayuno. Hoy, es su cumpleaños. Sus doce primaveras, como dice Casimira, en pleno mes de agosto. *Secuestrada* en cuerpo y alma por tía Dolores, quien la condujo temprano a la iglesia. Un cumpleaños como debe ser comienza por una confesión general, seguida de la penitencia que hay que cumplir: un rosario rezado de rodillas ante la Santa Patrona y un acto de contricción haciendo promesas de castidad, obediencia, modestia y caridad. Una hora y media larga de cuchicheos mientras tita, ayudada por Pepito Mariposa, adorna con abundantes flores el altar mayor: la magnificencia de la misa mayor contribuirá a grabar en la memoria de las gentes el día en que cumplió los doce años Juliana. Edad en que la infancia termina, etapa difícil y delicada, peligrosa, que se debe confiar en buenas manos (las de Dios) antes que en las, siempre dudosas,

de la vida. Al menos es la opinión de tía Dolores, encargada de las relaciones públicas entre la casa y la iglesia. Tarea difícil dado el dichoso carácter anticlerical de abuela. Tía Dolores asume cristianamente esta dura obligación desde que el nacimiento de Juliana quebrantó la salud de su hermana Adelaida. Nacimiento desgraciado, repite ella en la penumbra de la habitación donde yace ésta. Pero no se atrevería a expresarse así delante de su madre. Para su madre, a quien se le llama *abuela* desde el día en que Andrea nació, la arrogante salud de Juliana es la mejor prueba de que la vida tiene siempre la última palabra.

2

Nada de desayuno antes de comulgar, ordenó la beata esta mañana. Indecente, la forma en que las gentes se agarran a los nuevos preceptos de la iglesia para atracarse de leche con sopas antes de acercarse al altar mayor y recibir allí el cuerpo de Cristo. Si yo fuera el papa... Casimira contempla a la pequeña, muestra aspecto de decaimiento (exagerado, por supuesto) y vierte la leche humeante en la cacerola. ¡Paciencia, mi ángel! Tu tita se obstina en hacer las cosas al modo antiguo. Tanto peor para tí si, entre plegaria y plegaria, tu estómago se entrega a un *lastimoso concierto de vacío*. (Figura retórica tomada de la radio, única fuente de saber de la vieja criada).

Después corresponderá a Andrea proceder al aseo de su hermanita, vestirla como un ángel de blancura (o casi) para exponerla a las miradas de los pueblerinos, perfumada con agua de colonia y peinada con bucles como una princesa de pintura. El vestido está preparado. Los guantes y los zapatos. Las medias (su primer par: medias de mujer, como debe ser). Y también su primer bolso, provisto de peine y espejo.

Entre tía Dolores y Andrea se ha establecido un cierto equilibrio que ha convertido a la pequeña en producto de síntesis de sus concepciones de la vida, de sus respectivos gustos (la enfermedad de Adelaida, su incapacidad para ocuparse de su segunda hija han contribuido mucho). Para su hermana mayor, Juliana no es más que una muñeca a quien se viste y se peina, respondiendo de este modo al despertar precoz de su instinto maternal; para la tía, la niña es ante todo un alma que hay que salvar. Abuela deja hacer, ella prefiere el mundo de los adultos, los quehaceres de la tierra y del ganado que dirige con mano firme, un *verdadero hombre* que es (así se expresa refiriéndose a ella Casimira, que tiene la lengua demasiado larga).

Este hombre-abuela ha decidido que hoy la fiesta no comenzará para la familia antes de las doce, con la misa mayor y la comida de cumpleaños. Los derechos de la tierra son prioritarios: los animales, por ejemplo, hay que alimentarlos bien; no se puede olvidar el riego de los bancales ni dejar al queso enmohecerse en

el aprisco. Cuando se vive de la tierra ésta no te permite descansar hasta el día en que definitivamente te cubre. Abuela lo repite incansablemente. Las tierras que posee, tan vastas que su vista no puede abarcarlas, han sido desde siempre la cuna y la tumba de sus antepasados: su vida y su muerte. Su voz se hincha de orgullo cuando habla de esto, suena como un toque de victoria.

Ella tiene setenta y cinco años, abuela en masculino, pero trabaja como si tuviera veinte. Sus manos jamás han estado vacías o desocupadas, no abandonan las herramientas de trabajo sino para coger el lápiz y el libro de cuentas. Duerme poco, apenas se desnuda, a no ser para su baño semanal. No soporta ver a los suyos con las manos sobre las rodillas. Manos campesinas, hechas tanto para coser como para zurcir, desgranar, partir las almendras y las nueces, vaciar las vainas de las habichuelas. Trabajar, trabajar, siempre trabajar, repite ella. Y nadie se atrevería a contradecirla.

El trabajo incansable les proporciona un cierto desahogo que las gentes de por aquí llaman *riqueza*. Pero es mucho decir. El dinero que abuela guarda celosamente en su arca no bastaría para comprar un automóvil como el de los veraneantes que pasan sus vacaciones en el pueblo. Unos ahorros más bien escasos, contados y recontados hasta el último céntimo, que permiten justo pagar los medicamentos de madre enferma, los abonos, los empleados fijos y algunos trabajadores agrícolas contratados en la

época de la recolección. Ella no puede hacerlo todo. Y padre tiene la desgracia de ser, por así decirlo, manco...

Andrea, en el obrador, piensa en todo esto mientras da el último toque al vestido de Juliana. Hija concienzuda y hacendosa, la cabeza bien sentada, en eso se parece a abuela, como dice Casimira cuando está de mal humor. Pero Andrea prefiere la alegría y se burla, (a escondidas) de la beatería extravagante de tita. A veces sueña también. Pero sus sueños no sobrepasan jamás los límites de lo razonable para una jovencita: boda, niños, acondicionamiento de un nuevo cuarto de baño en la primera planta, quizás incluso una estancia con madre en un balneario. No sueña con viajes al fin del mundo como su hermana menor. No tiene la imaginación fantástica de Juliana. ¡Ay, ella!...

Y Andrea sonríe.

3

En la cocina, abuela regaña ya a Casimira que, el oído pendiente de la radio, no deja por eso de trabajar como una mula.

¡Qué lata, esta caja de seriales!. La radio se ha convertido en manzana de discordia entre las dos ancianas. Casimira la compró a plazos y aún la está pagando. Más aún: después de una larga disputa con *señor tu abuela* que la acusaba de descuidar el corral a causa de estos

pasatiempos de holgazanes, Casimira, orgullosa como nadie, decidió pagar de su bolsillo una parte del fluido eléctrico. Abuela no rechazó esta contribución a los gastos de la casa, y, aunque a regañadientes, acabó por aceptar que gallinas, cerdas y conejos no comerán hasta después de las diez y aún con prisas esperando no perderse el serial de las once y veinte y sus infinitas variantes sobre las ansias del incesto. Acuerdo que no ha impedido a este tío con enaguas (como abuela se hace llamar en la cocina) comprar un reloj de bolsillo para mejor controlar el horario de esta pobre Casimira que, teniendo su misma edad, no es menos testaruda que ella.

"¡Tengamos la fiesta en paz, por favor!" se oye gruñir a Casimira quien, una vez concluido su capítulo, desconecta la radio. "¿No tiene usted nada mejor que hacer que darme la lata?"

¡Ya estamos!" murmura Andrea. Cuando Casimira habla de usted a abuela es porque está muy enfadada. La joven presta atención.

El grito de incredulidad (fingido) de abuela no se hace esperar:

"¿Que yo te doy la lata? Tiene la cara de refunfuñar cuando yo, la patrona..."

- Sí, señor, interrumpe la otra, inflexible. Es la cuarta vez que ha venido a meter la nariz en mi cocina, las he contado bien. Toda la mañana tras mis talones como un perro policía. He aquí una profesión que le habría convenido: ¡policía!. Pues sí, no tengo pelos en la lengua y no oigo otra cosa desde hace cincuenta años,

¡un siglo!. Pero esta mañana a las cinco, cuando salté de la cama para empezar a preparar la comida de cumpleaños, observé que usted no había consultado su dichoso reloj. ¡A las cinco de la mañana usted roncaba, buena señora!" (E imita el horrible gruñido de un cerdo al que se degüella. Ella llama a esto roncar).

Abuela se queda boquiabierta. Con Casimira, ya se sabe, ni tiempo hay para una palabra. Y continúa:

"Es verdad que lo hago por Juliana, no por usted. se lo juro. Pero en fin, usted podría sin embargo dejarme en paz cuando oigo mi radio, si no es mucho pedir. Yo no la escucho ni con mis manos ni con mis pies, como usted da a entender. Y no es con mis orejas con lo que yo bato los huevos o con lo que voy y vengo de la cocina al corral cien veces al día. ¿Quiere incluso que me quede sorda?. Dígame, por ejemplo: ¿Cómo querría usted, si no es así, que esté al corriente de lo que pasa en el mundo? No me puedo costear el lujo de ir a la ciudad dos veces por año como otras que yo conozco muy bien: yo soy pobre. ¿Me ha visto usted irme de vacaciones alguna vez, abandonar sus gallinas aunque fuera domingo?. Mire, hoy que es fiesta, estoy preparando la comida de los cerdos, sí señor. ¡Sus cerdos, no los míos!. Por suerte para usted yo no soy beata como su hija mayor, porque a mí también me gustaría estar ahora en la iglesia arreglando las flores con mis manos, en lugar de tenerlas aquí en la masa. ¡Ah, qué penosa es la vida de los pobres!.

-De todas las cruces que he arrastrado en mi vida tú eres la más pesada. ¡Acabarás por enterrarme!" grita abuela al tiempo que presta atención a la radio.

Por la ventana del obrador Andrea las ve atareadas en la limpieza del corral, repartiendo el grano, la hierba fresca y el pienso, recoger los huevos y contar los conejos. éste es, para las dos ancianas, un domingo como los demás. El reloj-policía por fin ha desaparecido en el bolsillo del delantal de abuela. Como cada vez que discuten, la calma ha vuelto repentinamente, tras una palabra o un golpe de risa, sin que nadie la llame. Con gran entusiasmo y lujo de detalles, Casimira le cuenta el emocionante capítulo de esta mañana; ya la tutea, diciendole *hija mía, ¡deberías oír eso!*. Abuela exclama, grita, comenta el episodio. También ella tiene espíritu novelesco, Casimira lo sabe. Las dos viejas se conocen desde la infancia, se saben de memoria.

Sonriente, Andrea entorna la ventana. No soporta los seriales radiofónicos, sobre todo revisados y corregidos por Casimira.

Sirviéndose de una plancha y una esponja empapada de engrudo, almidona por enésima vez los volantes del vestido de cumpleaños de Juliana. Su hermanita, como la llamaba hasta ayer. Hoy ya es diferente, Juliana cumple doce años. Conviene de una vez hacerse a la idea de que se está haciendo mujer. A esta edad, aunque el comportamiento sea infantil, la naturaleza cambia. Juliana es un ejemplo evidente.

Prematuramente desarrollada, su regla le vino el año pasado, durante una noche de nieve. Andrea lo recuerda como si fuera ayer: en ese tiempo aún compartían la misma habitación. Poco antes del amanecer, el llanto de la pequeña la despertó. Temiendo que fuera una pesadilla, Andrea se levantó precipitadamente. La pequeña estaba completamente despierta. Una oscura flor se extendía sobre su camión. En la pálida penumbra, Juliana, crispada como una rama de espino, contemplaba con ojos horrorizados esta floración de sangre que fluía de su cuerpo. Ella sollozaba repitiendo no es nada, no es nada, Andrea la apretó entre sus brazos. Juliana no cesaba de lloriquear: "me voy a morir, tengo la misma enfermedad que mamá".

Demasiado joven aún, ella no sabía qué hacer, cómo resolver aquel problema. Llamó a abuela, a Casimira, a tita. Pero nadie acude. Todos salieron a atender a los animales y a cubrir con lonas el granero y el pajar, o a limpiar el patio del metro de nieve caída. Se les veía por la ventana: padre, Tonio, Noro, atareados, pala en mano, en acumularla en blancos montículos a una y otra parte de la reguera. Capitán polar, abuela lanzaba órdenes al mismo tiempo que arrojaba sal gruesa sobre la escalinata.

Andrea bajó en busca de Casimira, remedio de todos los males. Pero en vano. La cocina estaba desierta, la cafetera humeante sobre el hornillo y la radio desconectada. Encuentra a la vieja criada en el corral a punto de cerrar los gallineros y las conejeras, hablando ella sola

como de costumbre cuando la radio no transmite. Enloquecida, la joven la puso al corriente de lo ocurrido a la niña.

Con su delantal lleno de huevos aún calientes la anciana mujer dijo:

"Nada extraño. Crece muy aprisa. Con diez años, mostraba ya tetas hinchadas como granos ... Son las palabras de tu tía, ¿Es que no te acuerdas?. Y además, ¿Cuál es el problema?. Deberías haberselo explicado en lugar de dejarla lloriquear.

- No me he atrevido a causa de la enfermedad de mamá.

- Y ¿Quieres decirme qué diablo tiene que ver esto con la enfermedad de tu madre?. Eres una tonta y ya estás en edad de espabilarte. ¡Iré a hablarle yo! ¡Toma los huevos!. Ten cuidado, tiembles como un flan. La teneis muy consentida, ya está: la pequeña por aquí, la pequeña por allí... ¿Resultado? Se desarrolla sin advertirlo y se asusta de su pecho y de su regla. Tu tía debería tener la lengua cortada, te lo juro, porque todo es culpa suya; siempre repitiendo que es pecado. ¡Un pecado! Yo me callo ¡pero esto es decir que todas las mujeres somos pecados ambulantes!. ¿No eres tú también un pecado?. Sí, anda, tuerce la boca, pon aire de presumida. Tú sabes ya demasiado, no creas que me engañas. ¿Piensas que no me doy cuenta de tu manejo con Tonio?. Como por casualidad siempre dispuesta a ir con él a recoger las castañas ... ¡Quisiera saber si tú no has puesto ya la mano donde no se debe!. Quitame estas sábanas y

tráeme agua caliente que lave a esta niña de pies a cabeza. ¡Pero no llores, ángel mío, no vas a llorar por unas gotas de sangre!. Esto se llama la regla, mi ramo de jazmín, no tiene nada que ver con una enfermedad. Si no, todas nosotras, las hembras, seríamos enfermas incurables hasta la hora de la muerte o poco menos. Porque tú te has convertido en pequeña hembra, un pequeño cántaro lleno que se derrama, una pequeña fuente que se despierta. ¡Ah! ¡Cuánto pesas para mis cansados brazos! Ponte de pie, no tengas miedo, ven a mirar la nieve por la ventana. Uy, uy, uy estos ojos rojos: ¡dos moras!. Bueno, se acabó, sécate esas lágrimas y vamos a escuchar la radio, te voy a hacer tortas fritas. Mira, esto te va a ocurrir una vez al mes. No más de una cada mes. Y no te preocupes, ¿de acuerdo?. Te enseñaré a lavarte tú sola, como enseñé a tu hermana.

- ¿Andrea también ha estado enferma?

- Enferma, enferma ... ¡Te prohíbo pronunciar esta palabra! Pues sí, le ha ocurrido antes que a tí, como a todas nosotras. ¡Y no veo por qué ella iba a ser distinta a las demás! Es un poco aprensiva, de acuerdo, se asusta por nada, pero no es un monstruo, que yo sepa. ¡Ay, mi leche que se derrama! Qué desgracia, yo sola tengo que cuidarme de todo en esta casa ... ¡Cierra la puerta que no se escape!".

Lágrimas mezcladas con risas: con Casimira, el drama jamás triunfa; ella sabe mejor que nadie transformarlo en comedia.

Andrea sonríe. Las cosas son como deben ser. Ya que su hermana se convierte en mujer y comienza a conocer los problemas de la mujer, es necesario acostumbrar a los demás a considerarla *como tal*. Sobre todo en casa. Nada de pequeña, una joven, como lo que es. Una nueva Juliana que (; presurosa, hay que reconocerlo !) empuja la puerta del mundo de las jóvenes. Alguien a quien hay que llamar por su verdadero nombre, no llamarla más *mi corazón, mi pulga o mi pequeña, mi cosa*, la fórmula es de Casimira que ha debido oírlo en la radio, pero Andrea reconoce que por una vez ha acertado).

Discusiones (; casi bofetadas !) se han producido ya entre tía Dolores y ella a propósito del vestido de cumpleaños. Tita lo quería *rosa de inocencia*, ella rojo. Sí, a lo mejor era demasiado un vestido rojo para una niña de doce años, pero, sabiendo que su tía confunde a conciencia el rojo con el diablo, cosiendo el uno al otro en una bandera única de pecado, Andrea no ha dudado en atizar el fuego. Era un sábado, después de la cena. Padre mordisqueaba su cigarro. Tonio acababa de encender su cigarrillo y a Noro se le prohibió fumar en la mesa. Tú no tienes edad, no eres más que un niño, cantaba Juliana al unísono con abuela. Con su rostro en el apogeo de la consternación, tía Dolores preguntó entonces si Andrea no querría *por casualidad* convertir a su hermanita en una auténtica zorra. Aquello parecía Troya. Los hombres tuvieron que abandonar el comedor (Noro en cabeza, el deseo

de fumar a escondidas lo incitaba cada vez más a levantarse el primero, como un empleado respetuoso, decía Casimira, con aire burlón, añadiendo a media voz: "Ten cuidado, ¡el tabaco vuelve impotentes a los hombres!") y abuela se vió obligada a intervenir, llamando al orden a tía y sobrina. Pero el daño estaba hecho: abiertamente, a Juliana le gustaba el *color del pecado* y estaba dispuesta a vestirse de rojo. Sin preocuparse del bastón de autoridad de abuela, ella juró por su madre que tendría *doce años rojos* o no los tendría de ninguna forma.

Como de costumbre, es Casimira quien encontró una solución de compromiso (a medio camino entre los dos extremos, ha explicado con modestia) y consiguió ponerlas de acuerdo (salvo a Juliana, quien la ha acusado de querer estar bien con todos): una tela blanca con lunares rojos, discreta y fresca, como conviene a una niña, descubierta *casualmente* en el fardo de un vendedor ambulante. "Estaba oculta bajo una alfombra de oriente, he tenido suerte".

¡He lo aquí por fi. el vestido de cumpleaños! Presenta cierto parecido con un disfraz, como si Juliana fuera a una corrida en lugar de a la misa mayor, pero a pesar de todo es un vestido de jovencita, no de muñeca. Colgado de la percha, ¡parece un revuelo de volantes!. Pinzas en el pecho y frunces en el talle prefiguran sin duda torso y caderas de adulta.

Repentinamente la mirada de Andrea se hace cómplice, su sonrisa coqueta. Ella ha concebido este vestido de adolescente para mejor hacer

fracasar las blusas y fajas donde tita se obstina en querer encarcelar el cuerpo de su hermana. Esta tarde, en el baile, Juliana se destacará *indudablemente*: los chicos van a descubrir por primera vez su oculta naturaleza de mujer que crece como la hierba, como dice Casimira. Ya es hora. En esta familia en la que la única enfermedad hereditaria consiste en nacer hembra, el asunto más importante, desde el uso de razón, es el casamiento. Aquí se vive de la tierra y la tierra necesita hombres.

4

Sobre este punto abuela es tajante. Salvo a la nieta de Casimira, la Rosita (a quien ella consideraba un poco como de la familia, lo que no le impidió echarla a la calle a la primera ocasión), no ha empleado jamás mujeres en casa. En cambio, ha decidido que Andrea se casaría con Tonio, joven sacado del hospicio, como Noro. Qué más da, son buenos muchachos y lo demuestran cada día con su trabajo. Abuela les manifiesta más afecto que a algunos pequeños herederos de la comarca... ¿Acaso porque proceden de un medio en el que no se tiene pasado?. En cualquier caso abuela no quiere hombres *supeditados* a una familia: afirma que la familia del marido únicamente sirve para meter la nariz donde no le importa. Con padre, hizo igual: nada de parientes. Según Casimira, el no haber sido sacado del hospicio, sino de una feria de

ganado, no lejos de aquí, no impide que sea igualmente huérfano. Para abuela, es un seguro de honestidad, de inquebrantable fidelidad a la *causa sagrada* de la Cornisa, como lo proclama Casimira con su más excelente voz radiofónica.

Y Andrea sonríe, como siempre que recuerda cuando la vieja criada le contaba en secreto la historia familiar. Abuela no ha tolerado jamás que se le preguntara nada sobre el pasado. Era preciso pues informarse en la cocina, de donde, cuando era pequeña, salía cada vez más llena de admiración por el formidable carácter de *señor tu abuela*. Un día seré como ella. Exactamente igual. Recuerda haber comprado con el primer dinero que le dieron un cuaderno negro muy pequeño, la reproducción en miniatura del libro de cuentas que abuela guardaba bajo llave en su arca; anotaba allí los días festivos y los lectivos, el número de conejos de las camadas de primavera, los huevos que Casimira sorbía para *mantenerse en forma* ...

A menudo está en desacuerdo con tita o con padre, jamás con abuela. A ella le sobra experiencia de la vida. Sabe lo que hace, siempre lo ha sabido. Nunca ha pensado en oponerse a ella. En el fondo de su corazón ha dicho ya que sí a su casamiento con Tonio. No encontrará nada mejor en el pueblo ni en sus alrededores, incluidos los hijos de los ricos comerciantes de la capital. No hay muchas opciones, seamos realistas. Tonio se encuentra al alcance de la mano, es serio, poco hablador, no es amigo de bailes ni aficionado a las

partidas de cartas el domingo por la tarde en el casino. No le gusta ir a golpear a la ciudad como muchos. Desde que abuela le hizo comprender que lo ha elegido para entrar *un día* en la familia Cuervo, siente un gran respeto por Andrea, que no es tampoco de naturaleza particularmente traviesa, como dice Casimira de algunas mujeres. Será un buen marido: honrado, trabajador y fiel. Con él las cuentas estarán siempre claras, abuela está convencida de eso. Qué importa que no sea hijo de personas importantes, aunque mucho lo sienta tía Dolores.

Bueno, van a dar pronto las diez y media, tita y Juliana deben estar a punto de regresar de la iglesia.

Andrea sonríe, esta vez mostrando gran comprensión hacia su tía. Pues ella también conoció, de niña, estas confesiones generales que son la debilidad favorita de tita. No tiene importancia. Para crecer con normalidad una niña tiene que saber distinguir el bien del mal, el abismo que separa el vicio de la virtud. No es necesario hacerse beata (tita exagera un poquito como todas las solteronas) sino estar en disposición de valorar las cosas de la vida, las buenas y las malas. Hay muchas jóvenes perdidas en este bajo mundo, tita tiene razón. La Rosita, por ejemplo, ejerce la prostitución, todo el mundo lo sabe (pero Casimira con dientes y uñas cuando se trata de *su carne*, no se priva de atacar a aquellos que la ofenden, tita la primera, afirmando que es una profesión muy social, sí señora, vaya si no a preguntar a

los machos, si señor cura, una profesión como cualquier otra, en todo caso mejor remunerada y más independiente que la de sirvienta, ¡de esto sé un rato!). Abuela se ha hecho durante mucho tiempo la sorda (es nuestro problema, decía Casimira con aire misterioso), pero la despidió el día en que descubrió que padre iba por la noche a buscarla para solazarse. Un mes de plazo y punto. Casimira refunfuñó durante dos o tres días, después acabó por resignarse. Abuela no le dio explicaciones; tampoco ha regañado a padre. Debíó encontrar su comportamiento muy normal; no hay que olvidar que mamá está enferma desde el nacimiento de Juliana. ¡Qué sacrificio para un hombre, doce años sin mujer!. ¡Pero vaya usted a explicárselo a Casimira quien, con su mejor voz radiofónica, lo ha acusado de corrupción de menores!. Aquel día hizo huelga de brazos cruzados. Mirada altanera, abuela se puso su delantal de hule y cocinó en su lugar. Canturreaba, Casimira también. Nadie comprendió nada de aquel lío.

El calor del verano penetra en el obrador, donde Andrea no cesa de trabajar. Fuera, los quintetos de cigarras comienzan a afinar: en una media hora, su crí crí invadirá las colinas, mezclándose con los cencerros de los rebaños. Andrea se acerca a la ventana, va a cerrar los postigos. Un vistazo a la calle: ni sombra de su hermana, ni de su tía, pero he aquí a Inés, la nieta de Casimira, quien, con su cesta de palma en la mano, franquea alegre la verja de la Cornisa. Andrea le sonríe y, con un gesto de

bienvenida, le indica que entre directamente por la puerta principal. Crece rápidamente esta Inés. Pero no se parece en nada a su hermana Rosita, ella se porta muy bien. No hay nada más que mirarle a los ojos: limpios como el agua de lluvia. Lo dice tita que de eso entiende como nadie. La niña debe tener la edad de Juliana, vendrá a ayudar a Casimira cuando acabe de recibir la enseñanza religiosa, dentro de uno o dos años. Abuela la ha invitado a la comida de cumpleaños. Cuando se trata de fiestas, abuela se olvida de las diferencias sociales e invita a todo el mundo. ¿No ha comprado trajes nuevos a Tonio y a Noro?. Sin embargo, los muchachos no son de momento nada más que asalariados, aún cuando Tonio es más o menos su novio oficial. Pues bien, ¡abuela se comporta igual con uno que con otro!. Verdadera abuela para todos, ella es así. Un agudo sentido de matriarcado, como dice Casimira comparándola con algún personaje de folletín, añadiendo al pasaje, que ella posee la nobleza de carácter de sus antepasados. Y es cierto. A Tonio y a Noro los ha sacado del hospicio sin hacer preguntas. Ella guarda escrupulosamente sus salarios para cuando sean mayores de edad o para los casos urgentes: enfermedad o casamiento. Como no tienen familia, abuela no ha encontrado otras eventualidades que prever. Nada de servicio militar, pues los huérfanos de nacimiento automáticamente son dispensados. Sobre esto abuela se informó detalladamente antes de firmar la documentación de la *adopción por razón de trabajo*.

¡En fin! suspira Andrea, sonriente. Retira la mesa, aparta el almidón y la plancha y posa tiernamente su vista en el vestido de cumpleaños de su hermanita. Repentinamente se acuerda de que abuela le encargó ayudar a Casimira: no se puede contar con tu tía. Y la pobre criada debe encontrarse desbordada. Valiente como siempre esta Casimira, pero ya demasiado viaja, qué vamos a hacer.

Andrea empuja la puerta de la cocina contigua al obrador. Escucha la voz de la radio que pregona, incansablemente, las peripecias de un amor desgraciado. La felicidad no existe, se dice la joven.

[5]

Tía y sobrina vuelven de la iglesia. Silenciosas.

La tía atrincherada tras un aire de perpetua consternación que ha acabado por romper la armonía de su rostro, la sobrina calmada, tranquila, ojeras de fatiga que contrastan con la exuberante salud de sus doce años.

Delgada y esbelta, físicamente Juliana se parece a abuela. Su blusa azul pálido, amplia como conviene a su edad, deja sin embargo adivinar curvas, en ella despierta una pujante fuerza carnal, que su rostro demasiado infantil no consigue borrar. Casimira la llama *sol precoz*. A la niña le agrada. Su belleza tiene

algo de confuso y turbador, de indefinido como un cambio de estación, de trémula como el agua a punto de hervir. Limpia por el momento, su mirada da la impresión de haber aprendido ya a disimular tras un angelismo fingido, hoja translúcida dispuesta a cambiar de color al menor soplo del viento. Sus manos: imprecisas e imprevisoras como las de los niños; sus labios: frutos cargados de azúcar. Desconocedora del camino recto, sus pasos la llevan a todas partes, respondiendo a las múltiples llamadas, a deseos incontrolados; como si el alto armazón de sus huesos y la carne de sus caderas hubieran cesado de someterse a las leyes de la gravedad.

Suda abundantemente, exhalando un perfume de edad tierna y de pubertad. Las mil moscas del verano revolotean entre las burbujas de saliva que humedecen las comisuras de sus labios y el pliegue húmedo que su ligero vestido oculta en su bajo vientre. Ella las ahuyenta con un leve movimiento, mitad vuelo mitad gesto, como desprovisto de energía. Evidentemente necesita un baño: apesta a cirio, al aliento agonizante de las flores de iglesia.

"Tu baño está preparado, mi ángel, exclama Casimira olfateándola desde lejos. Ya estoy dispuesta".

Se recoge las mangas de su vestido grisáceo.

"Sí, lávala por todas partes, ordena tita. Y no olvides ponerte los guantes de goma que te compré. Mi sobrina es pura como los encajes del pañuelo de la Virgen. Una hora de confesonario y dos de penitencia. ¡Ponte los guantes!. Y el

agua, bien fría, no vayamos a tentar al diablo. El día se presenta espantoso, no son más que las diez y media y la plaza quema: parece un horno. La gente debería nacer en invierno, sería mejor para los bautismos y cumpleaños.

He aquí una excelente idea para proponerla a su santidad: autorizar casamientos solo en primavera. Tendríamos veranos tranquilos.

¡Y hazlo rápido! El señor cura me ha recordado, reloj en mano, que la misa de doce no comienza a las dos, como parece que todos pensamos.

- Aquí todo el mundo se retrasa, ¡ya lo sabemos!.

- ¿Han vuelto los demás?.

- Llegarán pronto, el riego ha terminado. La reguera ya no lleva agua.

- ¿Y mi madre?

- ¡Desaparecida! ríe burlescamente Casimira. ¡Qué pregunta, hija mía!. Ella está en todas partes y en ninguna, como siempre".

Afligida, tía Dolores murmura:

" Lo sé bien. Será la última en volver.

- Tu madre jamás ha tenido demasiada prisa para ir a la iglesia, en eso se me parece", añade alegremente Casimira.

Tía Dolores la mira con ojos de rabia.

" No olvides preparar su velo, ella nunca se acuerda. ¿Estás haciendo la comida?.

- Sólo tengo dos manos.

- Y una radio, para no pensar en lo que haces.

- ¡Ya estamos!" gruñe Casimira. Se encoge de hombros y empuja a Juliana hacia la cocina.

" ¿Andrea?

- Está adornando la tarta. No ha parado ni un momento, no puede más.

- Voy a ver a mi hermana. ¿Corriste las cortinas de su dormitorio?

- ¡Sí! Y he puesto allí un ramo de albahaca. Está durmiendo. Sería mejor no despertarla.

- ¡Es el cumpleaños de su hija!. Una vez al año bien podría hacer un esfuerzo.

- ¿Qué esfuerzo? Cada uno lleva su cruz como puede.

- ¡Ella la lleva durmiendo!.

- No puede hacer otra cosa. Até los perros enseguida que reclinó la cabeza. Se mueven demasiado. No la dejan tranquila un momento.

- ¿Y su gato?

-Con ella. ¡Molesta como no te puedes imaginar!".

Ambas han entrado en la cocina llena de cacerolas, de fuentes colmadas de comida, de vasijas rebosantes de agua caliente en espera de los hombres. Aquello parece un campamento en día de grandes maniobras. Tía Dolores muestra un gesto de repugnancia. Asediada por los olores mezclados de con ajo al ajillo, de caramelo y de especias, con la nariz cogida entre los dedos respira dificultosamente. Tapándose la boca con un pañuelo contempla a Andrea que siembra con gran cuidado copos de merengue sobre una enorme tarta.

" ¿Está planchado el vestido?

- Sí, tía.

- Me duele el vientre, se queja Juliana con voz añorada. Y la cabeza me arde.

- Son los rulos, tesoro mío, dice su hermana. Te los quitaré enseguida que te hayas bañado. Ten un poco de paciencia, no todos los días son tu cumpleaños.

- ¡Daos prisa!" dice tía Dolores antes de desaparecer, el fiel fantasma de su consternación siguiendo sus pasos.

[6]

La habitación de la enferma se encuentra en penumbra.

Evitando hacer el menor ruido, Dolores cierra la puerta y echa el pestillo. Su rostro se ha suavizado, como si hubiera sustituido las sombras de la noche por la claridad del alba. Con un ampl'o movimiento de brazos, la mujer aparta la invisible cortina de aire viciado que la separa de su hermana y se aproxima hasta la cama. Ningún gesto de asco, al contrario, se diría que respira muy agusto, profundamente.

" ¿Adelaida?"

No hay respuesta. Bajo las sábanas, el cuerpo se mueve; encima, acurrucado a los pies de la enferma, el gato inmóvil.

Dolores se inclina sobre el rostro adormecido, lo palpa, lo huele, lo abraza casi, después lo acaricia con un dedo que recorre los rasgos desfigurados por la larga enfermedad.

Sonríe, se sienta en la mecedora y se balancea al tiempo que emite un largo suspiro. Sus labios se relajan dejando escapar una sonrisa serena, rara como los pájaros de la noche que quedan inmóviles a pesar de una amenaza muy próxima. Sonrisa flotando como un fuego fatuo sobre la losa sepulcral. Las palabras comienzan a formarse en su boca, todavía inaudibles: sombras de palabras. Después toman cuerpo, sonoridad. El gato levanta una oreja.

" Querida, ¿me oyes?".

Su voz tiembla, se ahoga.

" Adelaida, ¡por favor!"

Un débil suspiro se escapa de entre las sábanas.

" Sí, me oyes, no puedes engañarme, veo que tu respiración se normaliza. Desde que estás enferma te conozco mejor que antes, cuando tu salud parecía inquebrantable como un don del cielo. Pero el cielo no da nada por placer. Te casaste mal y he aquí el resultado".

Un estertor de rechazo agita el cuerpo semidormido. La sombra de Dolores expande un leve fulgor. Prosigue:

" Acaba de cumplir doce años, nuestra pequeña. Hoy domingo, fiesta de la Virgen, vamos a celebrar su cumpleaños. Para ser franca, yo conmemoro también el grito de horror que te arrancó su nacimiento, y, más terrible aún, el otro grito, el que lanzaste la noche en la que, en esta misma habitación, perdiste tu virginidad.

Soy la única que la recuerda, los demás sólo piensan en festejar el día de la pequeña. *Juliana*. ¡Qué nombre tan extravagante! Lo escogiste tú sola, nunca hemos sabido por qué razones: no has consentido explicárnoslas. No era el nombre de mujer alguna de nuestra familia, de ninguna de nuestras muertas, como el tuyo o el mío, o el de Andrea: madre estaba segura de ello. ; *Juliana*! Nunca llegaré a pronunciarlo sin esfuerzo, sin tener el sentimiento de nombrar un misterio".

Del lecho emana una bocanada de hediondez que impregna el vestido de Dolores. Enfebrecido y durmiendo dificultosamente, el cuerpo de Adelaida resuda. La mujer sentada se mece dulcemente, su sonrisa se desborda. Segura, apacible, su voz se desliza sobre las sábanas, alcanza el oído de la enferma, se introduce en él sigilosamente, gota de veneno derramándose de una tragedia antigua." Sabes, ella crece como una flor: una *flor de azahar*. Por una vez no es Casimira quien profiere esta clase de tonterías, es su padre. En realidad no crece mucho, pero demasiado rápidamente para mi gusto. Ya no es aquel bebé a quien todo se le podía perdonar, quiero decir: tu ausencia. No, ella ya no es una niña, al menos externamente. De su interior, nada sé. Su interior es semejante a su nombre: un misterio. Pero ella crece, crece, desborda por todas partes... viéndola crecer, tengo a veces la impresión de asistir, impotente, al brote de una epidemia de impudor, imposible de detener. No llego ya a abarcar su pecho hinchado

como un grano, contener sus caderas por babor y estribor... Creo que pronto vamos a tener problemas con ella. Es ley de la naturaleza, lo acepto. Ello no impide que me preocupe: crece *demasiado rápidamente*. Además ha conseguido que te olviden. Para los demás, tu enfermedad no es más que el precio de su belleza: precio justo, dicen. Ha ahuyentado la vergüenza de sus espíritus, no se sienten ya culpables. Por esto los aborrezco yo. ¡No, a ella no! a los demás. Ella misma no es consciente en absoluto de haber sido la causa de tu silencio, ella jamás ha oído tu voz. Antes de su nacimiento, tú cantabas noche y día. Yo estaba llena de tu voz que llamaba celeste, ¿te acuerdas? Después, cuando Juliana nació, la melodía se transformó en lamentos, en gemidos que han traspasado mi sueño y desalojado tu verdadera voz. Desde entonces ella me habita, me posee. Su recuerdo es mi demonio personal, que está en mí y que es yo".

Las sábanas parecen temblar, imperceptibles y minúsculas olas de sombra recorren su superficie. Dificultosamente, la cabeza de la enferma se vuelve hacia la pared. El gato se estira, bosteza, curva su espinazo, ronronea, se vuelve a dormir. El rostro impassible, Dolores se levanta pausadamente, aparta la mecedora y se sienta frente a su hermana. Sin cesar de sonreír, no ha desviado ni un milímetro la mirada hermética que posa sobre el rostro ceniciento, inexpresivo como ventana cerrada.

" No, tu hija nada sabe de su nacimiento, de tus gritos, de tus sufrimientos. nada de la

oscuridad en la que se te ha relegado. Piensa que has estado enferma desde siempre, concebida enferma, te ve como siempre te ha visto: una muerta viviente, que no da otra señal de vida que un continuo flujo de sangre, tú mi Cristo descuartizado, nuestro mártir y nuestro castigo. Sí, ella te ve como disociada de nuestras culpas, enclaustrada, ajena a la familia, extranjera entre todos nosotros. Como si madre y este hombre venido de no se sabe dónde, este innoble inútil a quien ella llama *papá*, no hubieran sido los instrumentos del diablo, los sólo y únicos responsables de tu moribunda vida, de tu calvario. Sí, ella lo ignora todo. Todos hemos guardado el secreto, yo como los demás".

Interrumpiendo su letanía de lamentaciones, la mujer espía desde su asiento la respiración de su hermana. Como de costumbre coloca un pequeño espejo ante la boca de la enferma, luego lo mira, lo limpia, sonríe y murmura:

"Todavía vives".

Un instante roto por el inesperado balanceo de la mecedora, vuelve el silencio, pero dura muy poco.

" Esto no es culpa mía. Yo habría querido tanto hablarle, decirle: "Tu nacimiento ha sido el principio de su muerte". No por maldad, como pretende madre: yo no soy mala. Más bien para ayudarla a despertar su conciencia, hacerla participar en nuestra común angustia, ejercitarla en las virtudes del remordimiento. Pero yo no he dicho esta palabra, madre me hubiera matado. Ella me ha impuesto silencio

como ella decidió en su día tu casamiento. Ella ha sabido siempre aprovechar nuestra debilidad. Y tu hija se comporta como los demás, vive como los demás, en la impunidad... Querida, deja de mover así la cabeza, ¡tú sabes de sobra que quiero a tu Juliana!. Es mi deber amar todo lo que ha nacido de tí, comenzando por tu propio desamparo. No es sencillo tener que amar las causas de esta muerte de la que te veo poseída. Me lo reprocho, puedes creerme. ¡Si yo hubiera sabido! Hubiera respondido sí, yo lo quiero, y ahora estaría en tu lugar, te lo hubiera evitado. Pero joven como yo era entonces, ignorante del mundo, ¿cómo podía imaginar que madre estaba decidida a, costara lo que costara, meter a este hombre en mi cama o en la tuya? ¡Esto le importa un comino!. Ella lo sacrifica todo a sus tierras, más dignas de respeto que las personas. Para preservar sus tierras de la vergüenza, como dice ella, precipitó la muerte de padre arrojándolo de la Cornisa, prohibió al abuelo volverse a casar proclamando a los cuatro vientos que no era más que un viejo verde. En cambio ella adoraba al pobre abuelo, estoy segura. ¿Te acuerdas de él, su cabello blanco, encerrado como tú en su habitación, alejado del resto del mundo? Cuando éramos pequeñas tú y yo, lo visitábamos a escondidas aprovechando las ausencias de mamá..."; Mamá! No sé por qué pronuncio esta palabra, no me sale del corazón. No es una madre, ella jamás piensa en los demás, sólo va a lo suyo. Esta dignidad que ella aparenta: ¡un engaño! La pobre Casimira sabe

bastante sobre eso, madre no la guardó más que para dormir con abuelo, es decir para el pecado: ni hablar de consentir en su casamiento. ¿Su orgullo, el orgullo de los Cuervo iba a tolerar, o simplemente consentir cristianamente, el tener por madrastra a la que después de todo sólo era la criada para todo?. Nunca mejor dicho para todo: ella la obligó a hacer de puta en la cama del abuelo -y gratis, lo que es peor-. Pero Dios la castigará. Aquí o en otra parte. Ella tiene ya un adelanto del castigo divino: tú. Pero no es suficiente. Tú, mi muerte idolatrada, no eres solamente su penitencia, eres también la mía, mi parte de expiación aquí abajo. La única cosa que hemos tenido en común madre y yo ha sido nuestro afecto por tí. Siendo tú muy pequeña, ella te arrancaba de mis brazos, yo de los suyos, ella te llamaba mi sol naciente, yo mi luna de medianoche, ella su espiga de trigo, yo mi eucaristía. Te dábamos los mas dulces nombres, los que no habríamos dado a nadie más, ni siquiera a los ángeles del cielo. Ella, gozo de su carne; yo, llanto de mi alma. Nos disputábamos tu amor como dos mujerzuelas una joya encontrada. De pronto tú sonreías. Era el único resorte para hacernos reir al unísono. O tú llorabas. Tu llanto constituía un drama suficiente para unir nuestros esfuerzos por consolarte. Fuera de esto: dos desconocidas, madre y yo, dos enemigos. Observo que con Juliana nos está ocurriendo de nuevo. Ella la llama soplo de su corazón, yo mi caliz de amargura. Ella su resurrección, yo mi calvario.

Es hora de que lo sepas. En su momento tú te marcharás tranquila para siempre. Nosotras, nosotras seguiremos lo mismo. En nuestra vida, nada ha cambiado".

[7]

Personas y animales llegan en tropel. Anchos sombreros de paja, pañuelos anudados al cuello, camisas adheridas al torso y cabellos brillantes, forman como una masa compacta de carne bajo el sol. Atraviesan la verja y se detienen en mitad del patio, levantando nubes de polvo. Los hombres desenganchan el arado, apilan los útiles y aperos, llevan los mulos al abrevadero. Padre, silencioso como siempre que vuelve del trabajo, golpea suavemente el lomo de los animales intentando calmar su impaciencia. La voz áspera de abuela se mezcla con las carcajadas de Tonio y Noro. Ellos no temerán jamás los gritos de señor la patrona, gruñe Casimira la sentenciosa. Ya les llegará, son muy jóvenes todavía. Cuanto más derecha es la caña más se dobla al viento o a la lluvia.

Aún no ha terminado ella de desgranar sus dichos cuando, alocados, los muchachos invaden el cuarto de aseo reclamando su baño. Se paran en seco, callados, clavados en su sitio: ante su vista no acostumbrada a la contemplación de cuerpos femeninos se levanta, inesperada, la desnudez de Juliana. Tono amenazante y voz en grito, Casimira promete darles una paliza si no

vuelven la espalda, y más rápido que decirlo. ¿No véis que ella ya no es una niña sino una señorita de cuerpo entero? ¡Un poco de respeto!. Si su tía se entera de que la habeis visto tal como su pobre madre la trajo al mundo, os arranca los ojos como escarmiento. ¡Idos a la mierda! ¡La seco y me ocupo de vosotros, puercos groseros!.

Su bronca fingidamente colérica no surte efecto. Redondos y enormes, los ojos de los muchachos se adhieren al cuerpo cuyos relieves se destacan en toda su gloria, se detienen al mismo tiempo en los más pequeños detalles de su anatomía: los pequeños círculos incipientes del pecho, el nido de insectos del ombligo, la negra boca del bajo vientre donde su vista se precipita vertiginosamente. Una sorda atracción se desata en ellos, una irreprimible llamada que atrapa la vista hasta ahora turbada por los fantasmas borrosos de la oscuridad. Tonio es el primero en volver los ojos: de pronto piensa en Andrea.

La risa de Juliana explota: caracterizada por este tono histérico propio de la pubertad, no deja de sonar menos viva e inocente, superaguda intermitentemente, provocante. A pesar de que la niña no es consciente de su cuerpo, no tarda en tomar conciencia del efecto del descubrimiento para los ojos masculinos. Es una sensación indefinible, extraña al espíritu, que se manifiesta en algún lugar subterráneo, muy profundo, al que un día la niña llamará sin duda sus entrañas. De momento no ha mostrado ningún

gesto de pudor, ni una señal de vergüenza, pero el campo de su mirada ha cambiado bruscamente: ella percibe allí por primera vez los destellos eléctricos de la concupiscencia varonil. La mecha se ha acercado a la polvora.

Riendo más fuerte, la niña se pone en cuclillas y les lanza largas flechas líquidas de agua jabonosa; los jóvenes replican con toallas mojadas que sumergen en la bañera, velas naufragadas. Salpicado de gritos y amenazas, mitad risas mitad insultos, el juego tiende a eternizarse. Armándose de su escoba, Casimira restablece el orden. Los dos jaleantes huyen apresuradamente. Minutos más tarde, la vieja criada confía el cuerpo sobreexcitado de la pequeña a los cuidados de su hermana mayor: agua de colonia y cepillado del cabello, esmalte de uñas. ¿No puedes estarte quieta ni un minuto?. Sobre la cama está el vestido blanco de lunares rojos. Es como una bella durmiente a punto de abandonar irremediamente el sueño de la infancia.

[8]

En la planta baja como en la alta, en el patio como en los tejados, la Cornisa se llena de ruidos: el aparato de radio de Casimira, el batir de alas en el palomar, el ir y venir general. Atados a las argollas de sus casetas los perros pelirrojos gruñen; sus ladridos terminan con un gemido de impaciencia. Una vaca

muge obstinadamente en el establo, una borrica rebuzna, un gallo emite un kikiriki a destiempo una cerda gruñe y se enfurece. Este lenguaje expresa sorpresa y protesta como si los animales no encontraran normal terminar la jornada de trabajo a las once de la mañana. Repicando, las campanas contribuyen a este concierto: primera llamada para la misa del mediodía; después vendrán dos más, seguidos de treinta golpes rituales, y más tarde el *solitario*, campanada que resuena disgregando enseguida a los grupos reunidos en la explanada delante de la iglesia y haciendo apresurarse a los rezagados.

Exasperada, Casimira eleva al máximo el volumen de la radio que deja oír un alarido de jamelgo apaleado: "¡Hijo mío, cómo has podido casarte con esta mujer! ¡No es más que la hija de un obrero!".

La vieja sirvienta, que compadece mejor que nadie las desgracias radiofónicas, mueve la cabeza. Coge una palangana, la llena de agua hirviendo e irrumpe en el cuarto de baño. Completamente desnudos Tonio y Noro se frotan silbando quedamente una especie de canción sin melodía. Grandes charcos alrededor de la bañera. Casimira lanza un taco más impresionante que ella misma, vierte el agua humeante, toma el jabón, el guante de cerda, y se lanza sobre los jóvenes como una matrona antigua. Está de mal humor, es decir en su mejor forma, enseguida se nota. Ella disfruta golpeando los cuerpos desnudos de los muchachos, más aún verles hacer ciertos movimientos bajo sus ojos.

Tonio y Noro no oponen resistencia alguna. Ellos se dejan tocar complacientemente por la vieja: una mano que sabe hacer, poco importa a quien pertenezca. Cada domingo ésta es su fiesta. Conociendo hasta el menor detalle su anatomía en pleno crecimiento, la vieja libertina dispensa generosamente caricias y comentarios lisonjeros (como diría la radio), y los muchachos se sienten muy halagados con ello.

¡Tú, estoy por afirmar que eres ya un hombre... e incluso gritarlo a los cuatro vientos! exclama ella con voz agradablemente sorprendida mientras frota fuertemente el cuerpo de Tonio. ¿No te da vergüenza ponerte en semejante estado ante mi venerable persona?"

Tonio enrojece bajo la espuma y le arrebatada el guante. "Déjame en paz especie de ...". La vieja ríe a carcajadas y se vuelve hacia Noro:

"Ven aquí, conejo mío. Te voy a limpiar tanto como se limpia a los muertos: hasta debajo de las uñas!".

Cosquillas a flor de piel, Noro se ríe, satisfecho. Sólo tiene dieciséis años pero su cuerpo crece día a día como si tuviera prisa por hacerse adulto. Burlona, Casimira se percata del despertar de la virilidad en los jóvenes, en particular la tuya, lobo mío, a quien ella lava tiernamente. El joven se deja hacer, los ojos cerrados. Como en cada baño, va a gozar sin reserva en el agua sucia de la bañera. Las manos repentinamente animadas de una ternura que no ha envejecido, Casimira lo seca. Despierta en su espíritu el recuerdo de otras hazañas que su

memoria acoge con alegría: sus *pecados humanos*, como murmura la boca consternada de tía Dolores.

El muchacho sonríe, los ojos siempre cerrados. En su cabeza adquiere forma lo que jamás hasta ahora había tenido para él verdaderos contornos: un cuerpo de mujer. ¿O es simplemente su propio cuerpo lo que él imagina?. Explosión interna que se libera en el agua jabonosa, temblor de piernas provocando remolinos de espuma, gemido inaudible, perlas de sudor confundidas con las gotas sobre su labio superior, brusco relajamiento de músculos... él tiene la impresión de desvanecerse en los brazos de la vieja pecadora.

Hoy, esta forma ha tomado de pronto contorno y cuerpo: la figura infantil de Juliana, sus carnes desnudas. Ellas han iluminado con su relámpago indeleble el vapor humeante del cuarto de baño. El joven está embelesado.

El ruido se reanuda, llegan a través de tabiques y puertas las órdenes de abuela, los olores a conejo condimentado que se cocina a fuego lento, las voces de Inés: "Abuela, ¿estás ahí?". Abandonando sus sueños, Casimira vuelve en sí:

"Abrochaos el cuello y poneos una corbata, no quiero ver en misa dos muchachos *más elegantes* que vosotros. Doña Dolores llevará sus perlas, la señorita Andrea su vestido de seda, don Juan su chaleco y su cadena de oro, la pequeña su vestido blanco de lunares rojos y señora patrona su mantilla y su cruz de azabache; a vosotros os quiero con corbata. Sois dos elegantes muchachos

y casi de la familia, ya es hora de que aprendáis a comportaros como os corresponde. Por la noche todos iremos al baile. ¡Y cortaos esas uñas!. He puesto un ramillete de albahaca en el bolsillo superior de vuestros trajes nuevos, no os lo quitéis bajo el pretexto de que eso es propio de mujeres, conozco la canción; es para impedir que se os pegue el olor a cera. En el baile hay que oler bien, de otra forma las jóvenes os darán la espalda. ¿Comprendido?".

Luego, a través de la puerta entreabierta, la abuela gruñe:

"Pero ¿qué hacéis ahí en calzoncillos? ¡Vestíos ya! Nos iremos dentro de diez minutos".

Los muchachos desaparecen.

¿ Tú no vienes a misa ?.

- Mi nieta está aquí y yo tengo demasiado que hacer en la cocina ¿Cómo quieres que vaya?.

- ¡Por suerte para tí siempre encuentras una excusa! Te aviso, mi hija Dolores está ya medio histérica y afirma que siempre te las arreglas para no poner jamás los pies en la iglesia. O mejor el templo como ella dice, que para mí es lo mismo.

- Yo no puedo estar en misa y repicando. O termino la comida de cumpleaños o voy a misa, ¡tú verás!.

- Afortunadamente no es más que una vez al año. ¡Podrías al menos hacer acto de presencia para la consagración!.

- Esta noche iré al baile.

- ¡Lo sospechaba!.

- ¿Comulgarás tú?.

- ¡No! Mi estómago no soporta ya ese suplicio... Por otra parte mi hija comulga por todos nosotros: siete veces por semana, eso coloca a una familia en el reino de Dios... Bueno, creo que deberíamos irnos. ¡Sobretudo, cuidado con el pastel!. Sé que eres una extraordinaria pastelera, pero el cura y las personas importantes vendrán a comerlo a la hora del café. ¿Habrá suficiente?.

- Para todo un regimiento.

- ¡Muy bien! Los que mi pobre madre hacía eran grandes como veladores ¿te acuerdas?. ¿Estáis preparados? grita en dirección a la planta alta. Bajad que os vea, hay que estar en la iglesia dentro de ocho minutos. Nada de llegar después de la batalla".

Entra en la habitación de su hija Adelaida y deposita sobre la frente de la enferma el beso furtivo que le concede los días de fiesta. Beso que llama su bendición pero que (según Casimira y tía Dolores, por una vez de acuerdo) se parece más bien a la calderilla que se da a los chicos los domingos y festivos.

[9]

La casa. Lleva el nombre de la Cornisa en recuerdo del litoral escarpado, cuna de la familia Cuervo. Un nombre apropiado.

Construida sobre la colina que domina el pueblo, se resguarda tras un muro erizado como un collar de perro guardián. Sólida, levanta

hacia el cielo sus dos plantas cuadradas que sólo la montaña sobrepasa en altura. Sus ventanas protegidas con rejas labradas vigilan los cuatro puntos cardinales. La austeridad de su fachada principal está mitigada por un ancho ventanal cuyo hierro forjado bordea un encaje de vidrio. Blanqueada con cal lechada, coqueta como una villa frente al mar, está tocada con una capellina de tejas rojas con las que culmina el minarete de un palomar acabado por una veleta de cobre. ¿El orgulloso ondeo de una bandera le daría más prestancia?

En torno a la casa de los amos, un patio circular acoge las dependencias: establo, granero, pajar, abrevadero y corral.

Ni un árbol.

De la verja que cierra el patio parte la calle principal que, atravesando la zona norte del pueblo y la plaza real, desciende directamente hasta la plaza de la iglesia.

La Cornisa no lleva número de calle; como el ayuntamiento, el casino y la casa cuartel de la guardia civil, es única en su género. Los habitantes hablan de ella como si fuera el antepasado del pueblo, pero en realidad éste fue fundado mucho tiempo antes. Llegando por la carretera que le da la vuelta a la montaña y desemboca sobre el valle, se la divisa incluso antes que el campanario de la iglesia, y ella es la última en desaparecer a medida que nos alejamos del pueblo. Cuando es castigado por los vientos o la lluvia, o su tejado se cubre de nieve o, como ahora, desnuda a pleno sol, la

Cornisa parece eterna, inexpugnable, a la vez próxima y distante como su propietaria, doña Soledad Cuervo, quien, armada con el bastón de su padre, precedida por sus perros pelirrojos que conduce sujetos, encabeza el cortejo de cumpleaños como una procesión. Perfectamente cómoda en su papel de reina por un día, sobresaliendo con su nuevo vestido blanco con lunares rojos, Juliana le pisa los talones. Ella hace rabiar a los perros y huele demasiado a *perfume de Oriente* que Andrea compró a los buhoneros gitanos, *un auténtico perfume de mujer* (según Casimira) que tía Dolores se obstina en llamar *este olor a puta*. La nieta camina flanqueada por tía y hermana quienes, orgullosas con el aire solemne que los Cuervo lucen como una diadema, ocupan el lugar de guardaespaldas. Separado y solo detrás de ellas, el puro apagado entre los dedos y su gruesa cadena reluciendo sobre el abdomen, padre, que se llama don Juan o señor yerno de señora la patrona, según que en público aparezca solo o acompañado de su suegra. Separados de él por cuatro pasos, *la distancia de respeto*, los dos jóvenes del orfanato, Tonio y Noro, serios y endomingados (ataviados como muleros conducidos al ferial, murmuran las gentes).

Frente alta y mirada recta, la tribu de los Cuervo atraviesa el pueblo en silencio. Tan sólo la abuela se concede de vez en cuando el privilegio de responder con un movimiento de cabeza a los deferentes saludos de las personas importantes.

Mano en visera, Pepito Mariposa monta la guardia delante de la iglesia, soporta estoicamente los ardores del sol mordisqueando el tallo de un clavel que escupe en pedacitos, como un perrito las legumbres masticadas en su primera comida de adulto.

"¡ Nada en el horizonte !" responde cada vez que la voz de una invisible beata reclama noticias. Pequeño gemido de impaciencia tras la puerta (¡ no se pueden lanzar tacos en la iglesia !).

Tan pronto como él vio al clan desembocar en orden de batalla en la Plaza Real, sus brazos se enloquecen, giran como las aspas de un molino. Manera un poco exagerada de invitarlos a apresurarse, piensa tita. Pero esto es normal: esperándolos desde hacía más de un cuarto de hora, el señor cura debe estar quemándose la sangre de impaciencia en la sacristía. Con abuela siempre ocurre lo mismo: nunca aprenderá a respetar los horarios del culto, *el reloj sagrado del buen Dios*, murmura tía Dolores, el rostro más consternado que nunca. Por fin hemos llegado .

Girando con gracia sobre sus talones, Pepito Mariposa se aleja de la explanada. Le queda apenas medio minuto para quemar el incienso y ponerse el sobrepelliz de acólito.

Excepto los tres bancos con reclinatorio en terciopelo que ocupan el crucero, propiedad de la familia Cuervo, la iglesia está abarrotada. Gentes de pie (¡ incluso personas notables !) que contemplan con impaciencia la llegada

ceremoniosa del cortejo, pero nadie se atrevería a adelantarse a la familia para ocupar los bancos reservados. Hace algunos años, cuando las solemnidades eclesiásticas gozaban aún de los favores de doña Soledad, este privilegio ancestral provocaba grandes conflictos. Determinados ricos importantes no admitían verse confundidos con los demás fieles relegados a lugares que juzgaban indignos de su rango. Para poner término a este conflicto *completamente inaudito* entre personas de buena condición, el ayuntamiento se decidió por fin a pagar el precio exigido por abuela para el alquiler de las plazas deseadas: cinco, es decir, exactamente un banco; desde entonces alcalde, juez municipal, secretario del ayuntamiento y guardias civiles se sientan con los Cuervo, incluidos los jóvenes del orfanato. Para mejor preservar la altiva independencia de esta *benefactora del templo*, el señor cura ha trasladado el sillón de abuela del lado izquierdo al derecho del altar mayor. Este sillón está vacío la mayor parte del tiempo, no siendo la señora Cuervo de las que frecuentan la iglesia a tontas y a locas, como diría Casimira. Pero ella no lo cede jamás a nadie. Cuando el señor obispo vino al pueblo a consagrar la capilla de la Santa Patrona (reconstruída veinte años después del vandálico paso de las *hordas rojas* que la habían quemado en una noche), hicieron falta cuatro días de duras negociaciones para que la vieja consintiera en cederle su lugar. Ella no asistió a la

ceremonia, era de suponer; en cambio ofreció al prelado y a sus acompañantes un memorable almuerzo en la Cornisa. Otro privilegio de abuela: asistir a la misa acompañada por sus perros pelirrojos, quienes, recostados a sus pies, refinados como marqueses, siguen con aire sorprendido el Santo Sacrificio sin proferir sus habituales gruñidos: al contrario, en el momento en que el cura va a consagrar el Cuerpo de Cristo, advertidos por el bastón de abuela, alzan las orejas en señal de respetuosa atención.

[10]

La puerta de la sacristía se abre bruscamente, como bajo el efecto de un puntapié. Malhumorado, el grueso sacerdote aparece, todo vestido de oro. Dirige una mirada poco afable al banco de los Cuervo. Delante de él, Pepito Mariposa, con faldones blancos, mueve el incensario como un verdadero virtuoso. Ambos suben los tres peldaños del altar mayor, esbozan una genuflexión y comienza la misa, cantada en un latín mal remendado. Nadie se sorprende: el tiempo, que todo lo estropea, no ha exceptuado la lengua del culto.

Conducida por tía Dolores, la familia entera avanza en fila india para recibir el Cuerpo de Cristo, arrastrando tras ellos a las personas importantes y a las beatas. Abuela no se mueve. Sufre una rara especie de acidez gástrica que se

manifiesta los días que hay que comulgar. Aparentemente, su estómago no soporta ya los misterios eucarísticos: lo ha hecho anunciar desde lo alto del púlpito precisando el hecho de que se había preocupado de adquirir una dispensa que la descargara de estas obligaciones de buena católica, perdonándole al mismo tiempo los fuegos del infierno. Su hija Dolores no ha cesado de manifestarle sus críticas, pero abuela se ríe soberanamente.

Esta dispensa, responde ella, me ha costado un ojo de la cara, pero la salud eterna no se regatea. Ésto es mejor que ofrecer velas que no aprovechan a nadie: dinero c se va en humo.

La prueba de ello está aquí, ante sus ojos. Centenares de flores y claveles transforman la iglesia en espectáculo "perfumes y luces" como diría la radio de Casimira. Jamás se la había visto así, ni siquiera en las fiestas de la Santa Patrona, la Virgen del Rosario que, hoy, se muestra a la altura de las circunstancias: engalanada con sus anillos y sus pendientes de amatista, resplandece con su manto azul cielo sembrado de estrellas; su nuevo rosario de cristal de roca, regalo de Juliana, brilla en su mano derecha como una vía láctea. Todo esto, que suma un buen dinero, es dinero que en su mayor parte sale del bolsillo de abuela.

La misa de cumpleaños resulta un verdadero éxito. Personas importantes y simples fieles expresan su admiración. Una sonrisa feliz ilumina el rostro de Dolores del que toda señal de consternación ha desaparecido. Se podría

creer que la belleza de Adelaida la habita, como si ésta hubiera abandonado la penumbra de su habitación de enferma para venir a asistir a este nuevo nacimiento de su hija Juliana... Tanto mejor, piensa abuela entrecerrando los ojos.

Ataviada con su vestido blanco de lunares rojos como un bombón en su envoltorio de colores, los ojos cerrados ella también, Juliana reza y sonríe: plegaria distraída, sonrisa insinuada como la que un bello recuerdo hace florecer en sus labios. Demasiado atenta al fasto litúrgico, o adormecido, el buen Dios ha pasado de largo por sus pensamientos, pero ella no puede remediarlo: cuanto más pretende concentrarse en el desarrollo de la misa, más se vuelve a ver saliendo de la bañera, desnuda, chorreando, traspasada por las flechas inflamadas de la mirada de Noro. Se estremece. ¿Querría ella esta nueva forma de martirio cuyas imágenes se pasean por su espíritu como los fantasmas en una casa encantada?. Su rostro se ensombrece repentinamente, igual que un cielo de tormenta. Pero el eclipse no dura más que un instante y ella sonríe de nuevo, sin moderación: está dispuesta a abandonar el país de la inocencia por otro, aún inexplorado.

En el altar mayor todo marcha como sobre ruedas: Pepito Mariposa modula magistralmente su voz aflautada, las respuestas estridentes de las beatas llegan puntuales, el señor cura no se detiene, como de costumbre, en la lectura de la epístola y termina por sobrepasarse en el

sermón, insistiendo sobre esta edad difícil, cuando ya no se es niña y cuando se opera, por desgracia, el despertar de la juventud, un despertar que podría calificarse de conflicto armado entre el alma y el cuerpo, entre Dios y Satanás, una especie de guerra santa de la que ninguna jovencita se escapa y de la que sólo en la fe encontramos una respuesta clara para hallar el justo medio entre los dos polos de la humana naturaleza: el espíritu y la carne, para suavizar (el hilo tendido entre las antípodas que evite) las tiranías de la concupiscencia, porque si la mujer está hecha para traer hombres a la tierra, como todos sabemos y como lo enseña la Iglesia, esto no se puede hacer fuera del matrimonio ni buscando solo el sexo como muchos parecen pensar en nuestros días. Recalca las últimas palabras fulminando con apocalíptica mirada a las pocas madres solteras disimuladas detrás de las columnas. Las buenas almas se apresuran a asentir con la cabeza. *¡afirmo que el matrimonio, a la vez sacramento y estado de gracia, derecho y deber, jamás ha significado "unión libre", como algunos pretenden!. Así pues saludemos todos juntos en esta niña que se transforma ante nuestros ojos, en su cuerpo cambiante al ritmo de los tiempos, a la madre que algún día será, y de ninguna manera a la mujer que, por desgracia, está llamada a ser. Roguemos por Juliana.*

Sermón completamente inútil e inadecuado, piensa abuela con irritación. Se levanta de un salto, coge la correa de los perros con una mano

y a Juliana con la otra, recorre rápidamente la nave central, la cabeza alta, y abandona la iglesia descuidando a propósito la genuflexión de rigor ante la imagen de la Santa Patrona. Las madres solteras y otros incrédulos la siguen. Cortejo contestario que cierra de mala gana el rostro consternado de tía Dolores. Da la impresión de que simultáneamente se han apagado ceros y velas, sonrisas y miradas, que se han marchitado las flores, arrugado las sedas. Un ágrío olor a sudor campesino y a cera quemada invade la iglesia.

Arrodillado ante el Santísimo Sacramento, el cura no puede reprimir un taco dirigido a abuela: "Amen" responde Pepito Mariposa. Sofocado por el incienso, tose sin miramientos, se ahoga, se ríe a ojos vista. Un guardia civil murmura:

"¡ Desgraciado maricón ! Ni en la iglesia es capaz de comportarse como un hombre. !Habría que caparlo!".

Todo esto no tiene importancia. Al fin y al cabo palabras, piensa el alcalde enjugándose la nuca con resignación.

[11]

En la explanada de la iglesia, abuela se quita el velo, lo dobla cuidadosamente, después lo atraviesa con alfileres de cabeza negra antes de guardarlo en su bolso. Como siempre sus gestos son precisos, enérgicos, y el rictus de

asco en que terminan sus delgados labios equivale a un punto final: ella ha entregado al culto el tiempo debido por un buen cristiano, no permanecerá ni un segundo más. Si es norma que cada familia cuente en su seno con una beata, su hija Dolores cumple perfectamente tal papel.

Flanqueada por sus perros rojos y por su nieta, doña Soledad empieza a cruzar la plaza Real, ojos y frente en dirección a la Cornisa. Recogidos en un moño compacto sobre la nuca, sus cabellos blancos resplandecen al sol como una bola de nieve encendida.

Más que arrogancia de ricos (como algunos se atreven a decir), esta costumbre de castigar la tierra con la punta del bastón de su padre no hace más que traducir el temperamento de abuela, que considera su matriarcado como una misión sobre la tierra. Jamás ha inclinado la cabeza ante nada ni nadie: Dios, hombre, mujer, sol, lluvia, nieve o viento. Su mirada inquisidora hiela las palabras en los labios: siempre habla la primera. Si da los buenos días, los demás responden. Lo contrario no puede producirse. Los perros rojos y la nieta son conscientes de ello, por eso acomodan espontáneamente su paso al de abuela, como si esto fuera un rasgo hereditario de la familia Cuervo, marca de nacimiento. Perros rojos y nieta no se atreven a mirarla, incluso ni de reojo; ni siquiera furtivamente, los hombres que, apiñados a la sombra de los arcos del ayuntamiento, se descubren al paso de doña Soledad. Con abuela, se tiene siempre la

impresión de participar en las celebraciones de las exequias nacionales.

Los demás siguen, en desorden, saludando en voz alta o con gestos, habladores, chistosos o consternados según los casos, cola de cortejo fúnebre volviendo a la casa después de la inhumación. No parece un cumpleaños, piensa tristemente don Juan. Habrá que esperar la comida, después el baile.

Son casi las dos. El sol hace llover del cielo de agosto un chaparrón de llamas. Metálico, deslumbrante, astro pesado y constante que pesa sobre el pueblo como un antiquísimo pecado en su conciencia, que no suelta ya su presa.

Perfectamente cómodo en este horno, Alfonso el cojo, que tiene vínculos de sangre con Casimira (parentesco lejano, corrige ella, puntillosa), prepara el casino para el gran baile de aniversario; riega la terraza y las macetas de geranios, coloca las mesas y sillas, monta el estrado para la orquesta y cuelga guirnaldas en las vigas del porche, flores de papel que se abrirán esta noche al mismo tiempo que los jazmines. Es un verdadero espectáculo verle subir la escalera plegable con su única pierna: parece un número de circo. Su muleta, que termina bajo la axila en una almohadilla forrada de terciopelo raído (su pierna para todo, como él dice), sube y baja con él como si fuera parte de su persona. Con el martillo en la mano y la boca llena de clavos, suda abundantemente, se seca con un pañuelo a

cuadraditos sin parar de canturrear una vieja canción. El sol se condensa a su alrededor como para bicuarlo. Sin interrumpir su canción, introduce en la letra un comentario agradable dirigido a Juliana, pero ésta no vuelve la cabeza. Los perros rojos gruñen: como todos los perros del mundo no soportan a los lisiados, aunque sean muy ágiles. Abuela tira de la correa y, muy cortésmente, desea en voz alta los buenos días al cojo. Bajo las arcadas, los notables tosen, molestos. El rostro de tía Dolores se consterna aún más: saca sus gafas oscuras y disimula tras los cristales su mirada venenosa. No se ha quitado su mantilla que está adherida a sus cabellos como una ventosa.

En orden de batalla, los Cuervo entran en la calle principal. A pesar de la pendiente no retardan el paso se diría que están inmunizados contra el ardor del sol. El vestido blanco de lunares rojos de Juliana brilla con el mismo resplandor que el pelo rojo de los perros. La niña sonríe, chispas bailan en sus ojos. Apretando la mano de doña Soledad pregunta:

" Abuela, ¿es cierto que a partir de ahora ya s y una mujer? ".

Doña Soledad no responde de inmediato; tras algunos pasos, ella pregunta a su vez:

" ¿Quién te ha dicho eso? ".

- El señor cura.

- Se lo oí al cura: es él quien ha pronunciado a partir de ahora, no estoy sorda. ¿Quién más?.

- Casimira, tita, Andrea... ¡todos!.

- ¿Qué te han dicho?.

- Esta mañana, cuando me bañaba, Casimira me dijo que yo olía como una flor.

- Su radio le ha enseñado muchas tonterías. ¡A quién se le ocurre hablar así a una niña de tu edad!.

- Andrea me ha dicho que a parti. de ahora debo contárselo todo.

- ¿Todo qué?

- No sé. Todo".

Doña Soledad lanza una risita burlona:

"¿Qué prisa tienen ellas!

- ¿Prisa por qué, abuela?

- ¿Y tu tía? ¿Qué te ha dicho?

- Me ha dicho que apesto como una.. no recuerdo ya la palabra.

- ¡No te preocupes! para ella sólo la iglesia huele bien".

La masa cuadrada de la Cornisa aparece en lo alto, encaramada sobre su colina pelada. Abuela la contempla con mirada de propietaria y aprieta tiernamente la mano rellena de su nieta.

" Sí, tesoro mío, te vas haciendo una mujer, creces muy rápidamente... demasiado, para mi gusto. Pero, no es culpa tuya, es la naturaleza: cada uno crece a su manera. Sin embargo sería mejor que no lo hicieras a marchas forzadas. No es solamente el cuerpo lo que hace de nosotras una mujer, lo de dentro también cuenta. Mira nuestra casa: si fuera un ser viviente como tú y yo, se podría afirmar que ya es adulta, porque es sólida. Pero para eso ha tenido que pasar tiempo. Sin embargo, no se le ha añadido nada

después de construída. Ni una teja. Es la vida quien la ha hecho crecer, llegar a ser lo que será a partir de ahora. ¿Sabes cuántas generaciones Cuervo ha visto vivir? Cinco. Mis abuelos, mis padres, yo misma, tus padres, por último Andrea y tú. Observa cómo el tiempo también obedece a las reglas. Ya no eres una niña pequeña, de acuerdo, pero tampoco eres aún una mujer en el verdadero sentido de la palabra. Mira a Andrea, por ejemplo: ella se casará cuando pasen dos o tres años, entonces será una verdadera mujer. Pero hay que aprenderlo poco a poco, no se consigue nada haciéndose ilusiones. Vas creciendo, poco a poco. Como acabo de decirte el tiempo tiene sus reglas, sus días pasan uno a uno no dos a dos. Para nosotros es igual, no se pueden quemar etapas; cuanto más prisa se tiene en crecer, más rápido se envejece. ¿Comprendes?.

- Sí, abuela".

No dicen nada más durante largos minutos. Detrás de ellas la respiración jadeante de la familia, su silencio atento. Jamás abuela ha charlado durante tanto tiempo. Es verdad que ellos no distinguen sus palabras pues habla a media voz, pero son conscientes de que en esta entrevista privada reside su contribución al cumpleaños de la pequeña, la cual repite:

" Sí, abuela, he comprendido bien.

- ¡Tanto mejor!", responde la anciana en voz alta.

Su tono no es de reproche, aliviado incluso, es como el punto que se coloca al final de la

última frase de una carta que ha exigido un gran esfuerzo.

Se oye la señal del alivio: los intestinos de Noro dejan escapar una serie de extraños ruidos, demasiado tiempo contenidos. Los perros alzan las orejas al tiempo que Andrea y Juliana dejan escapar una estrepitosa carcajada. ¡Sinvergüenza! ruge tía Dolores. A este muchacho no se le puede llevar a ninguna parte. ¡Y yo que paso mi vida intentando enseñarle buenos modales!.

- Tiene hambre. interrumpe abuela irritada. Ha trabajado desde el amanecer y no ha comido nada en toda la mañana, por culpa de tu comunión general. ¡él no se alimenta de agua bendita como tú!.

Tía Dolores se muerde los labios. Juliana pregunta:

" Podré bailar esta tarde, ¿no?.

- Por supuesto, mi pulga. Para eso se hace el baile. ¿Y con quién quieres bailar?

- Con Noro. Casimira dice que baila bien. Y con padre y Tonio como siempre.

- Tu padre y yo deberíamos quedarnos en la casa, ¿no, hijo mío?. No podemos dejar sola a tu madre.

- Tiene su gato.

- ¡Quieres callarte! exclama tita. ¡Acabas de salir de la iglesia, tienes todavía el sabor del Santísimo Sacramento en la boca y no piensas más que en divertirte!".

Juliana aprieta los labios, las lágrimas en los ojos.

" No te lo tomes así, dice abuela a media voz. Ella daría lecciones al buen Dios en persona. Hoy es tu cumpleaños, y punto. Ella también ha tenido los suyos, tanto peor si no ha sabido aprovecharlos.

- Sé bailar el pasodoble hacia atrás, cuchichea la pequeña, imitando inconscientemente el tono de su abuela. Casimira me lo ha enseñado.

- ¡Otra vez Casimira!. ¡Desde luego que no pierde el tiempo!".

Abuela tuerce la boca, pero no puede aguantar la risa. Después anuncia: "¡ ya hemos llegado !" y suelta los perros que atraviesan con el vientre en tierra la verja de la Cornisa.

[12]

No, señorita beata, Casimira no se ha quedado para estar con las manos sobre las rodillas, boquiabierta, como pretende Dolores, quien, apenas ha atravesado el umbral, se ha puesto a refunfuñar.

"¡ Vaya ! suspira señalando los fallos con índice acusador. No ha puesto las flores en el vestíbulo, ¡con el trabajo que me ha costado convencer al señor cura para que me dé algunos ramos! No ha renovado el aceite a la lamparilla de la Santa Patrona, ni encendido su mariposa, y lo que es peor, no ha aireado la habitación de mi hermana, que apesta a gato. ¡ Exactamente lo que me temía: la vieja zorra (ella se aprovecha

de que abuela que no tolera esta clase de calificativos, no está cerca) ha pasado la santa mañana escuchando los seriales! Desde que volvemos la espalda, ella no hace más que oír esta radio de Satanás!".

Es falso. El oído atento a los sollozos y lamentos de una burguesa sorprendida en flagrante delito de adulterio por su cuñada, la heroica Casimira no ha conocido un momento de descanso.

"¡ Sí, señorita beata, aunque tú pienses lo contrario, la comida de cumpleaños está totalmente preparada!" afirma ella con aire arisco.

"Ya basta, ordena abuela, dejad vuestras discusiones de una vez" y enseguida abre de par en par la puerta del comedor.

La vieja criada se ha esmerado: la mesa está cubierta con el mantel de encaje más que centenario que sólo se usa en las grandes ocasiones, casamientos o fiestas patronales: cubertería de plata, porcelana y cristal encienden el hilo de Escocia, reflejan los claveles rojos y blancos; cerca de la puerta de cristales, erigido en presentador, un velador de caoba desaparece bajo los regalos: cajas y paquetes adornados con cintas de seda, un sobre azul pálido que contiene cinero (obsequio de Casimira, en estos detalles se conoce su sentido práctico).

Al ver esto, Juliana salta de júbilo como una potra y abraza a todo el mundo. Acompañada por los ladridos de los perros, las manos repletas de papel regalo y de cintas de alegres colores, pasa de unos a otros, la mirada brillante, la palabra balbuciente, el beso fácil. Su nueva mirada, incierta, fugaz, desorientada, se parece a una bala perdida.

Tita ataja secamente esta explosión de entusiasmo que encuentra *casi indecente, nada conveniente*, y se queja de la maloliente tufarada que sube del patio. Baja las persianas. La luz disminuye. Andrea examina la mesa y cuenta las sillas. Indica su lugar a cada uno, sin olvidar a Casimira ni a Inés quien, tímida, contempla el espectáculo sin atreverse a participar en él.

Abuela, la presidenta, toma asiento la primera. Desde que lo heredó de su madre el sillón episcopal no ha cambiado de lugar. Nadie lo ocupa sino ella. Ni gato ni perro. Ella no lo ha cfrecido jamás a nadie, ni siquiera a monseñor el día de su famoso paso por la Cornisa. Se instala en él como una reina, diaria reafirmación de su triunfante matriarcado, volviendo la espalda al norte, como hacen siempre las gentes que viven de la tierra. A su izquierda un cubierto, una silla vacía: el lugar que su hija Adelaida no ocupa ya desde el nacimiento de Juliana. Abuela no ha consentido jamás que la enferma sea totalmente excluida del ritual familiar, el cual hace que se convoque a su fantasma cada vez que se pone la

mesa. A su derecha, Juliana. Es el lugar de honor, concedido según las circunstancias o el estado de ánimo de abuela: el día de la fiesta de la Santa Patrona, por ejemplo, y si está en buenas relaciones con tita, le permite ocuparlo con su vestimenta de beata.

Más allá de la silla vacía está Dolores, después Andrea; junto a Juliana, Inés, y a su lado Casimira. Seguidamente se encuentran los hombres, Tonio frente a Noro y, completamente al fondo, apartado como la abuela, padre, que preside el otro extremo de la mesa, como dice Casimira con una pizca de malicia. Pero no hay sillón para él: una silla como los demás.

Abuela bendice la comida -amen- y autoriza a su hija Dolores a pronunciar (con el aire consternado de siempre, pero de una consternación satisfecha) sus interminables estrofas de acción de gracias. Cada uno hace el signo de la cruz, más o menos precipitadamente. Por último llega Casimira con la sopera y comienza a servir. Suspiro general. Abuela ordena:

"Tres cucharones para los hombres, Casimira. Ellos comen más que nosotras.

- Toma, responde Casimira con un gesto expresivo, creía que iba usted a decir que ellos trabajan más que nosotras".

Ella insiste en el usted para dejar bien claro que sabe mejor que nadie respetar la etiqueta que exigen las circunstancias. La radio es una buena escuela para la vieja bromista cuya voz es traicionada por su excelente humor. Sirve

cuatro cucharones de sopa en los platos de los hombres mientras canturrea con desenvoltura:

"¡ Agua para mis pequeños patos!".

Carcajada -rápidamente sofocada- de Juliana. Abuela ataja:

"Se cansa uno más en los campos que en la casa. ¡Allí no hay radio!".

-¡ Otra vez mi pobre radio! exclama Casimira poniendo a los "obreros" por testigos. ¡No podía faltar a la fiesta!".

Al otro extremo de la mesa, padre levanta los brazos en un gesto casi pontifical:

"¡ Señoras, que esta comida de cumpleaños se desarrolle en paz !".

Expresión de una cortesía masculina completamente inusual en la Cornisa, el señoras calma de repente el ánimo belicoso de las mujeres. Como la flauta de un fakir encanta a la serpiente, piensa con amargura tía Dolores. Viendo que su cuñado comienza a destapar alegremente una botella, ella vuelve su copa ostensiblemente. Casimira ríe mostrando todos sus dientes, abuela también. No hay nada como una palabra bien dicha, piensa padre, satisfecho de sí mismo.

"¡ Bebamos por mi flor de azahar! propone él, los ojos repentinamente húmedos. ¡Por nuestra Juliana!".

Los muchachos aplauden, los perros ladran, las niñas lanzan pequeños gritos de ratón. ¡Ya estamos! piensa abuela, el señor acaba de recuperar su jerga de feriante de ganados. Cuando Andrea cumplió doce años, ocurrió igual:

mi pequeña flor de azahar y todo el rollo.
¡Estos hombres!

El rostro de tita palidece: ella aborrece estas fórmulas campesinas, demasiado vulgares, estas hipócritas galanterías (¡ agradables al oído pero cuan falsas !) que usan y de las que abusan los machos para disfrazar sus inmundos deseos, sus celos de machos cabríos. ¡Ella desprecia a este hombre!. ¿No pronunció la misma obscenidad el día de su casamiento con su pobre hermana, y ante todo el mundo?. Ay, Dios mío, había que ver los ojos concupiscentes de los invitados (¡ los hombres naturalmente !) escudriñando minuciosamente la penumbra de la habitación nupcial e imaginando, desde las cuatro de la tarde, la frágil desnudez de su Adelaida, de esta flor de azahar, ¡ella también!. Cómo no voy a aborrecer los naranjos, sus filices de pecado. Aprieta los dientes, se sirve agua y, la mirada fija en el cubierto y la silla vacía de la enferma, levanta solemnemente su vaso. Abuela se encoge de hombros y ordena, con energía:

"¡ Vosotras, niñas, rebajáis este vino! Casimira, pon dos dedos más de agua. Y bebedlo despacio. Os aviso que para vosotras no habrá otra ronda".

Obediente, Inés se sirve un poco en su vaso; Juliana, por el contrario, pone mal gesto: ¡Cuando se es por fin mayor, como ellos dicen debería ser para todo, comprendido el vino!.

¡ Que refunfuñe todo lo que quiera! Los demás no piensan prestarle atención, tienen hambre.

Con ánimo de competición atacan la sopa. Los ruidos de deglución siguen a los elogios: homenaje rendido a los talentos culinarios de la vieja sirvienta. Ellos tomarían un poco más si es que queda. ¡Qué pregunta!. Con tono claramente ofendido, Casimira anuncia que, conociéndolos como los conoce, ha hecho suficiente para hartarlos a todos, incluso a los perros. Estos levantan enseguida las orejas.

"Pero veamos, Juliana, dice de pronto abuela, la cuchara en suspenso. ¿No has olvidado alguna cosa?".

La nieta responde con un ";vaya;" demasiado engolado para ser sincero. Se levanta, corre hacia el velador y coge un gran paquete que presenta a Inés.

"¡ Es tu regalo !".

Inés mira a todos, está tan sorprendida que no se atreve a tocarlo.

"Pero, ábrelo, dice abuela, ¡es para tí!".

Inés obedece. Lo destapa y descubre un costurero de madera incrustado de marfil, envuelto en satén azul cielo, que a través de sus lágrimas se le aparece -como un cofre sumergido- más bello que es en realidad. Ella susurra un gracias entrecortado.

"¡ Bueno, os serviré el conejo al ajillo ! concluye Casimira, al tiempo que rechaza la emoción que le anuda la garganta. Vais a ponerlos hasta aquí.

Yo traeré la ensalada y la salsa", dice Andrea, emocionada también, con voz que intenta

parecer normal. Se levanta, junta los platos, pellizca la mejilla de Inés al paso.

" Es bonito ", dice Inés mirando a abuela, porque ella sabe que el dinero ha salido de su bolsillo. Abuela sonríe en su majestad coronada de algodón: un rey mago. El rostro de tía Dolores se anima al fin como una habitación cerrada cuyas ventanas acabaran de abrirse de par en par. Adormecido desde su lejana infancia, el amor por su madre se despierta y, al despertarse, ilumina su rostro, hace resplandecer su belleza. Milagro, piensa su cuñado quien hace años conoció esta belleza hoy desaparecida. Los labios de la solterona se entreabren, se le escapa una sonrisa, que revolotea como una chispa en torno al sillón presidencial. Hay que admitirlo: no sólo sabe hacerse respetar doña Soledad Cuervo, sino también y, mejor que nadie, hacerse amar, sobretodo en días como este en que el afecto es obligado. ¡Bendito sea Dios que concede a la pequeña un tan bello cumpleaños! Tía Dolores olvida sin remordimientos a Adelaida la yacente, su habitación de reclusa, su enfermedad enviada por el cielo en castigo por su entrega demasiado viva al placer. Vivamos en paz, piensa ella. Levanta su vaso, hace señal a su cuñado para que le ponga dos dedos de vino. No, ni una gota más, te lo ruego. Gracias, querido.

[13]

Todos comen y beben como es costumbre en los días de fiesta: sin medida. Rostros

congestionados, manos pegajosas, se les creería al borde de la apoplejía. Con un tono sentencioso (ciertamente inspirado en su radio), Casimira se aventura en un discurso complicado, haciendo frases sobre *la comida de las fieras*, cuyo sentido figurado nadie capta. Un sonoro eructo de tía Dolores la interrumpe groseramente. La beata se disculpa: en señal de arrepentimiento, traza la señal de la cruz sobre sus labios.

El tiempo pasa, ruidosamente medido por el reloj de péndulo del vestíbulo. A la hora del postre -puntuales como los mendigos que hacían cola en las puertas de palacio donde el rey casaba a su hija- llegan los notables del pueblo. No son muchos (a Dios gracias, abuela no admite a cualquiera en su casa), y se muestran muy amables, multiplicando las cortesías y las exclamaciones en cuanto ven aparecer, traído por los muchachos, el monumental pastel adornado con doce velas. Acercan más sus sillas, se disponen a aplaudir. Audaz, el señor cura se sienta en el lugar de Adelaida no sin haber antes preguntado por *la salud de la paciente*. "Estacionario, responde secamente doña Soledad, puede usted usar su cubierto, no es contagioso". Gracias, dice el cura, tenedor en mano. Juliana sopla con todas sus fuerzas sobre las velas. Un verdadero ciclón. Las apaga en seco, dice Casimira. Bravo, grita uno de los invitados, tendrás doce niños. Los demás aplauden y presentan apresuradamente sus platos. Juliana encuentra dificultad para cortar el pastel;

todos le ofrecen su ayuda. Dirigiéndose a tía Dolores, abuela dice:

"¡ Para tí es el honor, hija mía, corta y sírve! Juliana, pasa el cuchillo a tu tía o acabarás cortándote un dedo".

Juliana obedece. Tía Dolores se pone solemnemente al trabajo: como si se tratara de repartir el pan bendito, parece arrebatada. Andrea y Casimira sirven el café. Padre ofrece una ronda de cigarros puros. Tonio y Noro tienden al punto la mano, pero el bastón de abuela cae sobre ellos como un rayo divino. El tabaco es para los hombres. En su presencia no se fuma antes de los veintiún años cumplidos.

[14]

Los invitados, sabiendo que a doña Soledad Cuervo no le agradan las visitas demasiado prolongadas, se marchan pasada una media hora. El sopor de la siesta cae sobre la familia como una manta demasiado caliente. Sudan, eructan ruidosamente, pedos disimulados detrás de las puertas. La atmósfera de la casa se hace pesada. Es inútil abrir las ventanas y levantar las persianas, los malos olores del corral no harían más que agravar las cosas, gime tía Dolores refugiándose en su pañuelo empapado en agua de colonia. Su consternación aparece de nuevo con mayor fuerza: las comisuras de sus labios se abaten, sus ojeras se acentúan. Es el calvario de mediados de agosto, concluye Casimira mirando

sin piedad la compunción de la solterona; después, entre eructos y pedos, añade:

"Hablas como si no conocieras la canción. ¡El calor no se puede remediar!".

Ella despliega sus brazos como alas de gallina y sus axilas se expresan sin equívoco. Tía Dolores huye de la pesadilla de la cocina; súplicas y votos confundidos en su boca, corre a refugiarse en la habitación de su *Adelaida*.

El libro de cuentas bajo el brazo, abuela ruega a los jóvenes que no hagan ruido. Durante al menos dos horas, precisa la señalando su reloj. Sube la escalera y se encierra en su habitación fortaleza.

Estas dos horas no duran más que algunos minutos. En el salón chicas y chicos empiezan una partida de cartas. F tan demasiado en silencio, se dice Casimira, y ella no se equivoca: el juego degenera enseguida en lucha, estimulada por los ladridos de los perros. Abuela, irritada, golpea el techo con su t tón. Silencio, risas sofocadas, después el alboroto se reanuda con mayor intensidad. Se oye lloriquear a Juliana que no aprenderá nunca a perder como una verdadera señorita, gruñe Casimira acercándose precipitadamente para restablecer el orden. Nuevos golpes de bastón de abuela, furiosamente esta vez, seguidos de los gritos de los ganadores que no aprenderán jamás, tampoco ellos, a saber ganar sin vanidad. ¡Ya estamos!, grita Ncro, profundamente molesto (al menos en apariencia). Los demás le acusan de tramposo, porque él gana todas las bazas... pero

nunca humildemente: él se celebra a voz en grito simplemente por tener suerte. Los triunfos se multiplican misteriosamente en sus manos. Es verdad que hace trampa pero los otros no llegan jamás a sorprenderle. Por muy bien que lo hagan, Noro es más astuto: ¡Seguro que ha aprendido a salir de apuros en los dormitorios del hospicio!. Casimira, enfadada, cierra la puerta. No es muy amable, pero el descanso de la patrona es sagrado.

Bruscamente, la tarde se ha puesto triste. Los jugadores se dispersan para ir ellos también a echar la siesta, a la querencia de los tincones en sombra.

Acabado su cigarro, padre-el-manco sale él solo a ocuparse de las bestias: es conveniente que coman las pobres; un día de descanso no puede hacerles bien, si es un día de ayuno.

En estas tierras altas, alejadas del mar y rodeadas de montañas, el sol de agosto no se suaviza hasta la caída de la tarde, momento en que sus rayos oblicuos, casi horizontales, ciegan las miradas. Entran en la casa con apariencias de fuegos artificiales, liberan la brisa que se desliza entonces desde los picos nevados al valle, llevando con ella frescos perfumes de espliego y de pino.

Es el momento más apacible de la jornada. La mirada apagada, las gallinas comienzan a dormir, el silencio que sigue al trabajo invade los campos, las campanas de la iglesia tocan el angelus, un mirlo obstinado silba desde lo alto de un cobertizo y algunas urracas vuelan

enloquecidas por los eriales que el sol fugitivo recubre de falso oro. El día se estira, muestra señales de fatiga.

Tía Dolores cierra suavemente la puerta de la habitación de Adelaida, se pone su velo y se marcha. Hace doce años que incansablemente ofrece novenas a nuestra Señora de la Salud Perdida para que el cuerpo enfermo de su pobre hermana pueda un día recobra sus fuerzas. En vano. Dicha Señora no ha oído ni atendido todavía sus plegarias. Ya llegará, repite Dolores cada noche. Es cuestión de tiempo. Paciencia. A ella no le falta. Al décimo día, la reanuda sin desalentarse: su perseverancia acabará por vencer la sordera celestial.

En la casa se vuelve a respirar con normalidad después del pesado malestar del mediodía; poco a poco la brisa purifica su atmósfera, la limpia de los malos olores de la siesta. Uno a uno despiertan, bostezan, murmuran. Retazos de palabras, risas entrecortadas, suspiros. Ojos semicerrados, las niñas ponen de nuevo orden en sus personas; piensan vagamente en el baile que comenzará antes de una hora. El microbús de los músicos ha llegado ya sin duda. Con pasos entrecortados los muchachos desaparecen en el cercado a orinar contra el muro poniendo mucha atención para que no se les vea desde la casa. Encienden un cigarro y esperan pacientemente a que su sexo se deshinché. ¡Nada fácil en esta edad, sobre todo después de los sueños de la siesta!. Ellos aprovechan, como de costumbre. para competir

entre sí: comentarios aduladores, naturalmente. Esto crece día a día como los pepinos. Bromas. Yo más gruesa que tú, yo más larga. Desvergüenzas mezcladas con pudor. Tonio tiene diecinueve años y Noro dieciséis.

"En cuanto a longitud se diría que yo soy tu hermano mayor", exclama Noro el jactancioso mientras cuenta siete, ocho, nueve dedos... casi diez!.

A Tonio le trae sin cuidado, no pone interés en la competición.

"Lo que cuenta es la capacidad para el trabajo, dice él; la mía vale por cuatro.

-;Habría que verlo!

-No tienes más que preguntárselo a la Rosita

...

-Oye, ¿Y si fuéramos a verla después del baile?

Ellos conocieron ya a la mujer en la misma ocasión, una noche en que Rosita vagaba alrededor de la Cornisa. Contra este mismo muro, ¿te acuerdas?;Que si me acuerdo! Uno tras otro, como buenos compañeros. Dos golpes cada uno, todo muy rápido: el dinero del mes se fue en eso (también han conocido, como muchos otros desde la capital al pueblo, el culo limpio de Pepito Mariposa, que se lava más que una mujer. ¡Y esto, gratis!).

Ellos alimentan un sueño secreto, pero casi irrealizable: irse de putas a la ciudad. Aquí hay quienes afirman que hacen cosas inimaginables. Ellos hablan de esto infatigablemente noche tras noche en su

habitación, las manos pegadas al vientre como la llama al fuego. Pero ¿con qué dinero, cuándo, cómo? ¿Quién de los dos se atrevería a comunicar a la patrona que se van a ausentar de la Cornisa durante todo un día?. Si doña Soledad fuera tan comprensiva como Casimira ... Ella lo comprende todo, las necesidades y los sueños; entorna sus viejos ojos y farfulla toda suerte de bromas cada vez que lava sus calzoncillos. ¡Esto os pica, eh, truanes, esto os impide dormir como los ángeles! ¡Ah, si yo fuera joven, ya veríais!. El sábado por la noche ella se recoge las mangas con alegría, toma el jabón, lo sumerge en la bañera y frota, frota ... Es un alma de Dios, que sabe aliviarlos. En tales momentos, ella permanece silenciosa, su vieja voz no logra levantar los párpados cerrados de los jóvenes, ni interrumpir sus sueños. Ella es sabia como la vida.

[15]

A lo lejos, los cencerros de los rebaños transhumantes, cabras y corderos que van a pacer durante el verano en los pequeños valles de la alta montaña, se mezclan alternativamente, con los ladridos de los perros, los agudos silbidos de los pastores, sus cantos solitarios.

Desde la ventana de la cocina, Andrea llama a los muchachos.

¡Estáis sordos o qué, banda de marmotos? aúlla a su vez Casimira. Hay que lavarse las

manos y la cara, y masticar un buen tallo de menta. ¿Es que queréis ir al baile con las uñas negras, los ojos legañosos y el aliento apestando a ajo?".

Andrea, Juliana y la pequeña Inés se burlan alegremente.

"Ellas tienen también necesidad de una ...

- ¡Bueno, apresurate!" interrumpe Tonio.

No se ha oído aún la voz de la patrona. Como cada domingo, va a descabezar un sueño en la habitación fétida de su hija enferma.

"¿ Enferma de qué?, pregunta Noro.

Hay quien dice que su marido la ha atravesado, responde Tonio.

- ¡ Coño !".

Noro ríe a carcajadas. Tonio le propina una bofetada que el muchacho apenas esquiva.

" Uno no se ríe de estas cosas, dice él, serio.

¿ Qué quieres, que lllore?, responde el otro, con desvergüenza.

Corren hacia la casa, recomponiendo al mismo tiempo el nudo de su corbata.

[16]

Por fin llega la hora del baile.

Padre y Casimira conducen al grupo, rostros frescos, lavados, cabellos repeinados. Con sentimiento en la voz, padre anuncia que, desgraciadamente, él sólo se quedará el tiempo de abrir la ronda de pasodobles con su pequeña

flor de azahar (la flor en cuestión da pequeños saltos como un pajarillo: papá la abraza) y de saborear una copa de anís en compañía del alcalde, mientras espera la llegada de su cuñada "cuyo ojo piadoso, añade sentenciosa Casimira, velará para que las jóvenes no bailen demasiado cerca de los muchachos: los cuerpos a un palmo de distancia" (imita el tono y los gestos de la beata). Después padre volverá a la Cornisa para relevar a su suegra en el cuidado de la enferma; abuela no quiere acostarse tarde. Es lástima, él preferiría quedarse en el casino toda la velada, bajo la parra del porche, para ver bailar a los jóvenes mientras juega al dominó. Pero cuando vuestros deberes de esposo os reclaman ... Por lo demás, tita no ha renunciado al rol tradicional de carabina y abuela no soporta por mucho tiempo jugar a los enfermeros.

"No es verdad que prefiere acostarse temprano como ella quiere hacernos creer, asegura Casimira. Es por sus cuentas. Cada noche lo anota todo en su gran libro negro, céntimo a céntimo, y lo ha hecho toda su vida!". Cruzan la plaza, todos levantan la cabeza al mismo tiempo y hace su entrada triunfal en el casino, lleno hasta rebosar. Sobre la tarima los músicos afinan los instrumentos. Alfonso el cojo y Pepito Mariposa sirven de mesa en mesa. Sedientas de fiesta, las gentes rodean a Juliana, deseándole feliz cumpleaños. ¡Qué linda es la pequeña Cuervo! ¡Con su elegante vestido blanco de lunares rojos, tiene todo el aire de una señorita y no tiene nada que envidiar a los

veraneantes que nos llegan de la ciudad!. Y qué rápidamente crece. Más rápido que su hermana, se ve a simple vista.

Abultando los volantes de su vestido, Juliana se pavonea. Como en una fascinante sala de espejos, todos los ojos le repiten la mirada que le ha lanzado Noro esta mañana en el baño. Sus pupilas centellean, sus dientes se afilan. Se despierta en ella un apetito completamente nuevo, como si no hubiera comido desde hace días, siglos ... Un hambre increíble que viene acompañada de sofocación, de sudores repentinos. ¡Ella es ya una muchacha!.

Hinchados como figuras de tarjeta postal, los Cuervo presiden desde la mesa de honor. Un revuelo de sonrisas los acoge. Peripuesta con un vestido amarillo comprado hace treinta años, sin duda el último de su juventud, Casimira resplandece como una bombilla eléctrica y aprovecha la ausencia de abuela para asumir el papel de jefe de la familia (en casa de los Cuervo los hombres no cuentan). Ella puede permitírselo, en esto todo el mundo está de acuerdo. Este derecho no escrito le viene de su antiguo concubinato con el padre de su patrona. Las gentes, aquí, tienen buena memoria: no han perdonado a doña Soledad haber impedido a su viejo casarse con su amante, la brava Casimira, su concubina durante más de veinte años. Una vergüenza. Por esta razón, cada vez que tienen ocasión, los vecinos rinden a la criada los honores debidos a una vicepatrona. Abuela los deja hacer: no se le podrá reprochar el no

apreciar a Casimira. No hay necesidad de añadir que tiene la conciencia tranquila. Si no consintió en este matrimonio, fué por una razón muy simple: ésto no se hace, y punto.

[17]

Viendo a aquellas gentes, jóvenes y menos jóvenes, excitados como pulgas, cualquiera pensaría que se trata de su primer baile. Sin embargo, la única diferencia respecto a los demás domingos y festivos consiste en la presencia de algunos veraneantes que, con mirada curiosa, toman su baño anual de colorido local; en el grupo de músicos de la capital contratado por doña Soledad para sustituir el tocadiscos del casino y, por último, en las guirnaldas que ha consentido comprar para que el aniversario de la pequeña se haga más *señorial* como dice Casimira.

"¡ Manera estúpida de derrochar nuestro escaso dinero !" ha gruñido tita quien hubiera, sin duda, preferido destinar su importe a las necesidades del culto: incienso, novenas y velas.

¿Por qué te tienes tú que ocupar de cómo y en qué tu madre emplea su dinero?. ¡Su dinero que yo sepa es suyo, intocable y secreto! y, además, un día como este ...".

De hecho, hacer feliz al pueblo entero cuesta menos que ofrecer un nuevo manto bordado a la Santa Patrona. ¡Como si estuviera desnuda, la

pobre mosquita muerta!. ¿Qué va a hacer ella con un vestuario tan lujoso como el de la amante de un juez?. Abuela es como es, tiene el sentido de la medida; ¡ella responde al cura que, el nuevo manto, lo bordará con sus propias manos su hija, que no tiene otra cosa que hacer!.

El semblante de la beata se ensombrece aún más; afirma que su vida es un calvario y encomienda al cielo el alma tacaña de su madre, pero el cielo no se manifiesta.

"Convéncete, hija mía, de que a tu madre, el cielo la quiere cerca de su dinero", concluye Casimira.

Los notables brindan una y otra vez por el brillante porvenir de Juliana y después comienza el baile. La flor de azahar lo abre en los brazos de su padre. Él también se siente mejor cuando abuela está ausente; se hace llamar pomposamente don Juan y conduce a su hija como si paseara una becerra en un concurso. Juliana está radiante. Nacida para el baile, asegura Casimira señalándola con su abanico malva. Sí, queridas señoras, he sido yo quien le ha enseñado el pasodoble como se bailaba en mi juventud, con vuelo de faldas y triple vuelta. ¿No es emocionante verla girar como un trompo, tan joven y ya tan mujer?.

Daos cuenta de que una jovencita cambia de un día para otro, no me extrañaría que ella tuviera su primera regla antes del fin del verano.

¡Pero si la tuvo ya!. Sí, queridas señoras, este invierno, un día de mucha nieve.

!No me extraña: se ve que ya está hecha una mujer!".

Solemne, la mirada levantada hacia las guirnaldas, los ojos humildes, don Juan sonríe: ningún otro hombre podrá robarle los estremecimientos que recorren el cuerpo de su hija, esta corriente de energía despertándose que le hace rejuvenecer veinte años. Es el patrimonio del padre, el merecido salario de progenitor. Este trigo en tallo en el que se adivina la impaciencia por ser espiga, por convertirse en grano, es él quien lo ha sembrado; es pues justo que sea él el primero en gustarlo, en embriagarse con su sabor. Su justo derecho, piensa él aproximando más la carne precoz de su hija, carne de su carne como dice la ley y el Evangelio. Su mirada de propietario se endurece brutalmente, lanza chispas cuando se cruza con la de otros hombres: qué hombre se atreverá algún día ... Esta pregunta desaparece cuando sus ojos se encuentran con los de su hija y se funden en ellos.

Calmado su nerviosismo por el fuego que desprende el hombre-padre, Juliana no es más que sonrisas. Es su fiesta, su día maravilloso, todo el mundo se da cuenta. La emperatriz del baile, ruge Casimira cuando la pareja pasa próxima a la mesa presidencial. Habla a gritos, haciendo caer a las comadres en los menores detalles del vestido blanco de lunares que la jovencita lleva como una serafina. Hay que reconocerlo, murmuran las otras asintiendo con la cabeza, le queda muy bien el precioso vestido, está muy bien acabado.

"Las manos de Andrea, que valen su peso en oro. Ha seguido cursos de corte y confección por correspondencia.

- ¡Admirable!

- Yo habría jurado que lo habíais comprado en una tienda de la ciudad, tiene todo el aire de un modelo ...".

Los abanicos se mueven, las cabezas se balancean al ritmo de la música. Este pasodoble que todo el mundo conoce se titula *mi pequeña rosa sin espinas*; ese no es *mi pequeña flor de azahar* ;pero poco le falta poco ! Don Juan se queda embelesado. La mano de Juliana descansa en la suya, la derecha, la que sólo tiene tres dedos. Un accidente de trabajo, una vieja historia, tan vieja que ya no sufre por ella; incluso cuando, sin maldad, insisten en llamarlo *el manco*.

La pista se llena de parejas: Andrea y Tonio, Casimira y su pequeña Inés, el alcalde y su esposa, y otras más; giran en todas direcciones.

Pepito Mariposa, que va ya por su octavo ponche, baila solo. Bajo los aplausos y aclamaciones de los asistentes, sube al estrado y, con su voz aflautada, se pone a cantar el pasodoble; se acompaña con movimientos y altera hábilmente las estrofas haciendo al mismo tiempo gestos atrevidos que las gentes aplauden frenéticas. A falta del tonto tradicional, el pueblo tiene su loca campesina que cumple el mismo papel: Pepito hace de recadero, de payaso en los bautizos y casamientos, adorna la iglesia y organiza las procesiones de Semana Santa (las

beatas aseguran que tiene un gusto sublime para las cosas del culto), amortaja a los muertos, canta el "dies irae" en los entierros y se entrega a las transgresiones sexuales con los hombres, como dice, los labios apretados, tía Dolores para quien el estilo ampuloso de los libros piadosos cumple la misma función que los seriales radiofónicos para Casimira. A veces el muchacho (que no lo es totalmente) luce sin vergüenza un ojo morado, resultado de un desgraciado encuentro que él no intenta ocultar; al contrario, como le gusta hacerse notar, alimenta con sus hazañas *inconfesables* el chismorreo de la región. De pequeño soñaba con llegar a ser una estrella de la canción, un ídolo con seguidores incondicionales. Por desgracia, comienza a perder el cabello, literalmente cardado a fuerza de golpes de peine y le ocurre frecuentemente que olvida la letra de las canciones profanas como las del latín litúrgico; pero, de espíritu despierto, improvisa en ambas ocasiones. Siempre se le ve contento, dispuesto tanto a animar las fiestas como a bajarse los pantalones para solazar a los machos del vecindario que, una vez conseguido el placer, lo apalean cruelmente. El pequeño Mariposa no les guarda rencor, la vida es así: su cruz, amar a los hombres; la de ellos, tener que esperar hasta el matrimonio para tener gratis una mujer en su cama.

El pasodoble se acaba con una lluvia de aplausos y de claveles dirigidos indistintamente a la orquesta, a la vocalista y a la emperatriz-

serafina. La frente perlada de sudor, Juliana da la vuelta a la pista desplegando los complicados volantes de su vestido blanco de lunares rojos, que se hará famoso en el futuro; luce su minúsculo bolso, su espejo de jovencita y su abanico impreso con ángeles mofletudos apresados en una confusión de rosas salvajes (; sin espinas, naturalmente !). Con la rapidez que le es posible, Alfonso el cojo sirve las bebidas; el ilustre equilibrista se equivoca voluntariamente y sirve a los jóvenes más ponche que limonada. Es la fiesta de todos, dice guiñando sus pequeños ojos malignos. Los niños no saben comportarse y se aprovechan; risas mal contenidas se ahogan en sus gargantas; sus ojos se llenan de los relámpagos lejanos que apenas se dejan ver en el cielo cubierto. La música y el baile se reanudan. Arrastrando a sus maridos con chalecos de terciopelo, las matronas del pueblo invaden la pista. Hay que verlas cómo se lucen, empapadas en sudor, sus peinados deshechos y sus axilas chorreando como escurrideros. La fiesta comienza a exalar su olor particular, mezcla de perfumes orientales, de sudor y de sexo. Olores de una naturaleza rural pródiga en sus encantos. Se creería que la fiesta tiene lugar sobre un montón de estiércol donde machos cabríos y cabras en promiscuidad retozan. El olor de Satanás como está a punto de denominar tita, en el colmo de la consternación, la nariz cogida entre los dedos, el labio caído en señal de repugnancia.

Espantado por el grupo musical, el tiempo ha volado. Don Juan consulta su reloj y se decide a marcharse no sin haber previamente expresado en público sus deseos. Con tono solemne advierte a Casimira que los jóvenes deben regresar lo más tarde a las once: mañana es día de trabajo, y en la casa de abuela la diana se toca al alba. La lengua suelta por la bebida, Casimira responde que la cena está preparada, que no ha olvidado retirar las colchas y que mierda, un día es un día ... Con desvergüenza abre el abanico y se airea la entrepierna. Don Juan enrojece. Terrible esta mujer: su verdadero lugar está en un burdel de feria, para enganchar a los hombres desde la puerta de su rulot. En fin ... Buenas noches señoras y señores, ¡os confío a mi hija!. Las personalidades y sus esposas responden a una sola voz: "No se preocupe, amigo, está en buenas manos". Sonrisas. Gestos amables. Don Juan abandona la fiesta.

[18]

La noche se aproxima, el porche está en penumbra, es hora de encender los farolillos (que han sido envueltos en papel de color rojo). Las guirnaldas ofrecen variados colores, techo y vigas parecen cubrirse de enjambres de luciérnagas.

Juliana baila en los brazos de Andrea, que la lleva. Las dos hermanas se divierten como niñas pequeñas, ríen al unísono, hacen remolinear sus

vestido y cabellos. Tonio y Noro pretenden separarlas; con voz repentinamente viril, apelan al derecho sagrado del macho: "; Esto no es una pareja !". Pero las chicas no ceden. En vista de su fracaso los muchachos deciden imitarlas, se inclinan en una reverencia grotesca y se lanzan a la pista uno en los brazos del otro, "en señal de protesta". Persiguen con obstinación a la pareja femenina, le cortan el paso, provocan colisiones, ruidosos y torpes como perros pachones sobre un suelo encerado, se deslizan y caen, arrastrando a otras parejas en su caída. Sanos y salvos los jóvenes giran alrededor del desastre. Los guardias civiles y el señor alcalde rien a carcajadas.

Pero he aquí que, con el velo sobre la cabeza y la consternación en el rostro, tía Dolores aparece bajo el porche. Parece una nube negra cargada de rayos. Semejantes a los jirones de tripas que festonean el pico de un ave de rapiña, palabras entrecortadas salen a borbotones de su boca. No se toma la molestia de saludar sino que se acomoda con autoridad en el lugar de honor que Casimira le cede y anuncia a la concurrencia que el señor cura vendrá dentro de un momento a tomar un refresco en compañía de su sobrina Julieta. Ella los mira uno a uno para asegurarse de que han comprendido bien la importancia del acontecimiento. La señora alcaldesa se muestra *muy complacida*.

"; Increíble ! murmura furiosa Casimira. !Mira la pinta de juez que tiene! Desgraciada, si abuela la viera ...".

La vieja criada recuerda el tiempo en que esta personalidad trabajaba de planchadora en el Hospital Provincial: una planchadora, ni más ni menos. Ella se aprovechó de una enfermedad vergonzosa del alcalde, excombatiente de la División Azul, para hacerse embarazar por el libidinoso, entre sábana sucia y sábana limpia, como se suele decir. Una forma como cualquier otra de ascender en la escala social, que terminó con un matrimonio (precipitado, por supuesto) y con un parto prematuro. Un niño que nació muerto, podrido hasta la médula. Esto no impide que ella lleve el luto con una dignidad que sobrepasa toda medida. Costumbres de los advenedizos, como digo yo.

Beata como tita, la señora alcaldesa se confía frecuentemente a ella y, con voz amarga, le asegura que no se encuentra ciertamente feliz en un medio rural; pero, suspira, es la esposa del alcalde, y en nuestros días los hombres se pagan caros.

"¡ Qué lástima !" responde a menudo tita, comprensiva.

Las dos sienten por el cura una misma pasión (culpable, murmura Casimira) que las fuerza a una constante competición de tartas y bizcochos. Desde que recibió el encargo de la parroquia, hace quince años, el sacerdote ha engordado quince kilos. Entonces ya estaba regordete, ahora es un verdadero tonel.

Helo aquí por fin, este digno servidor de Dios, sudando tan desvergonzadamente como el más vulgar de los seglares. La orquesta no le ha

concedido la gracia de suspender por un instante su música. Tía Dolores esboza un gesto de desagrado (cristiano, piensa ella), Casimira estalla de felicidad pagana.

Además de la falta de higiene habitual en las gentes de iglesia, este tonsurado y voluminoso cura despide un olor a cera, a incienso y a vino consagrado particularmente agresivo en este día en que se ha fatigado como cuatro. Su acostumbrado acompañamiento de beatas lo escolta. Sedientas, se precipitan sobre el lebrillo de limonada haciendo sonar sus medallas: cabras en plena canícula. Todo es negro en este rebaño del buen Dios y en su pastor: sotana y vestidos, gestos, palabras y miradas; negros también los pensamientos que se perciben a través del oscuro velo de sus ojos.

En cambio, sobre la pista, el grupo abigarrado de jóvenes aldeanos alborotan cuanto pueden. Pepito Mariposa acaba de tener una idea genial: va a disminuir la iluminación como se hace, dice él, en las *discotecas* de la ciudad. Enseguida, los farolillos experimentan un eclipse casi total, propicio para los actos delictivos.

Autoridades y fuerzas vivas protestan y mandan volver a encender en el acto la luz del techo. Pero los jóvenes reclaman con gran escándalo su *penumbra satánica* (la palabra es de tita) y amenazan con cortar la corriente o con ir a bailar bajo las arcadas del ayuntamiento. Finalmente acaban por ganar el pleito y el claroscuro les es devuelto. Hoy en día, sólo la

audacia consigue imponerse, dice echando pestes un guardia civil. Así es, responde el señor alcalde, pero es mejor tenerlos controlados. Pepito Mariposa baja un poco más el reóstato. él sabe de lo que habla y a esto lo llama una maniobra de estrategia de retranca. Muy sencillo: la penumbra invita a los cuerpos a aproximarse más, a rozarse, las manos a extraviarse, la temperatura de la sangre sube muchos grados, el sudor chorrea, y esta noche, cuando las niñas vuelvan decentemente a acostarse, él, mariposa nocturna, rondará en las callejuelas del pueblo, las antenas al acecho; hará la ronda en los cercados y pajares, aliviará y se aliviará. La fiesta, en alguna manera. Y tanto peor si mañana él luce de nuevo un ojo donde la noche haya señalado su puño.

Sobre la pista, apenas se distingue a las parejas que se apiñan para mejor pasar desapercibidas. Andrea baila con Tonio; olvidando el comportamiento tradicional de las señoritas Cuervo, ella se ablanda entre sus brazos. Muchacho y muchacha se comunican mediante susurros, hablan de matrimonio. Abuela no ha pronunciado todavía la última palabra, dice Andrea, pero está de acuerdo. Conoce a abuela y lee sus pensamientos. Tonio es fiel, trabajador, reúne condiciones para agradar a su patrona. Sabe respetar las formas: la prueba, su pierna no busca demasiado la entrepierna de ella, observa Andrea con desagrado. Tonio enrojece. ¡Eso, un hombre decente lo reserva para el matrimonio!. Sí, responde ella con voz

amarga, para este siempre de los hombres cuya duración no sobrepasa jamás la noche de bodas y que sustituyen desde el día siguiente la rutina y el derecho ... ¡Lástima, así es la vida! (Que se derrite como la nieve al sol, en esto se suma a la filosofía derrotista de la radio de Casimira). Tonio susurra: "No, te equivocas, mi *siempre* es el de un verdadero hombre". Andrea no se convence; en la familia Cuervo, la debilidad ha sido *siempre* el sino de los hombres: el bisabuelo de Casimira, el abuelo dominado por el juego y el alcohol hasta su última hora, padre y sus escapadas mensuales a visitar la casa de las putas en la capital, sin contar sus historias con la Rosita (al oír este nombre, Tonio siente un escalofrío que disimula hábilmente). En fin, ¡no se puede meter a todo el mundo en el mismo saco!. él está seguro de que ella dice esto para hacerle rabiar. Andrea es la más bonita de las muchachas, él el más enamorado de los muchachos. "El más enamorado de los hombres", precisa él, convencido de que esta expresión tiene más peso.

Noro, pacientemente, aguarda su turno. Las formas son las formas. Hay que respetarlas. él sabe perfectamente que es el último. Juliana ha bailado con su padre, Andrea, Casimira, Tonio, el señor alcalde, los guardias civiles y hasta con Pepito Mariposa. Pero cada vez que él la ha invitado ella ha respondido no: no, aguarda; no, estoy cansada; no, aún no. Ella jamás consentirá bailar con él, ¡seguro!. Pero se equivoca, la niña está presta a entregarse en los brazos de este joven del *hospicio* (¡ como no cesa de

repetir delante de todos esta zorra de tita !) pero ella se excede en propio perjuicio en este punto capital de la estrategia femenina que consiste en decir no. Noro se muestra más apremiante, casi desvergonzado:

- ¿sí o me mandas a la mierda?. Pierde el tiempo. La joven es sagaz y hábil:

-"; Te he dicho que esperes, imbécil! ¿Vas a pasar la noche acosándome como un gatito?. Todo llegará". Ella sabe que los pasteles no se sirven hasta los postres ...

Finalmente baila con él, amable, una pequeña mano abandonada en la del joven y la otra apenas apoyada sobre su hombro. Sus cuerpos están separados por la distancia reglamentaria: un palmo. Noro quiere atraerla hacia él, Juliana resiste: lucha lasciva que se parece a un juego, iniciado en las arenas movedizas del deseo.

Juliana ríe, jadea, se muestra infatigable: sus caderas giran, su pecho se levanta y se abate, sus pestañas tiemblan, sus labios esbozan palabras que no pronuncia, su mirada mariposea, sus rodillas rozan ligeramente las piernas del muchacho y se separan como dos chispas que saltan de un fuego demasiado vivo. Sus poros liberan una energía abrasadora, que ella no puede dominar: un jugo agrídulce que huele a frutos sazonados. Entre ellos pasa una corriente que electriza a Noro, su aliento se espesa, sus dedos se crispan, sus muslos persiguen y rodean implacablemente el vestido blanco de lunares rojos que huye una y otra vez en un vuelo asustado. Finalmente, al azar de un paso de

baile más atrevido, el joven aproxima contra el vientre de la joven la señal de su virilidad. Juliana se abandona.

"Tengo un regalo para tí.

- ¿Un regalo? ¿Dónde está?
- ¿No lo notas? En mi bolsillo.
- ¡Embustero!.
- ¡Tócalo!
- ¿Es una caja?
- Adivina.
- ¡Guárdatelo, no lo quiero!".

Un silencio. Obstinado. El juego abrasador prosigue. "¡Pero dámelo! Me muero por verlo.

-Aquí no. No quiero que los demás se enteren. Es un secreto".

Las pupilas de Juliana se encienden. él ha pronunciado la palabra clave: *secreto*. Su primer secreto de mujer, su trofeo de cumpleaños.

"¿ Es bonito?

- Por supuesto ya que es para tí.
- Quiero verlo.
- Después.
- ¿Cuándo? -
- Esta noche.
- ¿Dónde?
- En la casa no, podrían vernos.
- ¿Dónde entonces?.
- En el pajar".

Un breve titubeo.

- "Está oscuro .
- Tengo una linterna.
- No te prometo nada.
- ¿Tienes miedo?.

- ¿Yo miedo? No. El pajar es también la Cornisa. Y en mi casa no tengo miedo.

- Te esperaré.

- No sé si iré.

- Te esperaré. Te doy mi palabra".

Ambos aspiran sus olores confundidos, sus cuerpos se reconocen, cómplices en este despertar a la clandestinidad. Sin darse cuenta hablan bajo con medias palabras y sus cuchicheos están cargados de un sentido que se les escapa aún. Como todos los enamorados en su primera cita, deciden verse a escondidas; esta noche, cuando los demás duerman.

Esta es la costumbre. Ellos están dispuestos a cumplirla.

A las once menos diez, a la mitad de una frase dirigida a la señora alcaldesa, tía Dolores se levanta. Casimira piensa que un escorpión ha debido picarle la nalga: ¡A quién se le ocurre brincar así!. Pero no, la solemne consternación de su cara significa simplemente que la fiesta ha terminado. Las chinchas de sacristía mueven la cabeza, expresando su acuerdo con su jefe de grupo: los jóvenes deben ir a acostarse, no conviene que se acostumbren a pasar las noches en vela, hábitos de viciosos. Ellas, por el contrario se quedarán aún en la pista un segundo, el tiempo de tomar un último trago de limonada (en términos retóricos, es para dar envidia a la misma Casimira). Al grupo no le queda más remedio que volver a casa. Inútil protestar, no hay apelación posible.

Todos saben que hay una enferma en la Cornisa ¿Cómo podrían olvidarlo?.

Los Cuervo salen y se reagrupan alrededor de Juliana para *las despedidas*; para ellos, todo es ceremonioso. Vuelven la espalda al alboroto de la orquesta, a las guirnaldas, a los confetis, al alumbrado tamizado de Pepito Mariposa, a los invitados que se tambalean alegremente despidiéndose bajo el jazminero del porche. Abrazos, deseos de felicidad y longevidad. Naturalmente Juliana ocupa el centro de la atención general; muchos aseguran que, Dios mediante, estarán allí el día de su matrimonio.

"¿Algún novio a la vista, como para Andrea? ¿Algún pretendiente secreto?.

Hoy las cosas van más rápido que antaño; en mis tiempos ...".

Con un *buenas noches* áspero, tía Dolores corta en seco esta charla inconveniente. ¡Hablar de casamiento a una niña de doce años!. Casimira lanza de nuevo su risa radiofónica, del mismo amarillo que su vestido.

La noche quema, ni un soplo de aire baja de las montañas. Se ven todas las estrellas, se oyen todos los perros pastores, todos los grillos desvelados. Algunos faroles alumbran la calle principal, que ellos suben a velocidad de crucero de tita, silenciosos, jadeantes (regreso de maniobras, como dice Casimira).

Juliana y Noro cierran la marcha. Temerarios y temerosos a la vez, sus dedos se buscan, se

rozan, se separan, prosiguiendo el diálogo entablado durante el baile (diálogo de signos percibidos o no percibidos, a merced de los claroscuros y de los cuales las palabras están ausentes, como si, para expresarse, no le hubiera quedado más que este común denominador: el silencio). Una común felicidad ha sustituido su identidad, pero ellos no lo saben, jamás lo sabrán.

[19]

Cerrada tras ellos la puerta de la Cornisa, tita declara que no tiene hambre y, olvidando las "buenas noches" de rigor, desaparece como una sombra en la habitación de Adelaida. La jornada está definitivamente acabada, piensa ella. A Dios gracias, todo ha transcurrido sin incidentes.

Los demás se acomodan en la cocina ocupada todavía por la abundante vajilla de la comida. Apesta a grasa. Casimira manifiesta que ella no tiene la culpa. Muerta de fatiga, sus gestos acusan bruscamente su edad real, desaloja un extremo de la mesa y les sirve arrastrando los pies, marioneta con vestido amarillo a quien nadie, ni siquiera su pequeña Inés, echa una mano.

Comen en silencio, con gestos lentos, una misma sonrisa soñadora en los labios; como si no

se viesen, como si, para pensar en el otro debieran esquivar su presencia física.

La vieja criada se duerme de pie: no les pregunta si han satisfecho su apetito como hace habitualmente. Andrea bosteza, toma a Inés de la mano y sale con ella. Tonio las sigue, después se levanta Noro, da algunos pasos, titubea, enciende un cigarrillo, palpa el bolsillo en el que lleva el misterioso regalo, murmura un "bueno, yo me marchó" más bien indeciso y, sin obtener respuesta, se dirige haciéndose notar hacia la puerta del patio. La mirada de Juliana se posa sobre la espalda del joven, se le adhiere con avidez, se pierde con ella en la noche exterior.

Transcurren algunos minutos. Casimira se queda dormida en una silla. Juliana toma su plato y lo sumerge en el agua sucia del fregadero. Sus gestos son los de una sonámbula. Sus ojos lo miran todo sin ver nada, la respiración contenida de quien atraviesa a ciegas una sala oscura, no piensa en nada. Casi dormida Casimira pregunta:

"¿Contenta?"

Sin interés, se siente muy fatigada. Preguntas, respuestas, comentarios: mañana.

Juliana no ha oído. Bebe mecánicamente un vaso de agua y sube a su cuarto. No enciende la lámpara de cabecera. Sentada en su cama, se rodea con sus propios brazos, huele su cuerpo. Su respiración se hace más irregular, un calor nuevo nace en su vientre. Sonríe, suspira largamente, enciende la lámpara, abre su bolso,

saca el pequeño espejo, desabotona su vestido y contempla sus senos: tienen vida, se estremecen como si quisieran escaparse. Ella no se atreve a acariciarlos, a aventurar un dedo curioso sobre sus aréolas, pero los contempla largamente, vorazmente, analizando su color, su forma, su peso. Así levantados ella los percibe como dos gritos en la noche, dos aullidos más bien, el mandato sincronizado de dos Lázaros milagrosamente arrancados de un letargo mortal y que la empujan a despertarse ella misma, ordenándole: "levántate y anda". Fascinada por su descubrimiento no piensa ni en el aderezo de su rostro ni en el orden de su peinado. Guarda el espejo, abotona su vestido, apaga la luz y sale. Sus pasos han adquirido la ágil seguridad de las empresas clandestinas. Acaba de nacer, va al encuentro de la vida.

[20]

Sombra de alma y materia que se escabulle en la oscuridad y se confunde con las otras sombras, descubre repentinamente el disfrute de la clandestinidad, del secreto. Los pliegues de su cuerpo segregan aceites olorosos, las fragancias de la edad nubil. Olfateando su presencia furtiva, los perros esbozan algunos ladridos pero se callan enseguida al reconocer una presencia familiar.

Deja atrás el establo, entra en el granero. Los animales duermen, los mosquitos se han

volatilizado. El aire pesado huele a heno, a gramíneas secas, a estiércol de mulo: olores de una noche de agosto, pesada y mareante. Sin titubear, Juliana sube la escalera del pajar.

Completamente al fondo, una luz parpadea; es la linterna de Noro que la guía hacia el lugar de la cita. Juliana salta de gavilla en gavilla, hundiéndose en la paja y saliendo de nuevo a la superficie; de su garganta brota una risa aguda que trata de reprimir. Susurra:

"¡ Pero ayúdame, so idiota! "

Noro le tiende la mano. Coronada de ramitas, Juliana se levanta finalmente entre oleadas de forraje.

"¡ Enseñame mi regalo!

- ¡ Siéntate primero!

- No estoy cansada", responde Juliana dejándose caer en el heno.

El joven orienta la linterna cuya claridad ilumina ahora débilmente el rostro de la niña y retira una a una las briznas de paja de su cabello. Las recoge con mucho cuidado, evitando tocar la piel abrasadora.

"¿Qué es?

- Adivina.

- ¿Un pañuelo bordado?

- Frío.

- ¿Horquillas?

- Yo diría: caliente ...

- ¡Un pasador!

- ¡Te quemas!

- ¡Dámelo enseguida!

- No es un pasador. No exactamente.

- ¡Un peine!

- No.

- ¿Qué es, entonces?

- Bueno, puesto que no eres capaz de adivinarlo... Es un lazo".

Juliana manifiesta una profunda decepción. Escupe un trozo de paja.

" Un regalo de niña pequeña, dice despectiva. Si lo hubiera sabido ...

- No, no es de niña pequeña. ¡Es un lazo rojo!

- ¡De satén, seguro!

- ¡No, mierda! De terciopelo. Ancho y largo como los de Andrea. Lo compré en la mercería, es el único que quedaba. No fue fácil, no había más que mujeres en la tienda. He tenido que esperar a que se fueran".

La niña se queda de piedra.

"¡ Enséñame!

- ¿No me crees?

- No, haces trampa. Como en las cartas.

- ¡Tú no sabes más que dar voces!

- Soy una niña pequeña. Tengo derecho.

- Tú ya no eres una niña pequeña.

- ¿Tú crees?

- Y tú ni siquiera me has dado las gracias. Los regalos no se hacen de balde.

- ¡Noro, quiero verlo! Después sabré si debo o no darte las gracias!".

El muchacho se recuesta en la paja.

"Búscalo. Lo llevo encima".

Se hace el muerto. Ansiosa de juego, la niña se lanza sobre él, palpa sus bolsillos, arranca

risas entrecortadas a Noro que exagera a placer sus convulsiones.

"¡ Embustero, no hay nada en tus bolsillos! ¿Dónde lo has escondido?.

- ¡Busca mejor, o no lo encontrarás!".

Es un desafío. Las manos de Juliana pierden de pronto su impaciencia infantil; en pocos segundos, adquieren seguridad de adulto; orientando sabiamente su búsqueda, recorren el cuello del joven, su pecho, su cintura, su vientre, llegan a la proximidad del sexo, se alejan asustadas, después vuelven y notan, sorprendidas, el temblor de la carne en erección.

"Aquí está tu regalo", murmura Noro, blandiendo el lazo de terciopelo rojo. Se lo pasa alrededor del cuello, atrayendo el rostro hacia el suyo. Sus alientos se confunden.

"¡ Dame las gracias!

- Gracias.

- No, así no.

- Entonces ¿cómo?

- Un beso.

- ¿De verdad lo quieres?

- Lo quiero".

Sus labios se rozan; los párpados semicerrados, inventan su primer beso, exhalan su primer suspiro al unísono.

"¿ Te gusta?

- No sé.

- Otra vez".

Sus labios se unen, sus bocas segregan una saliva común cuyo sabor gustan por primera vez;

pero esta agua abundante lejos de calmar su sed, no hace sino aumentarla.

"¿ Te gusta?

- Sí ...".

La boca del muchacho explora el cuello sudoroso de la niña, su nuca, sus orejas, paisaje virgen que revela muy lentamente sus encantos, aparta escalofrío tras escalofrío sus velos invisibles.

Estoy esperandote aquí desde medianoche ... has tardado mucho en venir. Es que no me quieres ...

Estaba en mi cuarto, a oscuras. No sabía si ... Noro ¿es cierto que ya no soy una niña pequeña?

Sí, es cierto. Hueles como una mujer.

- ¿Qué sabes tu de eso?

- ¡Los hombres sabemos de eso! ¿Pensabas en mí en tu habitación?.

- Creo que sí. He encendido la lámpara y me he mirado ...

- ¿Qué?".

Silencio.

"¿Qué has mirado?

La niña duda.

"¿ No me lo dices? ¿Es que hay secretos entre tú y yo?

- Mis senos.

- ¿Puedo verlos yo también?"

Sus manos desabotonan el vestido.

- No se ve aquí. Deja.

- No temas, soy yo, estas manos son mías. Coge la linterna, acércala".

El cerco de luz revela las redondeces gemelas. La respiración del muchacho está como parada. Transcurre un muy largo momento en el que el tiempo ha dejado de existir.

[21]

Noro recobra el aliento, pero como si estuviera a punto de ahogarse.

Ella siente la boca ansiosa que se sumerge, besa, lame, mordisquea, sembrando su piel de chispas que parecen querer abrasarla. Y gime. Dulcemente, como si entrara retrocediendo en un extraño sueño sembrado de llantos, alegría, risas, miedo. La linterna se le ha caído de las manos, ella se agarra con fuerza a los cabellos del muchacho.

"Me haces daño ... para ... no quiero ...".

Pero ella encorva el vientre, lo ofrece sin resistencia a los labios del muchacho. Su piel cambia de tonalidad, de textura, se enciende y se estremece. La sangre martillea sus sienas, su jadeo rompe y traspasa el silencio, rápidamente se transforma en suspiros, en palabras suspiradas.

Y repentinamente, el otro se convierte en su yo, su yo soy tú, su tú eres yo, el otro de los dedos exploradores, de la boca cazadora, enemigo encarnizado de los obstáculos; su paso deja crecer de nuevo selvas en miniatura, despertarse volcanes, brotar fuentes.

Casi desnuda sobre el heno, faldas y enaguas levantadas hasta la cintura, la niña se alza, se abate, entregada sin condiciones a estas sacudidas en que sucumbe la infancia; por encima de sus ojos, el techo del pajar se mueve, desaparece, se cubre de estrellas. El silencio se ha puesto a silbar como un huracán.

Las manos de la niña se mueven nerviosas, desnudan a su vez al otro cuerpo, redescubren a lo vivo los mil caminos del sueño, se manifiestan sabias, atrevidas, intentan todos los contactos, manos llenas de él, llenas pero no satisfechas.

En él el deseo de penetración se hace incontenible; pero ella-cuerpo se defiende como un castillo asaltado con todas sus puertas bien cerradas, llamando con sus gemidos al invasor al mismo tiempo que su miedo lo rechaza; ella-cuerpo teme demasiado los daños, la desgarradura, la irreparable brecha: terror que le nace en lo más profundo.

Y comienza la batalla, ariete de carne abatiéndose sobre la puerta defendida, carne ella-misma. Los cuerpos se enredan, el tiempo salta hecho astillas, la noche se calla, al acecho, abismo de silencio que precede al espasmo.

Y de pronto

su delirio se agrieta,

la conciencia renace por las fisuras.

Juliana vuelve a abrir los ojos.

Los firmes propósitos de castidad de su confesión de cumpleaños invaden de nuevo su

memoria, se apoderan de ella; paralizada de terror, no los rechaza. Ella los siente expandir el horror de la fractura por todo su cuerpo. ¡irremediable! claman a coro las voces catastrofistas de tía Dolores y del señor cura. ¡La pérdida de la virginidad, único tesoro de la mujer, es para siempre!.

Todo da vueltas en su cabeza. Su cuerpo todo se transforma en enemigo feroz del cuerpo del otro. Sus dientes se convierten en colmillos puntiagudos, sus uñas en garras, que resisten salvajamente a la fuerza viril (¡ fuerza criminal! repite la memoria), arrancan jirones de piel, mechones de cabellos. La mordedura sucede a la caricia, el heno se tiñe de pequeñas lunas rojas. Sobreexcitado, el muchacho está fuera de sí, separa las piernas de la jovencita, se abalanza sobre ella. Sello sagrado, la negativa de la chica se fortalece. Ella se revuelve, contraataca, lucha como una fiera. Es entonces cuando los dedos del muchacho la penetran, la hieren. Un alarido se escapa de su garganta de niña, rasga el silencio nocturno que comienza después a llenarse de gritos, de ladridos, de estrépitos de puertas, de pasos apresurados que acuden en dirección de la granja. En breves instantes, el clamor tumultuoso de la familia sube por la escalera del pajar.

Ninguna pregunta, ninguna respuesta, la realidad habla por sí misma: una violación que reclama justicia. De la flor de azahar no emanará ya más el candor de la inocencia, sino el olor de sangre de las diversiones. La carne ha sido mancillada. Hay que castigarla en el acto. Noro recibe en pleno rostro el puño del furioso progenitor que promete cortar el cuello, arrancarle los ojos, sus innobles partes. La afrenta le hace llorar de rabia, lo desquicia: se le ve incapaz por su mano mutilada para atrapar el cuello de este bandido, apretarlo, estrangular a este desecho de hospicio ... Lamentables insultos de la impotencia.

Semidesnudo ante sus acusadores, el joven asume su infamia. Ni mueve ni inclina la cabeza, ni baja los ojos. Su sexo no ha perdido aún nada de la arrogancia del deseo, su cara y su pecho muestran los surcos rojos dejados por las uñas de la joven. él se sabe condenado, no ofrece resistencia alguna, ni consiente en humillarse. Oye a la patrona ordenar a Tonio que vaya a buscar a la guardia civil, comprende que su futuro depende de aquella orden. Le ha tocado perder, sus músculos se desploman sin fuerzas, sus ojos dejan correr lágrimas que nadie nota. Intenta poner en orden sus vestidos, marcha dificultosamente sobre el heno y desciende por la escala. Una cinta de terciopelo rojo se engancha a su tobillo. allí donde se fijarán los

hierros del prisionero; así se expresa la voz llorosa de tita, anunciadora de la vergüenza.

Brazos compasivos se tienden hacia Juliana, que los rechaza. Sin pronunciar palabra, rehuye su cuerpo a la solicitud de los suyos. Rechaza igualmente el delantal acogedor de la vieja criada, su pecho cómplice, sus manos que la conocen desde el día de su nacimiento. Ella se arranca el vestido blanco de lunares rojos, se lo arroja, después, en silencio les vuelve la espalda y toma el camino de la casa. Sola. Cojea, avanza con dificultad como si tuviera un cuchillo clavado entre las piernas, Los demás la siguen. Abuela ordena a Andrea que corra a buscar al doctor.

"Un buen baño y se acabó, gruñe Casimira.

-; Con eso no basta! interrumpe abuela con voz tajante. Debemos averiguar".

Atraviesan el patio. Deshechos. El oprobio ha entrado en la Cornisa, transformando este día de cumpleaños en día de duelo. Sólo el paso de tía Dolores parece vivo, alegre. Levanta las persianas y enciende la gran araña de la entrada; en la blanquecina oscuridad su rostro aparece como rasurado, radiante de consternación, semejante a un sol solitario disponiéndose a presidir como rey sobre la muerte de otros planetas. Radiante con una belleza que espanta, mira con insistencia a su sobrina y sonríe:

"Ha sido un milagro. ¡Ella no ha querido sucumbir a la tentación! Es una santa, una

milagrosa. Todos sois testigos. Agradecemos a Dios que nos ha concedido el honor ...".

No ha terminado la frase cuando una bofetada de abuela la hace callar; Dolores cae de rodillas ante la hornacina de la Santa Patrona.

Juliana no vuelve la cabeza. Sube a la planta alta, se aleja de su vista, se encierra en su habitación. Fuera los perros ladran, los cencerros resuenan, la montaña se corona del leve fulgor del alba; se oye el coche de la guardia civil subir la calle, pararse ante la verja; se percibe el canto de un gallo, un niño llora. El pueblo se despereza.

Primeras manifestaciones de la vida cotidiana que son captadas por la joven como otros tantos signos de su propia repugnancia. Todo nuevo día le parecerá de antemano como una puerta abierta a las pesadillas. Con un gesto sombrío, cierra la ventana y corre las cortinas.

De pequeña, Juliana soñaba con fantásticos viajes por largos caminos recorriendo distancias interminables. Nació primeramente el deseo de seguir los pasos de los demás que partían de su cuna para alejarse hacia la ventana luminosa que las mujeres de la casa abrían y cerraban varias veces al día, después hacia la puerta de la habitación donde ella se perdía (su mirada se dedicaba a explorar esta inmensa extensión que el mosquitero hacía nebulosa); de pronto echó a andar y este recorrido, a pesar de su longitud, le pareció por fin asequible: tras algunos minutos de un progresivo esfuerzo, el trayecto se continúa a través de un pasillo que concluye en la escalera-abismo donde el mayor obstáculo consistía en una verja de madera cuidadosamente cerrada. (Desaparecida la barrera, comprendió que su existencia estaba ligada a la presencia de niños pequeños en la Cornisa; no la ha vuelto a ver).

¡Ella no terminaba de viajar! Fantástica excursión la que conduce desde la escalera a la entrada, y que siempre realizaba a la espalda de alguien. Ella no fue capaz de recorrerla sola hasta la edad de cinco años. Después vino la cocina, el rellano, el patio, el corral, la granja, el establo, la verja principal; más

tarde la calle, la plaza, la iglesia y los campos.

Trotamundos pequeño como un polluelo, cada vez que ella traspasaba alguna de estas fronteras, su necesidad de aventura se hacía más imperiosa, sus expediciones imaginarias se enriquecían con nuevos horizontes. Un único rechazo: el viaje diario a la habitación tenebrosa de mamá-enferma. Ella no lo realizaba si no era empujada por tita y jamás de buen grado. No le agradaba la oscuridad, soportaba con dificultad el olor a medicinas y detestaba el de la orina, pero algo como un resto de curiosidad le impedía llorar.

Después comenzó a acariciar la idea de realizar un verdadero viaje, duradero, largo y lejano, el mismo que papá y abuela efectuaban juntos de vez en cuando y que duraba un día entero: el viaje a la ciudad. Los dos partían muy de mañana y no volvían hasta muy entrada la noche, en el autobús de las once. Traían regalos, mil cosas que no se encuentran en otra parte sino en la ciudad: pasteles más dulces que los de Casimira, zapatos de charol, retales de tela transparente, herramientas nuevas, cacerolas rojo amapola con sus libros de instrucciones, cuadernos para pintar, lápices y gomas. Cuando era Andrea quien iba (¡podía hacerlo, porque era *mayor!*), nunca dejaba de comprar una nueva muñeca para la pequeña ... Un largo y prolongado viaje que las niñas de la edad de Juliana (¡y *menos ricas que ella!*) habían realizado ya y cuyas peripecias referían sin descanso durante

el recreo. La pequeña Cuervo lo soñaba noche y día. Este viaje tomaba para ella las proporciones gigantescas de los paisajes urbanos descritos por la radio de Casimira, se llenaba de palacios y carruajes, de fuentes y parques, de catedrales y torres, de puertos y transatlánticos. Eso le costaba muchas lágrimas amargas, días sin tomar alimento alguno, hasta que el espectro del aceite de ricino hacia su aparición en el horizonte, *traído por la mano mercenaria de Casimira que no tenía otra pasión que obedecer ciegamente las pérfidas órdenes de su patrona abuela* (; la voz de la radio llamaba a las cosas por sus verdaderos nombres !).

"Harás este viaje cuando tengas quince años cumplidos, no antes", sentenciaba sin dejarse ablandar el señor abuela, aprobado por los movimientos de cabeza de *marioneta de su sirvienta cómplice*.

Juliana rabiaba. Pero no se podía hacer nada; toda la familia estaba de acuerdo en impedirle realizar este gran viaje. La radio no cesaba de describir los lujosos escaparates iluminados como belenes de iglesia, de celebrar el granizado de limón que se bebe a sorbos durante el verano sentado en una terraza, *a la sombra de los árboles del Paseo del Príncipe*, los desfiles de la Victoria, los teatros y los cines rebosando de gentes con traje de noche, la feria, los bailes públicos, y Juliana, a la espera de sus quince años, no encuentra otra solución que abrir y volver a abrir

indefinidamente el álbum iluminado de sus sueños.

Este extenso y largo viaje mil veces imaginado acaba por realizarse una semana después de su duodécimo cumpleaños. Pero en un contexto distinto al de sus sueños. Ni escaparates lujosos ni paseos al atardecer. El palacio de justicia: lugar siniestro en las antípodas de sus propias ilusiones y donde la niña debió presentarse como víctima de un intento de violación.

[2]

Siendo tan jóvenes el inculpado y la víctima, el Tribunal Tutelar de Menores se hace cargo del asunto. Proceso de rutina a puerta cerrada: en las causas sobre delitos de moral sexual la justicia no quiere multitudes soliviantadas, nada de prensa sensacionalista. El defensor es empleado de oficio, padre y abuela son aceptados como testigos de cargo. Los unos y los otros son exhortados a no extenderse en los detalles, a evitar el aspecto escabroso de la historia. Tratándose por desgracia de excesos demasiado frecuentes en los jóvenes de hoy, el señor juez no acepta que, bajo pretexto de desvíos totalmente reprobables pero aparentemente ineludibles, se traumatice a las jóvenes en su pudor y se humille a los jóvenes en el uso lícito de su virilidad.

Sin embargo él no es más que el juez, no la justicia. ésta está hecha, por desgracia, para producir el efecto contrario.

El proceso es breve, una sola mañana, la más larga de la vida de abuela y la más instructiva para Juliana. Es evidente que la sala de la Audiencia no se parece en nada a la Cornisa; aquí doña Soledad Cuervo no tiene derecho a la palabra, son los otros quienes hablan. Palabras que ella encuentra obscenas, exageradas. Se arrepiente profundamente de haber llamado a la guardia civil, de haber acudido a la mediación de la ley. Ella piensa ahora que debería haber arreglado el incidente (¡ porque es eso un incidente, no un drama !) a su manera y bajo su propio techo, aliviando el horror y devolviendo a Noro al hogar. Pero ya es demasiado tarde. Está obligada a obedecer a la justicia, humildemente y en silencio, como jamás había ocurrido anteriormente.

Para Juliana, es distinto. Un velo que se desgarró. Ojos abiertos, oído atento, escucha. El tribunal emite respuestas definitivas a preguntas esenciales que ella no ha tenido tiempo de plantearse. Muerte de la inocencia. Permanece atenta y en cierto modo ajena a su propio desamparo, dispuesta a no olvidar nada.

Hablan con autoridad del *cuerpo de ella*, de este cuerpo que, afirman ellos, se transforma, e insisten en el hecho de que su espíritu *aún demasiado infantil* no se ha visto afectado en absoluto por este cambio. (¡Ella piensa entonces en mamá, en su larga enfermedad, una sucia sarna

localizada en el lugar mismo en que ella acaba de ser herida, un daño sin duda castigable !). El señor procurador afirma que "el cuerpo de la mujer es pólvora, el del hombre fuego; así previene a la mujer que se guarde del fuego, que lo esquive, que no se aproxime a él ni lo avive. El hombre frecuentemente está ciego, ésto es humano y comprensible. Su capacidad viril lo lleva a la destrucción al mismo tiempo que al heroísmo; ésto está en el orden de las cosas; allí reside su grandeza. él está hecho para sembrar, procrear, está dotado de una fuerza fatal y maravillosa que hace avanzar al mundo. La naturaleza sabe bien lo que hace ya que, desde la edad de diez años más o menos, le ha provisto de este poder" ... ¿Pretende por esto eximir al joven de culpabilidad en la agresión? ;No!. él pretende demostrar solamente que esta necesidad forma parte de la naturaleza del macho del mismo modo que el instinto de paternidad o de conservación de la especie, o incluso el afán de conquista. En cambio, la mujer "se podría afirmar sin error que ha sido hecha para la mesura, la moderación, a fin de que el delicado equilibrio de la naturaleza no sea alterado. Es sólo culpa suya, si no sabe decir no, porque su deber es saber establecer la distancia natural entre la copulación (actividad masculina) y procreación (utilidad femenina). El orden social, cuyo pilar es la familia, lo exige de ella. Garantizarlo es obligación de los hombres; no transgredirlo, de las mujeres. Axioma indiscutible. Por desgracia, la necesidad

del macho es más fuerte que su voluntad de orden, de donde su deseo carnal muchas veces incontrolado. Por el contrario, en la hembra, la necesidad es menor, y la decencia propia de su naturaleza (¡ por lo menos cuando se da !) llega a adormecerla hasta las nupcias; una vez convertida en tierra de siembra, la mujer está llamada a mostrarse dispuesta, a no negarse: de donde el matrimonio y las relaciones sexuales lícitas con su esposo". ¿Estas consideraciones disculparían la falta del agresor? ¡Una vez más, no!. Ha habido falta ... Pero ésta no ha sido cometida contra la mujer; ha sido cometida contra el orden social. ¡Esto es lo que hay que castigar!.

El abogado particular mezcla conscientemente melodrama y comedia. Habla de villanía, de fruto cortado *antes de la sazón*, de la inocencia de una niñita que no ha sido advertida debidamente de que ya era una mujer, por tanto, objeto de deseo. Pone de relieve la fragilidad y el candor de un sexo al que con razón se le llama *débil*, y esto es para quejarse contra la negligente *ignorancia de los tabúes* corrientes entre los campesinos. También habla de derechos. No los de la chica. Como su colega, diserta sobre los derechos de la familia y de la sociedad. En su nombre, él reclama a su Señoría un castigo ejemplar para el inculpado.

Extrañamente, Dios no es mencionado. En contra de todo lo que afirman su tía y el cura, el Buen Dios a lo mejor no tiene derechos sobre ella, piensa Juliana. ¡Sin embargo, ella pensaba

que sólo a él había ofendido!. Se equivocaba, es evidente. ¿No serían ellos -la niña y el Buen Dios- los ofendidos en este suceso?.

Piensa entonces en tita que, en este mismo instante, reza sin duda por ella en la iglesia. Esfuerzo totalmente inútil, piensa ella.

[3]

El muchacho es enviado al reformatorio, la chica no lo compadece. Es la ley de los hombres y él es uno de ellos: ¡que reviente!. Ella es la única perdedora, está convencida de ello; demasiado joven para los demás, no lo es en cambio para olvidar lo que se ha dicho durante el proceso. Se ha dicho que, como mujer, no podrá jamás ser ella misma, que no tiene ese derecho. Un cuerpo que depende de la buena voluntad de los hombres.

Ella retiene esta idea, se siente crecer repentinamente. Abre su puerta al rechazo, deja crecer su odio: dos feroces guardianes para su vida futura.

Fuera, una ciudad triste, extraña a sus sueños. Pero ¿qué sueños y desde cuándo?. Inútiles los sueños, inútiles las precauciones tomadas por la familia: alquilar un coche y abandonar el pueblo de noche a fin de no exponer a la niña a los comentarios. Discusiones constantes, interminables conciliábulos. Abuela, padre, Andrea, tita y hasta Casimira y Tonio: todos ávidos de amparar a la pequeña que se

obstina en encerrarse en su habitación. Ella rechaza el bálsamo de una confesión, como le aconseja tita, esta vez con el consentimiento general.

Y un buen día:

" Mira, mi pulga, tu viaje a la ciudad, se hará antes de lo previsto, se hará mañana, le anuncia Casimira cuando le lleva el desayuno. Tienes que ponerte guapa, estos señores muestran mucha comprensión para con las niñas bien arregladas. Algún tiempo y todo el mundo habrá olvidado el incidente, ya lo verás". (Ella no es todo el mundo, ella es ella misma y nunca lo olvidará. El juicio quedará grabado al fuego en su memoria).

Hacen el viaje de noche, como los malhechores, y llegan a la ciudad al alba, una ciudad con los postigos cerrados, que no les espera. Sentados en un café, aguardan pacientemente: el palacio de justicia no abre hasta las nueve. Abuela y padre piden para la niña chocolate espeso y bollos, le prometen visitar el zoo, volverá a casa con las manos llenas de regalos. No hay que poner esa cara, ¿qué es un juicio a fin de cuentas? ¡Puros trámites! Después darán un bonito paseo, comerán en el restaurante y tal vez vayan al cine; esta noche, marcharán de nuevo al pueblo como si nada hubiera ocurrido, el honor a salvo, la conciencia en paz. Inútil exagerar las cosas: lo irremediable no ha ocurrido, tú eres aún virgen.

Aunque virgen, la niña tiene el sentimiento de haber sido violada más de mil veces; lavada de toda deshonra, no se siente menos profundamente mancillada. Los largos silencios de padre y abuela son profundamente elocuentes: no más flor de azahar, no más tesoro de la familia. Un triste paseo por las calles de la ciudad, una fatiga disimulada que les obliga a sentarse en un banco, a la sombra de los árboles. Nada más. Parque, puerto y barcos están allí delante de sus ojos, pero Juliana no los ve. Come sin apetito, evita mirar los escaparates y desvia la cabeza cuando pasan ante un cine. La ciudad no es más que humo y polvo, la niña soporta mal el pesado calor del fin de agosto. Ella se abandona en el abismo de sus recuerdos. ¿Sueños de niña pequeña? Viejos recuerdos también, eternamente prisioneros de su memoria.

Para convencerse de ello, intenta recordar los sucesos ocurridos en el palacio de Justicia, esta misma mañana, como si hubieran ocurrido hace mil años y ella los hubiera olvidado enseguida. Pero no, nada está olvidado. Ella recuerda la sala de la audiencia adornada con maderas esculpidas, con tapices y terciopelos, con negras pinturas alegóricas. También ve de nuevo a la abuela bajar la cabeza por primera vez en su vida. Ella recuerda que ha sufrido el desengaño de comprender que fuera de la Cornisa y del pueblo, abuela no era doña Soledad Cuervo,

respetada en todas partes, por todos, sino una simple y pobre campesina. Su voz autoritaria ha enmudecido ante los magistrados, ella no los ha obligado (¡como a las personas de casa, por ejemplo !) a callarse. Era nada menos que la *honorabilidad* de su nieta la que se le destrozaba en sus propias manos, ¡la radio sabe bien de lo que habla ella!. Y por el contrario, abuela está callada. Estos señores están en su casa, ella de paso; ellos tenían la palabra, ella no.

Ya es un recuerdo, una especie de viejo sueño que reaparece en pesadilla. Sin embargo, ella no debería tener un pasado, a los doce años. Pero lo tiene, pesado como si ella sola arrastrara la vida de los demás, todos sus pecados. Mira a su padre y a su abuela y los siente lejos de ella, muy lejos. Su fiesta de cumpleaños se ha alejado un siglo en su memoria. ¿Por qué pretenden ellos, estas dos momias, que sus labios vuelvan a dibujar su alegre sonrisa de hace quince días? ¡aquella sonrisa murió!. Apenas entre en la casa, romperá su espejo de niña. Mejor lo arrojará a un pozo.

[5]

Regresan a su casa ya pasada la medianoche. El pueblo duerme, el casino, habitualmente iluminado hasta medianoche, está sumido en la oscuridad; Alfonso el cojo ha retirado mesas y sillas de la terraza y ha cerrado las puertas.

Cuando el coche pasa ante el porche, Juliana vuelve la mirada; padre y abuela la imitan.

Acompañados por los perros rojos, Andrea y Tonio se mantienen vigilantes tras la verja que abren tan pronto como ven aparecer la luz de los faros. El automóvil se detiene en el patio, sus ocupantes descienden, los perros ladran, Casimira enciende la luz de la cocina, abuela paga al chófer. En los labios de Andrea, se podrían leer todas las preguntas que ella no se atreve a formular.

"Voy a acostarme, anuncia abuela; mis piernas no me sostienen.

- Deberías tomar una taza de caldo, aconseja Casimira, de pie sobre la escalinata, está caliente.

- No tengo hambre, responde abuela.

Ella se cruza con la vieja sirvienta que le pregunta:

"Duro, ¿no?"

Abuela la mira en silencio, luego mueve la cabeza. Entra, da las buenas noches y sube la escalera. Los demás la ven hacer esfuerzos por mantener la cabeza a la altura de su orgullo, su vieja cabeza que balancea y de la que parten mechones de un blanco marchito. Desaparece en la primera planta.

" ¿Cómo transcurrió el juicio ?" pregunta por fin Andrea.

Padre responde:

"Bien. Han encerrado al sinvergüenza en el reformatorio. El juez ha estado muy comprensivo,

piensa como yo que el hospicio no es más que un vivero de malhechores".

Tonio arroja su cigarrillo y sale de la cocina; irritada contra su padre, Andrea le responde: "Todos no estamos hechos con el mismo molde", y se marcha igualmente.

Juan enciende un cigarro, se sienta, saca su pañuelo y se limpia el rostro. Emite un profundo suspiro que el humo vuelve perceptible, después vuelve la mirada hacia la habitación de su mujer. Piensa vagamente que debería ir a verla; pero no sabe si se encuentra sola o si su cuñada duerme con ella. Dolores se refugia allí cada vez que la desgracia cae sobre la familia; es su lugar de recogimiento, como ella dice, en particular cuando la iglesia está cerrada. Poco importa, él va a estar allí una media hora, el tiempo que tarda en consumirse su cigarro. Los perros le conocen: cesan enseguida de moverse, se acuestan a sus pies, suspiran y cierran los ojos.

Juliana no se mueve. El espíritu a la deriva, se queda plantada en la entrada, menos importante que un mueble, se dice ella. Comprende que ha llegado a ser inexistente: hasta los perros la ignoran. Mira a su padre quien, con aire tranquilo, los párpados semicerrados, fuma su cigarro. Un mes antes, ella habría buscado refugio en sus brazos, su calor protector que hacía latir su pulso al mismo tiempo que la tranquilizaba; un mes antes, ella sabía que era la niña de sus ojos, su pequeña flor de azahar; un mes antes, ella

sentía que su cuerpo exaltado de adolescente, serenándose en sus brazos, despertaba en este hombre-padre la nostalgia de sus ganados de feria: él le hablaba entonces dulcemente, sirviéndose de estas palabras precisas destinadas a sosegar a una poeta nerviosa, manifestaciones sonoras de un tono muy particular que, sin darse cuenta, ella traducía por otras palabras, palabras de hambre que ama y conoce la naturaleza del amor.

Esta noche nada es ya como antes.

Inmóvil, ella lo contempla con insistencia y curiosidad. Este cuerpo envuelto en nubes de humo no será ya nunca más el de su padre; no será diferente al de otro hombre cualquiera; ella reconoce en él sin gran esfuerzo la mirada crispada de los abogados, las manos autoritarias del juez armadas con su martillo, la terca brutalidad de Noro. Ella lo desnuda con la vista, lo maldice con la mirada; siente deseos de escupirle. Pero se reprime, vuelve la espalda y sube a la primera planta. No pronunciará más la palabra *papá*. Jamás.

Se retira a su habitación, se desviste. Desnuda ante el espejo del armario, examina su cuerpo, los cardenales, las señales amoratadas que parecen indelebiles; las pellizca con ferocidad y percibe de nuevo, vivo y abrasador, el dolor de su noche de cumpleaños (tanto para los demás como para ella misma, la noche de cumpleaños se llamará en adelante *aquella noche*); se le saltan las lágrimas, gritos en la garganta, pero insiste en volver a reencontrar

aquel sufrimiento primero: ella sabe que la acompañará de por vida, que su memoria y la de su familia le obstaculizarán toda posibilidad de olvidarlo. Decididamente ella ha resuelto no olvidarlos: nunca jamás.

Se acuesta, gime y tiembla en su cama; se esfuerza desesperadamente por volver a la vida despreocupada de su niñez, al tiempo que llora canturrea las coplas que Andrea le enseñaba o que ella misma oía en la radio de Casimira. Pero estos recuerdos de su infancia parecían no formar ya parte de su persona: los sonidos se transforman en sollozos, las palabras en lloriqueos.

Alguien llama , ella no responde. Percibe a través de la puerta la voz de Casimira diciéndole que le lleva un tazón de leche caliente, un buen trozo de pastel. Juliana grita:

" ;Déjame en paz, vieja bruja !".

Al otro lado, un ruido de cristales rotos. Un arroyuelo blanco se desliza por debajo de la puerta, unos pasos de alejan. Es mejor así. Que la dejen sola, de una vez por todas.

Esconde su cabeza debajo de la almohada. Poco a poco, el sueño la invade. Emite débiles gemidos, balbucea fragmentos de sueños. Se diría que pretende obligar a su cuerpo a hacer marcha atrás, a volver a los tiempos felices, para siempre desaparecidos, de su infancia.

Al día siguiente, nadie la despierta. Avanzada la mañana, cuando abre los ojos, su dormitorio está lleno de esa luz lechosa que anuncia el otoño; el agosto tórrido de su duodécimo cumpleaños no existe ya. En adelante, el tiempo será menos pesado; venidas de la montaña, las barquillas espumosas de las nubes navegarán en el cielo de la Cornisa.

Juliana presta atención: abajo, los ruidos cotidianos de la casa, apenas perceptibles; fuera, urracas, gorriones, mirlos, tórtolas y palomas vuelan a través de los campos, piadores y arrulladores reyes de los rastrojos.

La niña queda inmóvil mirando por la ventana y es entonces cuando percibe, colgada de las cuerdas, la ropa recién lavada por Casimira, blanca zarabanda de formas habitadas por el viento, que cada viernes hace su aparición en el patio. Por tanto hoy es viernes, "día en el que la madre de Cristo inició su larga marcha de soledad", como diría tita.

Juliana respira profundamente y decide levantarse. Su cama apesta a orín, su cuerpo está todo él impregnado del sudor de sus pesadillas. En cambio, ella no recuerda en absoluto haber soñado, ha dormido como en lo más profundo de un pozo sin fondo, como se debería dormir en el reino del olvido, si existiera. Vuelve su mirada hacia la puerta: cerrada con cerrojo. Puede ser que a fin de cuentas, el olvido exista, por lo menos para los demás. La

prueba: abuela ni siquiera ha ordenado que se rompa su puerta, nadie en la casa ha pensado en despertarla temprano, como cada mañana.

Salta de la cama y abre de par en par la ventana. En los campos grises y ocres, tranquilos, personas y animales trabajan, mullen la tierra para permitirle respirar. Los hombres esparcen con la horca los montones de estiércol que servirá de abono a las siembras de otoño. Abuela ha dado trabajo a mucha gente como cada setiembre. Vistos de lejos, parecen hormigas negras y atareadas; gritan o cantan, no se sabe. Bajados de la montaña, cabras y corderos comen alrededor de los campesinos los rastrojos, las hojas secas de almendro y olivo. Buena estación para el queso, se vende más caro que en primavera; con la uva y la almendra, es una época en que abuela gana un buen dinero.

Juliana se encoge de hombros. Abuela puede guardarse su dinero. ¿Para qué sirve un dinero incapaz de cerrar la boca del juez o la de los abogados?. Ella creía hasta ahora que el dinero de abuela era todopoderoso, pero, después de su paso por el palacio de justicia, ha comprendido que no sirve para nada. ¡Para nada, abuela!. ¡Lo justo para comprar tu mortaja, y cuanto antes mejor!.

El viento atrae las bocanadas de aire de los campos, los lejanos campanilleos, los gritos rajados. El corral se agita, los cerdos emiten gruñidos inquietos como si presintieran la llegada de noviembre, mes de matanza. Pepito Mariposa discute acaloradamente con Casimira,

pero nada grave, ellos se ríen. Este muchacho de costumbres desvergonzadas, como dice tita, no subirá ya durante dos meses al aprisco, los mismos pastores traerán la leche y el queso. Pepito hará el recorrido entre la casa y los campos, llevando sobre sus espaldas un cántaro de agua, los almuerzos y las herramientas. Sombrero de paja adornado con margaritas en la cabeza, cantando durante todo el día, será la alegría de los caminos. Propagará graciosas bromas y chismes, pregonando a todos los vientos las noticias de su repertorio mundano: casamientos, bautismos, fiestas, quién se acuesta con quién, quién es cornudo, quién puta. Contará por todas partes la triste historia de la pobre Juliana, sí, la nieta de doña Soledad Cuervo, rica heredera, por tanto, ¡pero en este bajo mundo el dinero no lo puede todo!.

Juliana entreabre la ventana, ordena su habitación, se arregla y baja; en el vestíbulo, velo y consternación en su rostro, tía Dolores aguarda.

"¡Buenos días, sobrinita! lanza ella como si se dirigiera a una aparición de la Virgen. He encargado una misa de acción de gracias para las once, no nos queda mucho tiempo.

- Un momento, voy a desayunar.

- ¿No vas a comulgar?

- Hoy no, tía".

Juliana desaparece en la cocina.

Al tiempo que emite un ruidoso suspiro de santa paciencia, tía Dolores se sienta. Cuando la niña aparece de nuevo, ha desgranado ya uno

de los misterios de su rosario, el primero de la Encarnación: vino el arcángel Gabriel...

" Rezo por tí, anuncia, siniestramente radiante; con el fin de que quedes por siempre como ejemplo viviente para todos nosotros".

Juliana no dice nada.

Tía y sobrina salen, atraviesan el patio, franquean la verja y entran en la calle principal, en dirección a la iglesia. Primeros pasos de un trayecto que realizarán en lo sucesivo muchas veces al día. Con regularidad. Durante años.

[7]

Hace mucho tiempo que la vida espiritual del pueblo no es competencia del señor cura, quien se limita a celebrar el culto y a engordar; ésta se ha convertido en competencia exclusiva de tía Dolores y sus colegas. Solteronas, viudas o esposas sumidas en la devoción, ricas o menos ricas, dan muestra de una idéntica beatería que Casimira y abuela, con un común menosprecio r'ofónico, juzgan *impenitente*. Consejos morales, obras de caridad, catecismo, control de vidas privadas son de su competencia. No consultarlas o prescindir de su ayuda para celebrar casamientos, bautismos, entierros, equivaldría a cometer una grave herejía, o *poco menos*. En materia de servicios religiosos, para conocer las fechas más apropiadas, las tarifas en vigor, son expertas consejeras. Sujeto a la

letra del evangelio, el señor cura en esto se lava las manos; él cobra hasta el último céntimo, pero jamás habla de dinero. Por lo que se refiere a los diezmos, las colectas, el dinero para el culto y el coste de la vida, como él suele decir, emite una letanía de eructos de troglodita, después envía de nuevo a las gentes a negociar todos estos asuntos temporales con las beatas, a cuya cabeza, invariablemente, la señorita Dolores Cuervo.

"Sí, señora, la hija mayor de doña Soledad.

- Ah, la que tiene una sobrina milagrosa ...

- ¿ Ha oído usted hablar ya de eso, hija mía?

- Por supuesto, padre mío, y con el mayor respeto.

- ¡El Señor sea alabado !".

La milagrosidad de Juliana se ha hecho famosa gracias a la gente de sacristía. Lo comentan en voz baja, con ese aire de iniciados en el misterio que muestran los elegidos, los pocos que están en el secreto. Además en estos días y en estos lugares de gran ateísmo, saturados de embarazos no deseados, de casamientos precipitados, el acto heroico de Juliana, su castidad a toda prueba en una noche de verano ("nefasto período del año en el que todo el mundo se deja vencer por los demonios de la fornicación"), su contigencia y su virtud, celebradas por el señor cura, tita y compañía, adquieren fama. Sin duda es la primera vez que una niña resiste así a los deseos de un joven, o al menos que sale victoriosa: los niños nacidos en los cinco meses siguientes al matrimonio

abundan, ya que las doncellas de por aquí no muestran demasiado interés por la virginidad. Todas las cotillas, se acercan a tía Dolores y a sus amigas comunicandoles la relación de defloraciones prematrimoniales. Extensa lista de la que los más famosos apellidos no están ausentes. Para el pecado de la carne, se encuentran cuantos uno quiera. Como buenas beatas, tita y sus seguidoras se sirven de esta relación para llenar de fieles la nave de la iglesia, domingos y días festivos: ¡es bueno todo el que (después del extravío, subraya tita) termina tarde o temprano en misa!

En este clima de tan considerable desorden social (de nuevo opina tita, apoyada en el libro de meditación), el personaje de Juliana resulta único, inusitado. Se impone, se afirma que pertenece a la raza del Señor y que con el tiempo se verá lo que se tiene que ver. Se habla del tema con tono de profecía. Durante los actos piadosos el tonsurado la llama su *grano de santa*, como garantía mística, él pone sus grandes ojos en blanco.

Abuela ignora toda esta agitación o finge ignorarla. Se sume en sus mil preocupaciones de hacendada (como dice Casimira, pobre como una rata) para borrar el recuerdo del cumpleaños de su nieta, de *aquella noche*, del famoso proceso. Ella corre la cortina (frase de tita).

Juliana se deja llevar. Escucha a su tía, se presta al juego. Esto es tanto más fácil cuanto que ella no quiere crecer más. Menos por el recuerdo de Noro que del tribunal. El mundo de

los adultos, sobre todo el de los hombres, lo odia. Se complace en imaginar la "población mundial masculina" como formada por seres todos parecidos a su padre, el cobarde, a los abogados y al juez que se proclaman los dueños indiscutibles del sexo de la mujer, al que jamás llaman sexo con naturalidad, sino *receptáculo* de la insigne misión procreadora de los machos, ella se acuerda. No quiere tener trato con ellos, nunca jamás. Prefiere comprometerse en cuerpo y alma en el camino trazado por tía Dolores. Esto al menos lo tiene claro: celibato y oración, una vida organizada en sus más pequeños detalles entre maitines y angelus. Como en un convento.

" No. Mi pequeña virgen, corrige tita. El convento es bueno sólo para las almas tibias, ¡no hay que pensar en él !".

Una sobrina monja no es tanto como una sobrina públicamente milagrosa. En su interior, está segura de haber encontrado el camino real de acceso a Dios. El cual sea alabado.

[8]

Decidida a terminar con el recuerdo de Noro (como ha hecho con el de los hombres considerados por ella nefastos a la Cornisa, incluido su propio marido) abuela ha prohibido que se pronuncie su nombre. No se hablará más de él, ni en la casa, ni en los campos.

Borrado no sólo de todas las bocas, sino también de todas las memorias, como si jamás hubiera existido: menos que un fantasma. Un día de colada en que Casimira saca viejas ropas que pertenecieron al ausente, la abuela casi la ahoga; por la noche, la sirvienta quema a la vista de todos estos harapos en mitad del patio. El aire apesta a chamuscado.

" ¡Saludable olor de auto de fe !" exclamaba Dolores a la hora de la cena.

Olvidando rápidamente su consternación diaria, muestra un rostro embelesado, asegura que por fin se ha arreglado su cuenta con satanás y, enternecida, felicita a la *fiel criada*, después acaricia bendiciendo con un dedo la boca de su querida *pequeña santa*.

La palabra está dicha.

La abuela sufre tal sobresalto que deja caer su cuchara; incrédula, mira de hito en hito a su hija.

" ¿Qué acabas de decir ?".

Su voz está cargada de amenazas pero Dolores no parece dispuesta a amedrentarse; ella aumenta la consternación en su rostro y replica:

" ¡Vamos, madre, no se puede negar la evidencia!

- ¿Qué evidencia?

- Nuestra niña ha luchado como una leona. ¡Solo los santos luchan así contra el pecado!

- ¿ Los santos? ¡Ve a donde quieres llegar!. Voy a decirte una cosa importante: si alguna vez te oigo hablar de esto, ¡te arranco la lengua!.

- Madre, debería escucharme ...

- ¿ Me has comprendido? Interrumpe abuela. En cuanto a tí, añade dirigiéndose a Juliana, no quiero verte en la iglesia más de lo necesario. Aquí nos sobra el trabajo.

- Yo prefiero la iglesia, añade Juliana mirándola de reojo.

- ¡Eres aún muy joven para saber lo que quieres o no quieres!. desde mañana, Andrea te enseñará a coser y Casimira a cocinar. La santidad bien entendida, si quieres saber lo que pienso, comienza por el trabajo, al menos en esta casa; puedes decírselo al cura de mi parte. No toleraré más bocas inútiles a mi alrededor, con la tuya tenemos bastante, exclama para terminar dirigiendo un dedo agresivo hacia su hija Dolores.

Un poco de religión no perjudica a los niños, insiste aún ella, la cabeza baja.

¿ Me has comprendido bien, Juliana? Cada día pasarás tres horas en la cocina y tres en el obrador, sin olvidar además las cuentas y la escritura, a lo que dedicarás dos horas.

- ¿Y el tiempo restante? pregunta Dolores.

- ¡Para el descanso y el sueño !" gruñe abuela alterada. Después se serena y, dirigiéndose de nuevo a Juliana: "También a tí te llegará el momento de casarte; debes saber hacerlo todo, como tu hermana.

- Yo no quiero casarme", dice Juliana con voz serena.

Abuela golpea con el pie, los perros se estremecen, alzan las orejas.

"Voy a terminar por enfadarme, Juliana.

- Digo lo que pienso.
- ¡Sube a acostarte!
- Como mandes, abuela".

La niña dobla la servilleta, se levanta y abandona el comedor, sin dar las buenas noches. Tía Dolores se dispone a seguirla.

" Quédate sentada, aún no hemos terminado de cenar".

La solterona toma asiento de nuevo, aleja su plato con desagrado: *¡no comerás más!*.

Abuela:

" Casimira, trae el postre".

Padre se levanta.

De los ojos de Dolores, caen dos lágrimas que ella no se molesta en secar.

[9]

Cuidadosamente plegado, arreglado, colocado en una caja como un feto muerto, Juliana sepulta en el fondo del armario su vestido blanco de lunares rojos; sobre él dispone otras cosas, delantales, zapatos, cobertores y sábanas, como si ella intentara sepultar el recuerdo de su cumpleaños bajo un montón de cosas cotidianas, vivientes. Como si ella quisiera echar para siempre la llave de su memoria.

Juliana se vuelve a poner sus viejos vestidos de niña que encogen a medida que crece su cuerpo. A ella le da lo mismo, no necesita otros; cuando no le entra uno deshace costuras y dobladillos, ensancha las sisas, descose las

pinzas, alarga los puños y los bajos. Se empeña en volver a verse como niña pequeña, y, buscando el rostro desaparecido de la tierna infancia, aprende de nuevo a hacer pucheros, pasa el día haciendo niñerías, balbuceando onomatopeyas, emitiendo risitas entrecortadas, lloriqueando y chillando; alternativamente estos estados de ánimo se funden y confunden en su rostro: parece una auténtica enana. Destripadas, salvadas de guerras infantiles, reaparecen sus antiguas muñecas. Las repara, las viste y desviste y vuelve a vestirlas de nuevo sin descanso, recorta para ellas sus propios vestidos de bebé, pero siempre las desnuda sólo parcialmente, sin quitarle las enaguas ni bragas: no quiere contemplar la desnudez total de un cuerpo, aunque sea de cartón piedra. No atiende ni presta atención alguna a los anuncios de moda que pregona la radio de Casimira; resucita fragmentos de nanas y canciones populares infantiles que tararea siempre y en todo lugar.

Se muestra obediente, dulce y disciplinada, una verdadera mosquita muerta. No se niega a realizar las tareas domésticas, tres horas de cocina y tres de obrador como quiere abuela, el doble de horas de escritura aplicada, de dos y dos suman cuatro. No va más al colegio. La maestra se desplaza a la Cornisa dos horas por semana para darle clase particular (bien pagadas, subraya abuela); la pequeña progresa, muy dotada para la ortografía y geografía, sí señora, ¡y manos de monja para los bordados delicados!. Contenta con su comportamiento,

abuela hace la vista gorda cuando, muy de mañana y por la tarde, la ve marcharse con tita en dirección a la iglesia. Quizás su hija tenga razón: un poco de religión no puede perjudicar a una niña.

Tía y sobrina están conchabadas. Disgustadas por vivir bajo el *poder dictatorial* de abuela ("opresivo", añade tía Dolores, tomando prestada la palabra a Casimira), se comprenden con medias palabras, o por gestos apenas esbozados, miradas furtivas, complicidad beata que no hace sino ahondar más la fosa que en adelante las separará de dona Soledad, de su sentido unitario de la familia.

Tita ha percibido enseguida que su sobrina se repliega sobre ella misma y fomenta lo mejor que puede esta regresión, volviendo constantemente sobre este "milagroso periodo de la infancia que dura muy poco". Y, emitiendo un suspiro contenido, añade:

"Créeme, es el estado más próximo al de los ángeles, y los bienaventurados, la edad en la que Dios nos guarda. Después él nos pierde de vista y todo es muy distinto".

Entre ellas es frecuente el disimulo, se arraiga el culto al secreto; ante los demás, no se atreven a hablar de deberes religiosos, pero sus cuchicheos son elocuentes. Poco a poco, inician en común el camino de las novenas rezadas en la penumbra cómplice de la habitación de Adelaida, los "via crucis" hechos en el patio mientras los demás roncan, y las promesas de largos peregrinajes a cualquier célebre lugar

(sin decirlo abiertamente, "porque ellas no quieren tentar al diablo", se han comprometido a cumplir estas promesas en una fecha todavía imprecisa, pero que "no tardará demasiado": inmediatamente después de la muerte de abuela).

Con gran cuidado, tía y sobrina comienzan a indagar el estado de salud de la anciana. Esta se comporta igual que siempre, su bastón en la mano, las órdenes a flor de labios, pero ya observan en su comportamiento ciertos signos de debilidad, si no de decrepitud: por ejemplo, ella no mantiene como siempre la arrogancia en el porte de cabeza, que una somnolencia senil inclina progresivamente más y más sobre su pecho, algunas veces sus ideas aparecen deshilvanadas, sus palabras vacilan. Casimira, a quien nada se le escapa, le recomienda descansar más tiempo, pero la vieja testaruda no escucha a nadie, continúa levantándose al alba y acostándose a medianoche, se cree eterna. Camina erguida como un estandarte, pero su mano se agarra más y más apretada sobre el puño de su bastón, tía y sobrina advierten los esfuerzos que realiza por dominar este punto de apoyo vital sobre el que descansará en adelante su viejo cuerpo fatigado. Casimira gruñe: ¿no puede llamarme para ayudarme a subir la escalera?. Irritada, abuela la rechaza, pero la sirvienta es tan testaruda como su patrona, le prepara alimentos ligeros, fáciles de masticar y digerir, les quita toda la grasa y espera a que estén tibios para servirselos. Tía y sobrina observan. Sí, es un hecho, abuela pierde el

apetito. Mala señal. Casimira llega a estas conclusiones ella sola en la cocina y, en cuanto se encuentra con abuela, le regaña como a una niña, se sienta frente a ella para impedirle que arroje el alimento; con voz zalamera, le habla de usted, dándole indistintamente el trato de *doña Soledad* y el de *señora*.

" ¡Por lo que veo, señora, se diría que usted no quiere ya a la familia!. Usted quiere morir como si hubiera decidido hacer una de estas huelgas de hambre de las que habla mi radio. ¡Viniendo de *doña Soledad Cuervo*, ésto es verdaderamente inconcebible! Y *Juliana* ¿qué va a ser de ella?. Si quiere saber lo que pienso, se lo diré claro: su tía se ocupará de ella y nuestra querida niña será aún más beata que ella".

Enfadada, abuela dice: "hablas demasiado, como siempre", y ordena a *Andrea* que le traiga su libro de cuentas. Es importante, las cuentas. Ella debió enviar al hospicio el dinero que retenía del salario de *Noro*; ella aún no comprendía por qué el tribunal había insistido en salvaguardar *los intereses de un criminal*, como dice muy justamente su yerno, y ella no se ha limitado a mostrarse honrada, sino que incluso no ha deducido lo que le había costado alimentar y vestir al golfo; resultado, sus cuentas están un poco embrolladas, y habrá que repasarlas, ajustarlas. Piensa que deberá retrasar algún tiempo el casamiento de *Andrea* con *Tonio*, que tenía previsto en un plazo de

tres años. Lástima, ella preferiría oír llantos de niño en la Cornisa antes de morir.

Porque ella piensa frecuentemente en su muerte. O más bien, la idea de la muerte se introduce en su espíritu. No dice nada a nadie. Ni a ella misma. Pone todo su orgullo en comportarse como lo ha hecho siempre, dando órdenes, supervisando de cerca los quehaceres de la tierra. No perder detalle, como ella no ha cesado de repetir.

El tiempo pasa.

A veces, mirando de frente los ojos de Juliana, abuela cree detectar un extraño cambio: ya no hay en ellos claridad, que desaparece bajo un velo de opacidad que apenas deja paso a una luz incierta, como si la mirada de la niña tuviera dificultad en abrirse paso a través de las pupilas muertas. Ella no sabría decir por qué los ojos inexpresivos le recuerdan las difíles jornadas de final del verano cuando el cielo se aborrega, cuando el sol abrasador no produce ya sombra. Ella se promete hablarle, lo más tarde mañana: pero al día siguiente olvida lo que había decidido decirle el día anterior. Cuando se vive de la tierra, esta absorbe todas sus energías, no le permite pensar en otra cosa; al menos es lo que ella murmura a manera de justificación cuando ve a Juliana ir siguiendo como un fantasma la piadosa silueta de su hija Dolores. No caminan en línea recta sino que se deslizan rozando las paredes como si quisieran pasar desapercibidas o confundirse con las

sombras. Abuela experimenta una especie de repugnancia que le lleva a decir a Casimira:

" Quizás tengas razón. Voy a cortar por lo sano con todo este manejo. Desde mañana".

De nuevo lo olvida. Casimira la acusa de negligencia, de "pecado por omisión", como ella dice; abuela responde que tiene demasiadas cosas en la cabeza. Que mañana veremos. Mañana.

Entretanto, como un agua subterránea, el rumor de la *milagrosidad* de Juliana prosigue su curso. Pero en la Cornisa no se habla de éllo. La palabra *milagro* ha sido proscrita allí; así como todos sus derivados. Abuela se felicita. *aquella noche* (como prefiere subrayar su hija Dolores) en ningún caso debe alcanzar otra dimensión que la que realmente tuvo: un incidente sin importancia, un mal paso, un traspiés rápidamente corregido por la marcha normal de lo cotidiano. Antes de su muerte, encargará a Andrea que vele con el mayor interés por el buen comportamiento de su hermana. Y también por el de su tía. (Como ella piensa vivir mucho tiempo aún, esta buena resolución no hace sino ilustrar su deseo de posponer *sine die* la puesta en práctica de un deber que Casimira insiste en calificar de *inmediato*. Pero abuela se hace la sorda: no, ella no tiene intención alguna de preocuparse en reflexionar sobre los preceptos rebuscados de una imbécil, punto final.

Y ella sonríe, tranquilizada: Andrea se le parece, ella sabrá preservar la unidad de la familia, las leyes de la Cornisa. Sólo falta que

se decida a escribir en su libro de cuentas las recomendaciones que debe hacer a todos y cada uno *antes de su muerte*.

"Pero no, esto no quiere decir que la muerte esté llamando a mi puerta, ¡tú no dejas de llevarme la contraria en todo lo que digo! gruñe dirigiéndose a Casimira que la ayuda a desvestirse. Yo no hablo de mi muerte sino de la eventualidad de la muerte, de la que *jamás se sabe* cuándo viene a nuestro espíritu a pesar nuestro. ¡Me oyes como si fuera tu radio y no yo que soy quien hablo!. La muerte es como la vida, hay que prepararla con tiempo, sobre todo cuando se tiene el sentido de la continuidad como lo tengo yo. Claro que sí, yo sé bien que todos querríais que me callara, que un día yo no me levantara más o no me despertara, abandonando la Cornisa a su suerte, dejando que todo se vaya a pique. En cambio no, esto no ocurrirá, puedes estar segura. Ah sí, la pobre, ahora ella se queja de mi tono, me echa en cara que vive como una esclava ... Es verdad que levanto la voz, pero ¿por qué me irritas?. Si de vez en cuando te cuento mis preocupaciones, no es para insinuarte que te ocupes de mí, tú haces demasiado ... Nosotras a veces nos causamos daño, pero nos apreciamos, ¿verdad?. No, yo no soy tonta; sino que tú eres de mi edad, podríamos decir que somos dos viejas herramientas que han trabajado demasiado, demasiado usadas. ¿Me comprendes?. Tengo ... tengo que decirte todavía una cosa antes de que mis preocupaciones me la hagan olvidar como de costumbre. Si no quise que

te casaras con el padre, fue porque eso no estaba bien, como comprenderás, y por nada más. Ah, no ignoro que la gente dice que fue por avaricia, por el deseo de ser única heredera. ¡Tonterías! La Cornisa pertenecía a mi madre, yo era su heredera, mi padre no aportó nada más que su persona. Y ya que hablamos de mi padre, a quien a pesar de todo quería mucho, tengo que darte las gracias por haberlo hecho feliz: él encontró en tí lo que madre no había podido darle".

Lágrimas en los ojos, Casimira murmura:

" Oh, no fue culpa suya, murió demasiado joven. La he llorado mucho, podía haber sido también mi madre, me tomó cuando yo era aún muy niña".

El silencio sigue a los recuerdos. Bajo la mirada atenta de la vieja sirvienta, abuela ata las cintas de su camisón de dormir.

[10]

En otra ocasión, mientras bebe en la cocina su taza de leche antes de acostarse, dice abuela:

"Sabes, Casimira, creo que es hora de que tu pequeña Inés se venga a vivir a la Cornisa. Las monjas le han enseñado todo lo que necesita saber para el trabajo, lo que ahora interesa es que ella gane un poco de dinero y lo guarde; un

día encontrará un muchacho y deberá casarse, como todo el mundo.

- ¡Un poco de dinero! Ya veo que no piensas pagarle mucho.

- ¡Pero si tiene la edad de Juliana! ¡No me irás a pedir una fortuna!

- Le hablaré, pero no te prometo nada. Yo estaré de acuerdo con lo que ella decida.

- ¡Cómo lo que ella decida! ¡Eres tú quien debe pensar por ella!

- Es ella quien debe pensar por ella misma. Su vida le pertenece, ya que no tiene otra cosa, yo no tengo herencia que dejarle cuando me muera; una preocupación menos.

- ¡Comienzas a desvariar como tu radio!

- Anda, termina tu leche y sube a acostarte, te he preparado la bolsa de agua caliente. Con tu padre ocurría lo mismo. He envejecido ocupándome de todos los viejos de la Cornisa. ¡Cada uno lleva su cruz!

- Todavía hermosas palabras y reproches ocultos... ¡Eres imposible! ¡Como si fuera culpa mía ser rica!

- ¡Pero si yo no soy pobre! ¿Hay mayor riqueza que no tener que hacer testamento?"

Abuela la mira con ojos escrutadores, pero no añade nada. Bebe a sorbos su leche.

A propósito ¿has pensado ya en hacer el tuyo? ¡No está bien que los demás se peleen por cosas que sólo dependen de tu voluntad soberana y última! No lo digo por Adelaida, ella no está en condiciones de... Pero en fin, está Dolores, Andrea, tu yerno, Juliana.

- Ya está bien, ¡ocúpate de tus cosas!".

Casimira se encoge de hombros, se levanta y retira la taza vacía. La abuela:

" Ya está hecho. Depositado en la notaría".

Casimira mueve la cabeza. Abuela continúa:

" El comportamiento de Juliana me preocupa. He reflexionado mucho sobre ello, aunque no he dicho ni una palabra. Un problema de soledad, creo yo; no constituye un problema preocupante, pero la juventud de hoy no es como la de antes; tengo la impresión de que hoy día son más flojos que antes; para ellos, la vida resulta más fácil que para nosotros; esto los aísla. Por esta razón he pensado que tu pequeña Inés podría ser una buena compañía para nuestra Juliana, estoy impaciente por verlas juntas. Vivir con una niña de su edad será muy bueno para ella, como tú y yo cuando éramos niñas.

- No creo.

- ¿Temes que tu Inés no esté a su altura?

- No se trata de eso. Estoy cierta de que la hemos perdido, tu nieta.

- ¿Qué quieres decir?

- Nada, como de costumbre. Subamos, la cama te aguarda".

Suspiro de abuela.

- "¿Me lo dirás mañana?

- Te lo diré", responde Casimira tomándola por el brazo.

Como están solas, doña Soledad Cuervo, patrona de la Cornisa, se deja conducir dócilmente. La escalera le resulta ya demasiado pendiente para sus viejas piernas: es bueno

poder contar con el brazo de Casimira y apoyarse en él. Brazo que le es aún más fiel que el bastón de su difunto padre.

[11]

Sí, en conclusión (se dice frecuentemente abuela), la tierra envejece menos rápidamente que las personas, un puñado de abono la vivifica, un poco de aire aspirado por la ranura de un surco la reanima, una noche de lluvia la rejuvenece hasta tal punto que al día siguiente por la mañana, al contacto de los primeros rayos, da la impresión de ser como un niño que sólo piensa en crecer. Sus necesidades son tan simples, tan primarias. Modesta, ella se alimenta de todo cuanto nosotros rechazamos: heces, aguas sucias, cuerpos muertos; activa, ella transforma las basuras, devolviéndolas en forma de alimento. Su abnegación es infinita.

Ella, por el contrario, simple mujer que envejece, no tiene ya la facultad de mantener el ritmo de esta tierra que sigue creciendo en pujanza y juventud; una recolección prepara la siguiente, las cosechas se suceden sin interrupción, se precipitan, se multiplican. No se ha terminado de almacenar el grano cuando hay que recolectar la almendra, preparar la vendimia, pensar en las nueces, en las castañas, en las bellotas, contratar a los obreros temporeros para varear la oliva, escardar el trigo, segar el heno, fabricar los embalajes

para las frutas y legumbres. Durante este tiempo, la tierra ha dado una vuelta alrededor del sol, ha cumplido sus deberes, ha salido triunfante del paso de los días y he aquí que de nuevo se encuentra vivificante, preparada, disponible, joven. La tierra desconoce la muerte. (En este mismo trayecto efectuado una junto a otra, abuela ha dejado un año de su vida, ella se aproxima al final, al ocaso. Irremediablemente).

Este largo proceso, el hombre no lo concluye volviendo a nacer, produciendo sin descanso como la tierra; él deja en ello sus plumas de ave del paraíso, se anquilosa. Es el caso de abuela. Apenas duerme, siempre adormilada no sabe si es de noche o de día, a menudo confunde la aurora con el crepúsculo. Atentas, tres personas acechan esta vertiginosa caída hacia la vejez: Dolores, Juliana y Casimira.

Siempre fuerte, la vieja gruñona se ocupa lo mejor que sabe de su patrona. A veces, su memoria flaquea, jamás sus fuerzas. Se olvida de conectar o desconectar la radio, no diferencia mucho las voces de sus personajes preferidos, asegurando que "este señor duque no es el mismo que en el capítulo anterior, su voz es más aguda... no tienes más que escucharlo con mayor atención, Soledad. Escucha, aquí están, la esposa del banquero y su chófer, ¡escúchalos, por favor! Ellos tampoco son los mismos. Ella habla hoy como las gentes del Sur, los andaluces, y él creo que es un argentino".

Abuela asiente con la cabeza o la contradice totalmente. Cuando están solas suelen entablar interminables discusiones. Esta ausencia de los demás suscita en abuela olas de angustia.

[12]

De pronto, mirando a su alrededor, cierto día la vieja leona experimenta una necesidad que antes jamás había sentido, una necesidad, por así decirlo, desconocida: la compañía de las flores. Por cierto fue ella misma quien las desterró de la Cornisa repitiendo muchas veces que cultivarlas es apropiado para personas que no tienen otra cosa que hacer; esto no ha impedido que ahora necesite las flores. Se convierte en una *maniática de las flores*, que dice Casimira. Ordena que rápidamente se coloquen ramos por todas partes. Afirma que quiere volver a ver la vida. *el esplendor de la vida*, insiste ella mirando a los demás con ojos desconfiados, ellos se comportan haciéndose los muertos.

Atendiendo a esta llamada de socorro, Juliana responde al deseo de abuela. Va a los campos, recoge flores silvestres, las trae a brazos. Hay que ayudar a las gentes a bien morir: abuela no está excluida de este deber cristiano que es el suyo, amen.

Tía Dolores se esfuerza en ensombrecer más su cara ya tan consternada y lo consigue. Aire escandalizado, murmura en el oído de su sobrina

que no hay que tener tanta prisa, querida mía, la muerte vendrá en su momento. Añade que su madre morirá exactamente como ha vivido: guerreando.

La mirada baja, Juliana no responde, pero ella llega a descuidar la decoración del altar mayor dedicándose a adornar con flores la jaula de la vieja leona; sin duda desea verla partir cuanto antes. Un deseo nada caritativo, insiste tita, radiante de consternación; no hay derecho a esperar así la muerte del prójimo, menos aún si se trata de un pariente, ¿no has observado mi comportamiento con tu madre?.

Juliana se hace la sorda a estas consideraciones piadosas, se la creería impermeable al sentido común, impermeable a las buenas palabras. La mirada fija en la punta de los dedos de sus pies, con sus exhuberantes carnes desbordando sus vestidos de niña, acumula macetas de flores y matas de romero. La Cornisa presenta el aspecto de un cementerio el día de todos los santos. Frente a esta siniestra jovialidad, padre, Andrea y Tonio se muestran animosos, incluso sonríen y canturrean fragmentos de canciones. Invasión por una especie de felicidad masoquista cuya nominación desconozco, tita palidece a la vista de todos en una consternación totalmente nueva que tiene como efecto inmediato cubrir su rostro de descamaciones: sus pestañas blanquean, sus labios están como los bordes de una herida mal curada. Asqueada, Casimira se encierra en la cocina, y casi se atrinchera allí; arroja

toneladas de lejía, quema hojas de eucalipto, a su manera intenta detener el mal olor de muerte que ha relegado casi en el olvido a la enferma Adelaida, sus gemidos y su gato. Por la noche, los perros ladran a la luna.

En este abandono fúnebre, Juliana pasea el misterio de una mirada indecente, apenas disimulada por sus párpados semicerrados.

Fuera, exhuberantes como nunca, los campos muestran todos sus tonos de verde, cantos y gritos. Es la primavera. Se tiene la impresión de que la tierra va a conseguir su independencia sobre la vieja casa en la que todo se deshace y pudre en el melancólico perfume de las flores decapitadas.

[13]

Entretanto, abuela va tirando. Es forzoso reconocer que las muestras de debilitamiento que deja ver no son, al menos aparentemente, signos de muerte próxima. Juliana se acomoda a este nuevo retraso.

Y he aquí que una mañana, a la hora del desayuno, Juliana anuncia que, desde ahora, es ella quien se va a ocupar personalmente de su madre. Su tono es oficial. Mira de reojo las manos de su abuela cuyos dedos se crispan sobre el asa de la taza. Es la única reacción. Pero Juliana insiste, asedia con su nueva voz de niñita (horrorosa voz de leche, piensa Casimira) el silencio de abuela. Ella afirma que más

higiene en las partes genitales de la enferma conducirá sin duda el resultado deseado, que hasta el momento no han conseguido ni los medicamentos ni los rezos. Lo dice en un tono tan razonable que nadie se atreve a discutirle el derecho de "consagrarse íntegramente a aquella que la ha puesto en el mundo" (la frase es de Casimira-la veleta, siempre colocada en dirección del viento).

Aliviada, abuela mueve la cabeza en señal de asentimiento. Un afecto filial, piensa ella, habrá movido a la niña a asumir diariamente esta ocupación. Los días son largos: ¿qué cosa más indicada que una enferma a perpetuidad el ser cuidada por un espíritu vacío como el de su nieta?.

Juliana tiene catorce años. Nadie en la casa se ha dado cuenta porque después de *aquella noche* y de común acuerdo se han ignorado sus cumpleaños. Presenta el aspecto de un pequeño monstruo salido de un huevo, mezcla de niño y de adulto, pero todos se han acostumbrado a ello, la miran de lejos como si no sintieran obligación alguna hacia ella. Se la alimenta, se la aloja, se la llama distraídamente mi hija o mi pequeña. Ella crece desmesuradamente. Su boca de niña, que antaño exigía durante todo el día, no se abre ya para pedir nada. Se comporta como si hubiera renunciado a todo. Toma sin decir palabra la comida que le ofrece Casimira, descose los viejos vestidos de Andrea, se los prueba en silencio. Parece que las exigencias y reproches de antaño no forman ya parte de su

naturaleza. Sombra de sí misma, se desliza por la vida sin hacer ruido ni dejar huella.

La familia respira. A gusto como un perro sin pulgas.

[14]

Un jarro grande de agua templada en una mano, una palangana en la otra, Juliana entra en la habitación de su madre. La habitación está en penumbra. Piensa: "más oscura que nunca". Tita ha colgado una nueva cortina en la ventana y vela la luna del armario que reflejaba la débil claridad del tragaluz.

La hija queda inmóvil, espera unos instantes por mejor acostumbrarse a la oscuridad. Recuerda que, pequeña, no tenía necesidad de estas precauciones y podía recorrer esta habitación con los ojos cerrados. Ahora, su mirada no es ya portadora de luz, también se ha dejado invadir por las tinieblas.

Poco a poco delimita las formas, después las reconoce: cama blanquecina, cuerpo yacente, gato-bola, figurillas y objetos de tocador sobre la cómoda, muñecas en desorden sobre el sofá, estatuillas inmovilizadas, cadavéricas: estos restos de la infancia materna tiempo atrás la alegraban, quería tocarlo todo, apoderarse de todo. Ninguna de sus propias muñecas le parecía tan borita como las que en ese momento codiciaba. Igualmente ocurría con los frascos, cojines, tapetes, estampas. Los ojos fuera de

las órbitas, ella daría cualquier cosa por aclarar los misterios de aquel rincón escondido en la penumbra maloliente de la habitación, como un tesoro enterrado en una carbonera. Pero no podía acercarse: tita le reprendía, abuela prometía cortarle los dedos si se atrevía a tocar las cosas de mamá. Entre los objetos inaccesibles a su curiosidad se encontraba un velo de novia, amplio y blanco, que recubría una jaula de pájaros, de metal forjado como una pieza de encaje; la jaula estaba vacía, el velo se había puesto amarillo. La niña rabiaba, suplicaba: se empeñaba en disfrazarse de novia en las fiestas de carnaval, estaba segura de que mamá no pondría inconveniente alguno. Nada que hacer: mamá permanecía muda noche y día, no respondía ni a sus caricias ni a sus palabras. Juliana se veía obligada a obedecer las órdenes maternas que no emanaban de su propia madre.

Hoy, todo es diferente.

Es todo tan distinto que se podría decir que un siglo largo la separa de su infancia. Juliana lo experimenta cada minuto, pero no cede con facilidad a los suspiros como hace tita cuando habla del pasado y del presente; sus reflexiones no están dictadas por la nostalgia; son frías, desligadas de su persona y de sus sentimientos. No desea nada de lo que antes deseaba. Sin sentimientos ni orgullo. Hoy, ella es otra.

Habituada por fin a la penumbra, avanza hacia la cama. Un maullido anuncia su presencia. Maire no se mueve. La cama apesta. Entre la superficie de las sábanas, percibe de improviso el silbo de

una respiración extenuada. Ningún otro signo de vida.

La jovencita se detiene. La repugnancia y el miedo se despiertan en ella, pero los rechaza enseguida. Piensa que este jirón de miseria disimulado bajo las sábanas es *su madre*, y que ella misma, Juliana, será en adelante modelo de hija ejemplar. Las santas monjas de los libros de tita obran de igual forma, exactamente como las reinas santas que, pese a su majestad, no temen el contagio de la lepra o de la peste.

Se inclina sobre el rostro amarillento. Excepto las cejas negras (inexpresivas como dos ventanas simuladas con apariencia engañosa sobre una fachada blanqueada con cal), cualquier otro rasgo distintivo está difuminado.

"¿Mamá?"

Apenas perceptible, la respiración de la enferma parece sosegarse. Una especie de pausa o descanso. El silencio escucha.

"Madre, ¿me oyes?"

Sobre la vuelta bordada de la sábana, una mano que parece paralítica inicia el simulacro de un movimiento que no llega a serlo. Juliana capta el mensaje. Su voz ha perforado en ese momento las membranas del silencio, se introduce en la concha hueca del cuerpo de su madre.

"¿Sufres mucho?"

- ...

- ¿Verdad que sufres?"

La blancura del lienzo parece tirar a gris. A la espera de algún atisbo de respuesta sobre este mantel de silencio opaco, Juliana escruta

el rostro materno. ¿Ha percibido en él una leve crispación? No está segura. Ha sido como un espejismo en las olas bajo el efecto de una hoja muerta caída al agua, un sueño habitado por un sueño. Y no ha durado más tiempo que el de dudar.

" Sé que sufres tanto como yo misma, que por mi culpa no acabas de sangrar y yo te pido perdón, jamás debí haber nacido. No, no te agites, no quiero aumentar en nada tus sufrimientos, no soy ya una niña pequeña, soy mayor, aunque los demás se obstinen en ignorarlo. Yo sé donde está mi deber: junto a tí. Los demás piensan que no soy nadie, lo veo escrito en sus rostros las escasas veces que me molesto en levantar mi vista. Me da igual. O más bien lo prefiero. Esto los tranquiliza, y a mí también. Cada mañana temprano, puntualmente, yo me disfrazo de muñeca: así es como me quieren, una muñeca como las tuyas, bucles de serafín y garganta y caderas de puta, pero insensible, atontada y casta. ¿Te acuerdas?. La castidad, tía y abuela seguro que se esforzaron en inculcártela, a tí también. Ellas saben cómo hacerlo, ¡estas putas!. Yo he acabado por comprender. *Aquella noche* (¡ así es como ellas llaman a mi única noche de luz, que ellos me robaron porque yo no estaba lo bastante madura para defenderla !), aquella noche comprendí de pronto que todo el mundo era mi enemigo, salvo tú quizás. Al punto, volví a pensar en tus muñecas y me dije: ¿y si, por desquitarse, mamá había querido tener una hija a su imagen, bucles

de serafina y garganta y caderas de puta? Porque los demás, estoy cierta, quieren niñas que se muevan; que pasen sin problemas de la cuna al lecho nupcial, directamente, sin pasar por la experiencia de la vida. En el palacio de justicia estaba bien claro. Entonces di marcha atrás: para los demás soy una boba de pelo rizado y voz gangosa; para tí, para mí, una muñeca que disimula su cuerpo hinchado como un forúnculo, como dice tita. Matar dos pájaros de un tiro. No, yo no digo esto para hacerte sufrir más, sino para que comprendas y para que me oigas decirlo en voz alta. Los demás no me han oído jamás hablar así, ¡se sorprenderían mucho si así fuera! Pero aunque fueran del género de personas que escuchan tras las puertas (lo que no viene al caso, son personas honestas, ¡los puercos!), tu puerta no encierra peligro: todos saben que no oculta nada más que silencio. ¿Quién va a pegar la oreja a la puerta de una mujer que agoniza desde hace casi quince años?. Sí, mamá, tu hija se acerca a los quince años, a sus quince primaveras, como diría Casimira si hablara todavía de mí. Pero ella también se calla. Ella quedará definitivamente como cómplice de abuela. Para tí, era igual".

Aprieta con desesperación la mano de la enferma. Pegajosa y deformada como si fuera de cera tibia, pero no obstante glacial, como habiendo perdido mucha sangre, esta mano no reacciona, se deja manipular sin oponer la menor resistencia: más flexible que una mano de cadáver, pero no menos inerte.

" ¿No me tienes miedo, mamá ?"

De un salto, el gato se sube al sofá y desaparece bajo el montón de muñecas. Abiertos de par en par, sus ojos vidriosos encandilan ciegamente la oscuridad.

" No tengas miedo, mamá, tu Juliana va a ocuparse de tí, va a cuidar tu cuerpo y tu alma, tita me ha enseñado la caridad. Vamos a comenzar por tu herida, desgraciada puerta por la que yo entré en este mundo infeliz. Si es cierto, como asegura tita, que todos arrastramos el peso de una falta con nosotros, nuestra familia, si es verdad que debemos purgar algo horrible cometido contra Dios y la naturaleza, vamos, madre e hija, a compartirlas en silencio para volverlo mejor contra ellos. Ellos nos han hecho sufrir por la misma herida, juntas tomaremos la revancha. ¿Me ayudarás ?".

La mano invertebrada parece fortalecerse insensiblemente, esbozar el inicio de una respuesta: roce imperceptible, real e irreal, como un beso dado a través del vidrio.

"He comprendido", murmura Juliana.

Coloca la palangana sobre una silla, recoge las sábanas sobre el pecho de su madre y remanga su camisión, descubriendo la parte inferior de su cuerpo. La verdadera respiración de Adelaida parece efectuarse por esta boca magullada de donde salen humores sanguinolentos. Despide un olor fétido. La hija no hace nada por huirlo. Toca delicadamente el pubis, después antreabre la raja cuyos labios limpia con ayuda de una esponja. El cuerpo vibra un instante, su

estertor se hace audible. El flujo purulento pronto se detiene. La brecha se dilata. Sus bordes se suavizan, la herida se adormece a medida que la hija la limpia, la seca, le pone polvos. Cubre con un pañal de bebé el sexo de la enferma. Un suspiro sosegado relaja los músculos de su vientre, parece irradiar alrededor de la minúscula corona del ombligo. Juliana la acaricia tiernamente, apenas si, destacándose sobre la palidez de la piel, sus dedos bruñidos por el sol la tocan. Le recuerdan de pronto a los de Casimira, cuando sus baños de niña, mientras participaban en un juego febril en el interior de su *clavel de nácar*. La impaciencia brutal de Noro lo ha estropeado todo. En lo más profundo de ella misma, Juliana esperaba otra cosa, soñaba con aquello como con una feliz continuación de los juegos de la vieja libertina. Pero jamás habla de eso, sobre todo en el confesonario. Secreto bien guardado que muerde con fuerza en la carne frágil de sus quimeras. El tiempo de una pesadilla, este secreto encerrado pasa de la seda a las garras, de la caricia a la violación, para escaparse bajo forma de irreprimibles alaridos.

El estertor de la enferma se debilita, la respiración se tranquiliza, como si sufriera menos. Juliana hace su cama, le lava las manos y la cara, la peina. Descubre el espejo del armario y rocía las sábanas con colonia. El olor a sufrimiento se disipa. Cuando la hija sale está segura de dejar tras de sí un girón de vida menos dolorosa que antes, pero tiene la

impresión de haberlo trasladado todo a sus propias entrañas: ella siente de nuevo que se abrasa como *aquella noche*. El recuerdo de Noro le asalta, tizón al rojo que ella no llegará jamás a arrancar de entre sus piernas. Adopta un gesto de violenta repulsa, aprieta los dientes, se encierra en el cuarto de baño y se sienta sobre un cubo de agua fría. No quiere gemir, ni morderse los labios, ni expresar con una palabra grosera su repugnancia. Ella siente que hubiera preferido nacer muchacho, opresor y no oprimida, ¡aunque estuviese en este instante pudriéndose en prisión por intento de violación!. Sin duda es preferible ser criminal que víctima: lo mismo respecto al sexo. Si su propio ejemplo no bastaba, podría citar el de su madre, herida por una maldición sexual mientras que su padre, rebosando salud, siempre altivo, visita regularmente (con el visto bueno de abuela) a las putas en la ciudad. Juliana los odia. Los odia con una pasión fría. En ella, este odio se transforma en una especie de fe. Y ella piensa que un día ...

Este día vendrá. *Ella puede esperar.*

Cuando abandona el cuarto de baño, su rostro recobra su máscara habitual, sonrisa añeja y mirada baja. Casimira anuncia la cena. Juliana se sienta a la mesa con los demás, come en silencio, absteniéndose, como su tía, de participar en la conversación: tierra, ganado, obreros y recolección, ¡a ella le da igual!. Al final de la comida, dobla su servilleta y la introduce en el servilletero de madera con su

nombre. Ella no levanta la mirada ni una sola vez, abuela dice:

" Andrea, este domingo, decidiremos tu boda. Fijaremos la fecha". Andrea responde: "sí, abuela", Tonio sonríe y baja la cabeza, los demás callan.

Las pupilas de Juliana se inflaman. Tempestad interior, pero el tiempo de un relámpago. La familia no se apercibe de nada. Jamás miran a la pequeña a los ojos. Ella empuja la silla, se levanta, les da la espalda y sale tras su tía. Tocada por Pepito Mariposa, la campana resuena ya, anunciando la novena de la noche. Tía y sobrina desaparecen sin decir adiós, como si no pertenecieran ya a esta familia. Con resignación, Casimira se encoge de hombros al tiempo que tuerce la boca.

¡ Cuando muera la patrona veremos lo que pasa!. Pero esto es hablar al viento. En esta casa, todo el mundo está sordo, todos están ciegos.

[15]

El amor filial de la enmilagrada confiere a las comidillas de las beatas un vigor insospechado. Ellas lo interpretan como una señal del cielo, y, con su estilo siniestro, lo adornan a la vez que lo distorsionan totalmente. Ellas no aseguran nada, por supuesto; ellas se limitan a repetir lo que se comenta por todas partes.

Se dice que esta pobre Adelaida, mártir de la Cornisa, no es ya más que un montón de podredumbre clavada en su lecho de sufrimiento. Sí, un cadáver viviente. Se dice que su segunda hija, "esta niña milagrosa que hemos recibido gratuitamente del buen Dios", ha tomado la decisión (¡sublime!) de ocuparse ella misma de su madre, para mejor mostrar al mundo en qué consiste la auténtica caridad. Sí, la milagrosa se llama Juliana, "pero un estremecimiento se apodera de mí con sólo pronunciar su nombre: el estremecimiento del éxtasis".

A veces estas conversaciones proceden de la sacristía o del confesonario, más frecuentemente proceden de las meriendas con bizcochos y vino dulce de la señora alcaldesa, asiduamente frecuentadas por el señor cura. Cuando la sangre de la fe se calienta demasiado, tía Dolores, serena y humilde, pone un dedo sobre sus labios y recomienda calma y prudencia. Ella teme el furor de abuela. Pero cuando muera señora su madre, añade con una sonrisa tranquilizante, nadie podrá ya poner freno a la piedad de su pequeña santa!

De manera soterrada, el rumor crece, gana terreno. Adquiere poco a poco la consistencia corrosiva de las aguas podridas. Por todas partes Adelaida es imaginada como un cadáver vengador, en pie de guerra, incansablemente reanimada y aseada por su hija.

"¿Sangra constantemente? se pregunta con tono casi místico.

- Sí, constantemente. - 155 -

- ¡La sangre de los santos, que se transmite de madre a hija!.

- Seguramente", admite de mala gana el señor cura.

Las damas fruncen los labios, el tonsurado se esfuerza por tranquilizarlas murmurando una palabra sobre los caminos del Señor: impenetrables, confirma. Ante las succulentas meriendas de la alcaldesa, él se siente dispuesto a todo, no tiene el coraje de privar a sus almas piadosas de su parte del gran milagro. "¡ Tomaré más tarta, pero poquito, por favor !". La señora alcaldesa le sirve un buen trozo. Ella cree firmemente que el pan cotidiano no ha sido prometido sino a las gentes de fe. ¿A quién más, si no?.

Tía Dolores se alegra. Sólo Dios sabe lo que sufre con no poder llevar a su sobrina a las espléndidas meriendas eucarísticas. Pero la pobre santa está por el momento agobiada de deberes profanos en la casa.

¿ Profanos?

" Pues sí, queridas mías: ¡ profanos! ¿Cómo llamarlos de otra forma? ¡Juliana se ha convertido casi en una criada!.

- Con calma, hijas mías, interviene el cura con la boca llena. Los trabajos domésticos son la carga de los humildes, ¡lo sabemos bien después de Marta y María !".

Las damas catequistas mueven el moño. ¡Si lo sabrán ellas, buen Dios! (No hay más que ver sus manos, ocupadas día y noche en desgranar su rosario, huelen a piedad, no a colada).

La santa acepta los hechos, evita personas de iglesia: aparenta estar ausente del mundo, como dicen los demás; pero en su fuero interno ella está muy atenta a las cosas que le interesan. Después de comprobar que Andrea y Tonio están verdaderamente prometidos en matrimonio (promesa que se ha efectuado a escondidas, mediante conversación secreta en la habitación de abuela), ella se dedica a espiar sus movimientos, a vigilar sus encuentros. Por esta razón atraviesa constantemente la sala cuando, al atardecer, su hermana y su prometido se refugian allí y, las manos cogidas, se intercambian caricias ("¡palabras infames que una mujer honesta no debería pronunciar!" exclama tita). O bien se sienta allí inesperadamente para *hacerles compañía*. (Orden de abuela, que no juzga necesario explicar a la niña por qué debe ser carabina de su hermana).

Juliana realiza a la perfección su papel. Bajo su mirada huidiza, los inocentes juegos de los novios se transforman en pecados. Ella no pronuncia palabra, pero su silencio grita: como si su sexo magullado reclamara justicia. Sentada frente a ellos, con postura pudorosa, muestra demasiado interés en disimular su entrepierna con la sábana que está bordando. Esta sábana, es para su noche de bodas. Adivinan sus pensamientos. Tonio enrojece y Andrea palidece, separan sus manos, bajan los ojos. Una sonrisa vengadora aparece en los labios de la hermanita:

disfruta con recordarles su heroísmo de aquella noche, con obligarlos a un poco más de cuidado, un poco de decencia, como el que muestra tita en el camino de la iglesia. Examina de cerca las sábanas que un día no lejano la sangre manchará, las despliega ante ellos, señala la mitad y, con voz cándida, pregunta:

" Aquí no se pone nada, ¿no?. Esto queda liso, creo, para permitir al cuerpo descansar".

Incómoda, Andrea replica:

" ¿Cuándo has visto tú sábanas bordadas en el centro?

- ¿Yo? ¡Jamás! Pero estas son sábanas de casamiento, las primeras que veo. Son para tu casamiento, no para el mío. Por esto hago la pregunta. Eres tú quien se casa, no yo. Sois vosotros quienes vais a acostaros encima, no yo.

- Por favor deja ya tus tonterías. Sabes bien que son los manteles los que se pueden bordar en la parte central, no las sábanas.

- Es lo que yo pensaba". murmura Juliana.

Irritada, Andrea levanta la voz:

"¡Ya tienes edad para portarte como una mujer!.

- ¡Yo no soy una mujer!. Solo tengo quince años, al menos eso creo. Casi he olvidado mi edad.

- Tienes quince años".

Juliana dobla tranquilamente las sábanas y, apretándolas contra su vientre, sale sin decir una palabra. Andrea dice que va a acostarse.

" Se ha hecho un poco tarde" dice como hablando con ella misma.

Tonio calla.

[17]

En esta casa en la que nada cambia jamás, nadie cuenta los días. Pero el paso del tiempo no se deja sentir menos por eso.

Abuela envejece.

En la medida en que su escaso sentido de la autoridad (sin cesar combatido por el autoritarismo de su suegra) se lo permite, don Juan va tomando el relevo de la vieja leona. Lo hace sin convicción, únicamente en lo que se refiere a las labores de la tierra. De soltero, era un excelente marchante. El matrimonio con Adelaida lo ha convertido en un mediocre campesino. No pone mucha fe en sus tareas.

Apenas se le ve, se evita su trato. Padece dolores de reuma en su mano mutilada, cuando se aproximan los cambios de tiempo. Todo el mundo le huye. Sus ojos de niño cogido en falta no hacen más que implorar una mirada de ternura: en vano. Se diría que toda ternura ha desertado de la Cornisa. Expulsado del corazón de los suyos, toma la costumbre de visitar la habitación de su mujer dos o tres veces al día. Enternecida, Casimira afirma que a pesar de lo que se diga, un recuerdo de amor es el más duradero de todos ... Pero es hablar al viento. Por su parte, tía Dolores murmura que pecado adormecido duerme con un ojo abierto. Apariencias, susurra al oído de

su santa sobrina. Y rocía con agua bendita la habitación de la enferma.

Y abuela envejece de envejecer.

Hay necesidad de brazos, se contrata a Pepito Mariposa. A media jornada. Estas medias jornadas de los Cuervo comprenden de ordinario toda la jornada, desde la salida hasta la puesta del sol: por tanto la noche. Mariposa se resigna. Hay que ganarse la vida.

Andrea, por el contrario, se multiplica. Cuanto más decae abuela más olfatea ella el poder. Se siente la heredera. Lo mismo se comporta como novia amorosa que como jefe de familia, lo que imprime a sus relaciones con Tonio un carácter de autoridad propio de las mujeres con el temperamento de abuela. Un día, las gentes la llamarán doña Andrea, es evidente. Ella aprende a llevar la cabeza alta: más alta que la copa de los árboles, que la cubierta del tejado, superando en lo sucesivo a todos los jefes masculinos y solamente comparable a las cumbres de las montañas que se alzan bordeando la Cornisa. Tonio, aunque más alto, se empequeñece día a día ante ella.

Este cambio se opera inevitablemente en los varones después que se han unido a una mujer Cuervo, y ello apasiona a Juliana. Mundo sin fallos, sin sorpresas, ordenado de una vez para siempre. Ella no quiere participar en él, es sólo una rehén, pero lo desmenuza con obstinación. El caso de Pepito Mariposa, por ejemplo: aunque él no sea un hombre como los demás, lo es lo suficiente para no escapar al

vampirismo hembra de la Cornisa. Reducido a la dura condición de ayuda para todo de Casimira, olvida incluso adornar con flores su viejo sombrero de paja, apesta a estiércol de ave, reprime sus canciones y su chéchara espontánea, se disfraza de figuras de sumisión y de falsa humildad. No vuelve a ser él mismo hasta que sale para el campo a llevar el almuerzo a los obreros agrícolas, y llegada la noche aprovecha para perfumarse como una puta (la expresión es de tita) y correr a pegarse a los muros ofreciendo sus nalgas a los que pasan (el lenguaje grosero de Casimira expresa fielmente la realidad: por una vez de acuerdo con ella, tía Dolores añade que este ni una cosa ni otra, a ejemplo de todos los demás retoños del diablo, no hace sino sacar partido de las tinieblas para coitear como una perra).

Juliana toma el gusto al espionaje, su mirada lo escruta todo. Un cambio sorprendente se produce en ella. Mientras era pequeña gustaba reír a carcajadas, hacer ruido: se la veía venir, se la oía llegar, jovialidad y despreocupación la precedían siempre. Acabado: ahora se desliza, se introduce, pasa rozando las paredes, abre y cierra las puertas ocultándose tras los postigos, apenas respira. Por la noche, recorre las habitaciones una tras otra, viola su intimidad, lanza miradas escrutadoras sobre las formas dormidas, que roncan con fatiga. Ella desvela sin pudor los secretos de los que duermen. Su hermana Andrea palpa a menudo su seno izquierdo, cuyo pezón pellizca, suscitando

a veces un prolongado espasmo que ilumina sus rasgos con una extraña sonrisa. O bien descubre que Casimira se pone para acostarse su vestido amarillo, o que abuela gesticula con angustia, y describe grandes gestos nerviosos como para desembarazarse del peso de la muerte (¿ sueña con ella al fin ?), o que su padre, mientras descansa, acaricia con sus labios sus dedos muñones, o que tía Dolores imita el estertor de mamá, que Tonio ...

Es el cuerpo de Tonio el que espía más amenudo. Inmóvil, atenta, lo abarca con una mirada redonda y fija de serpiente. Este cuerpo ardiente soporta mal las mantas y sábanas que rechaza con los pies. Duerme en calzoncillo, se mueve constantemente. Fuertes olores de sudor suben de la cama cada vez que cambia de postura. Duerme sobre la espalda, las piernas separadas. De repente la tensión de sus músculos se relaja, sueña. Sin perder detalle, Juliana escruta las transformaciones de su rostro en el que los fantasmas afloran. Al cabo de algunos minutos se mueve y se coloca boca abajo. Su respiración se hace entrecortada. Termina por roncar. De pronto interrumpe sus ronquidos, de nuevo se mueve; se da la vuelta sobre la espalda y lanza un interminable suspiro. Los ojos de la niña se fijan en el calzoncillo: se ha hinchado. Una mano vigorosa desciende a cubrir el sexo, a acariciarlo, aviso inconsciente de una voluntad semidormida. La mano se duerme a su vez sobre un muslo. Vivo, el sexo se endereza y vibra: se diría que va a separarse del resto del cuerpo, o

despegarse o derretirse. Sí, derretirse. Este hurón sanguinario, ¿ qué madriguera desea en el sueño?

Hipnotizada, la joven contempla largamente la inocencia despierta del muchacho. El sudor aflora por todos sus poros. Su propio sexo la martiriza. Se aparta, abandona el dormitorio del joven y, mordiéndose los puños, corre al cuarto de baño. Como de costumbre cuando su carne la atenaza (los demonios de la carne, murmura tita) se pone de cuclillas sobre un cubo de agua fría y gime.

[18]

Estos vagabundeos nocturnos la inician en las cosas que, ausente como está de la vida de la familia, rechaza ver a la luz del día. Principalmente en lo que concierne a Tonio. Como buen hombre de campo (o celoso doméstico, ella no sabría diferenciar), él es el primero en levantarse. Antes que Casimira, antes que abuela. No ha amanecido aún cuando él está ya fuera de la cama. Precede incluso a los gallos. Desperezándose aún, baja a lavarse con agua fría como si buscara también él apaciguar sus sentidos recalentados por los sueños.

Espía encarnizado, Juliana adopta el mismo ritmo, su cuerpo llega a ser un reloj. Está despierta y en pie cuando el sueño de Tonio toca

a su fin. Una perversión inusitada la impulsa a comportarse como un gato-tigre, retardando el momento (y el placer) de saltar sobre su presa. Ronda alrededor del cuarto de baño o bien sigue los pasos del novio de su hermana ("desecho de la sociedad salido del mismo agujero que Noro", dice tita). Pero la joven-gato no se deja ver, se confunde con la sombra, inmóvil, abriendo sus grandes ojos. Tonio se despierta en el momento preciso de una fuerte erección. Indudablemente. Y se prolonga: creyéndose solo el joven no se priva de entretener esta prueba evidente de su vitalidad. Después todo vuelve a su estado normal, Tonio se calma, bosteza, se estira, se viste y se prepara para el desayuno y la marcha al trabajo. En el momento de ponerse el pantalón, Juliana desaparece de su escondite.

Así se inicia en un rito delictivo al que no sabe si cede por deseo o por odio: ella sólo mira a los hombres por debajo de la cintura; en vez de los rasgos del rostro prefiere este paisaje turbulento cuyos cambios apenas controla, que, en una sola jornada, consume sus cuatro estaciones. Ella intenta comprender por qué el mundo, gobernado por este timón, se vuelve contra las leyes que él no controla; este mundo machista que excluye a la hembra de sus juegos de azar. Le viene a la memoria la sala de la Audiencia, y su mueca infantil se cambia de nuevo en rictus de repugnancia.

Un día,

a la hora en que, esperando el alba, la noche se oscurece aún más, como si se aprestara a oponer una resistencia bárbara a la luz,

la niña se despierta de una pesadilla, abandona la cama y, sigilosamente, baja la escalera, atraviesa la entrada y la cocina, penetra en el cuarto de baño. No se ha molestado en vestirse.

La mente vacía.

Desde hace algún tiempo, estas ausencias le son habituales, sobre todo durante sus escapadas nocturnas. Fuera de sí. Carne apasionada, privada de voluntad. Simple carne receptiva, entregada a influjos fisiológicos, a impulsos irreflexivos de deseo, reflejos. Lógica del cuerpo, semejante al de las bestias, por el que ella se ha dejado dominar desde el día del proceso, cuando todas sus facultades de razonamiento han sido puestas a funcionar a ritmo lento. Ella actúa y reacciona sin esfuerzo, pero sin que la inteligencia parezca tomar en ello la menor parte. Sin duda es por lo que ella no ha encontrado impedimento en hacerse pasar por *milagrosa*.

¿ Qué manejo se trae por la noche?

Mira. La bañera.

La bañera está hecha para el agua, para bañarse.

Se hace de un cubo y se pone a llenarlo de agua templada, del agua que permanentemente Casimira guarda en un rincón de la chimenea.

Está desnuda, mancha blanca moviéndose a su comodidad en la oscuridad.

¿ Va a bañarse?

No se baña, coloca un taburete tras la puerta y se sienta en él, o mejor se encoge sobre él.

¿ Se oculta?

No pretende ocultarse, simplemente se sienta allí.

Los minutos transcurren, ella no muestra impaciencia alguna.

Distraídas, sus manos recorren su cuerpo, palpan su desnudez. No están dotadas de intención alguna, simplemente *hacen eso*.

Mirada vacía, rostro inexpresivo. Carne cada vez más blanca a medida que el alba aparece, y, al mismo tiempo, cada vez más esfumada, inexistente. La penumbra diluye su silueta que apenas se mueve.

Esta espera podría durar un siglo, en todo caso toda la duración de la vida de este cuerpo que espera, que parece ilimitada.

No aguarda mucho: en el marco de la puerta, bostezando hasta desencajarsele las mandíbulas, indeciso, no sabiendo si avanzar o retroceder se encuentra Tonio. Desde la cabeza al pubis, se rasca por todas partes. Da la impresión de que no se ha despertado aún totalmente. No se ha puesto más que un calcetín y lleva en el hombro pantalón y camisa que deja sobre una silla. Medio a ciegas, se coloca ante el urinario,

entreabre la bragueta del calzoncillo. La hinchazón de su sexo le impide incluso orinar. Espera, bostezando sin cesar, con las manos en las caderas, como armándose de paciencia. Poco a poco el frío de la habitación atenúa su erección y orina largamente, dando al mismo tiempo suspiros de alivio que son una de las confesiones secretas de la carne.

Ahora está totalmente despierto, sus ojos miran. Ante la bañera llena de agua él tiene un ligero movimiento de sorpresa: nadie en la casa se levanta antes que él, él sólo se baña una vez a la semana, hoy no es domingo.

Es entonces cuando siente la otra presencia. Se da la vuelta. Dos ojos lo contemplan fijamente. Dos ojos sin luminosidad, con el destello semiapagado como dos ascuas enterradas en cenizas. Una llamada sin voz emanando de un cuerpo desnudo, blanco, que tiembla al respirar, que respira al temblar.

Se queda desconcertado. Reconoce a Juliana, pero no comprende la razón de su presencia. Un escalofrío lo recorre. Su cuerpo comienza a quemarle, a herirlo, como si deseo y vergüenza librarán en él un combate. Sus pies se disponen ya a acercarse más a la joven cuando su memoria recuerda. El recuerdo de *aquella* noche le viene de pronto a la mente, unido a las confusas imágenes de la catástrofe ...

Transcurren largos y penosos segundos.

La razón termina por imponerse: Tonio da media vuelta, desaparece por la puerta de la cocina. Su bajo vientre está en ascuas, tiene

una horrible sensación de haber sido castrado, emasculado por invisibles garras, escogido para la venganza por esta larga mirada fija, acusadora. En lo sucesivo, los fantasmas sangrantes aparecerán de pronto en sus pesadillas, pero él no lo contará a nadie.

Juliana se sumerge en el agua. Sus pupilas se apagan, adquieren la dureza del marmol. Sus labios esbozan una sonrisa apagada que la afea. Halo de miseria como la que se adivina en torno a las flores que se marchitan.

[20]

Las flores. ¿Qué sabe de ellas?

Desde que ella misma, pequeña flor de azahar, murió aquella noche, Juliana no les concede más utilidad que para los ritos, las pompas fúnebres. Las flores agonizantes, moribundas. Ahora que hacen compañía a la salud delicada de abuela y a la interminable agonía de su madre, la joven las adora, las venera. Las coloca por todas partes. Con aire taciturno, corta los tallos como las corótides, como si, podón en mano, participara en la gran matanza final de los impíos. Las dibuja y borda también en el ajuar de Andrea. ¿Piensa entonces en las iniciales enlazadas de su hermana y Tonio, en los pájaros y angelitos de colores, en los variados frutos de un cuerno de la abundancia? No, ella sólo piensa en las flores decapitadas.

Pesada tarea, las flores. Reunir la cantidad suficiente plantea diversos problemas. Las tierras de los Cuervo no tienen jardín, que abuela considera un lujo superfluo; para mitigar la erosión de los suelos, prefiere plantar manzanos enanos en lugar de lirios. Ni madreselvas ni jazmines, ni buganvillas a lo largo de los muros de la Cornisa que se levantan blancos, desnudos y defendidos como los de una prisión. En el evangelio rural de la vieja obstinada sólo hay lugar para plantas productivas. Ni una palabra sobre la cizaña.

De manera que no existe en toda la propiedad más que un minúsculo cuadro de tierra, plantado apenas de algunas cepas disimuladas detrás del corral, que Casimira ha conseguido proteger de los furros *antiflorales* del señor la patrona. Cuando las dos mujeres discuten, doña Soledad, ayudándose del bastón puntiagudo, amenaza a la doméstica con sembrarlo de cebada para los pollos, Casimira contraataca presentando su dimisión en el acto. Abuela la calla. (Éstas son las ventajas de oír la radio: *presentar su dimisión en el acto* es una expresión mucho más hiriente que la de *yo devuelvo los trastos*. Casimira está muy orgullosa de ello). El trozo de terreno en litigio ha sobrevivido, pero, asfixiado por el estiércol, da muy pocas flores, raquíticas y mololientes.

Y he aquí que la vieja leona las reclama:
"; Flores, grita, flores !".
La angustia no está ausente de sus gritos.
Y Juliana responde:

"¡ No te preocupes, abuela, tendrás muchas flores !".

Ella las encarga por brazados a Pepito Mariposa que, diligente, sube a cogerlas a los picos de las montañas, las roba durante la noche en los jardines o las compra; a su vez, Juliana aureola de inocencia su cabeza de santa y para ello roba las más hermosas del altar de la Virgen del Rosario; con voz cándida, murmura que tiene el sagrado deber de ayudar a las gentes a bien morir. Su abuela la primera, aunque no la nombre. El cura mueve la cabeza, comprensivo; las beatas exclaman: "su tita tiene mucha razón, ¡es una milagrosa!". Ellas le traen ramos: se diría que estas almas piadosas tienen prisa por ver desaparecer a abuela de la lista de los vivientes. El rostro de tía Dolores amplía su consternación como nunca. Precaución inútil: todos están convencidos de que ella no tiene verdadero interés en que se prolongue la vida de su querida madre, al menos en este bajo mundo.

La casa adquiere el aspecto de un mercado de flores. La sonrisa de abuela se pavonea por ello, sonrisa insólita que intenta en vano ocultar los estragos de la edad o desafiar el espectro de la muerte. Sonrisa de desamparo que Juliana se obstina en hacer fracasar: saca los anchos crespones de luto que se guardan en el fondo de los armarios y cubre con ellos los veladores donde va a depositar sus ramos maléficos.

Gracias a su mano previsoras, la habitación de mamá se transforma a su vez en capilla ardiente,

su cama en catafalco. Absorbiendo la humedad permanente que reina en torno a la zona del pubis de la yacente, las dalias blancas se abren y se pudren al mismo tiempo. Dulzón, un olor a panteón planea, que acentúan los perfumes orientales. Todo el que visita a la enferma recibe la impresión de asistir a la agonía de una favorita en un harén en descomposición.

¿ Dónde está el sultán?

En la mecedora, aire triste, los dedos de su mano mutilada acariciando el encaje florido de los pañitos de los brazos. Nada de tabaco. La enferma Adelaida no soporta el tabaco, tose y se asfixia.

Para Juliana, la presencia de padre en el dormitorio materno tiene todo el sentido de una fiesta mística que ella prepara con esmero. Empolva el rostro de su madre y coloca la mecedora de modo que marido y mujer puedan confundir sus miradas. El amor muerto resucita, este amor es el sacramento del que se alimenta la piedad creciente de la hija. A la vista de este prodigio, tía Dolores impone en la casa un silencio sepulcral cuya primera víctima es la radio de Casimira, y ella se apresura a difundir la buena nueva entre las almas piadosas. Todo el mundo está asombrado. ¡Jamás se ha visto a un ángel robustecer así los sagrados lazos del matrimonio! grita el señor cura mientras engulle un pastelillo de crema. Y el milagro se produce en un rincón perdido del planeta en el que se fornicaba a la sombra de cada muro.

Saboreando religiosamente su vino dulce, las beatas martirizan incansablemente las cuentas del rosario. La santidad de Juliana se difunde.

[21]

Por su condición de milagrosa, se diría que la joven está prometida a una eterna infancia, o que por lo menos, su arte de fingirse niñita con gestos afectados se perfecciona sin cesar. Es cierto que su cuerpo se desarrolla de manera vertiginosa, lo que no le impide, obstinada, intentar la proeza de comprimir su cuerpo, torciéndose y retorciéndose como un malabarista para encogerse. En particular cuando, caprichosa y llorosa, vuelve a ser la pequeña flor de azahar, trepa sin aviso sobre las rodillas de papá: bola de amor filial, ronroneando de anhelo, la cara angelical vuelta hacia su madre como un girasol de vidriera, parece querer reinar allí eternamente. Busca con insistencia la ternura paterna, que llama *protectora*, se derrite en ella, emitiendo sin cesar suspiros estremecedores que tanto encantaban a la familia cuando era pequeña. Papá sucumbe. Con la punta del pie, imprime a la mecedora el ritmo de tiempos pasados. Su cuerpo se enciende. Sus cuerpos se balancean. Ingenuos gemidos se escapan de la garganta de la jovencita, pequeños eructos que suben hasta la cabeza del padre: cuajada agridulce de su época de lactancia. A su

lado, papá se deshace. Juliana se miniaturiza entre sus brazos.

Adelaida abre los ojos. Muerta desde hace largo tiempo, su mirada se reanima, se ilumina con una secreta connivencia. Una sonrisa aflora a sus labios, tiende una mano de cera que recoge su marido. Una corriente de frágil pasión se establece, después sobreviene como un espasmo lánguido, laborioso, doloroso. Instante de placer arrancado a la memoria más que a la carne.

Enseguida hace su aparición de nuevo el sueño en la pesada atmósfera de las flores agonizantes. Como bajo tierra, el reposo de tres cuerpos enterrados vivos, insomnes.

Las pupilas del gato son redondas, fosforescentes, su mirada fría y distante. Ojos inmóviles, ojos dioses. Presentes, ausentes.

[22]

A la luz del día, padre e hija ni una palabra intercambian, ni una mirada; pero se reúnen cada vez más amenudo en la noche sofocante de la habitación materna. La familia se reconstruye a la vista de todos.

Por la mañana temprano o a la vuelta del campo (incluso antes de acostarse), Juan pide los bizcochos y la sopa de su mujer, que él mismo lleva a la enferma, alimentándola con sus propias manos como a un pajarillo: él se rejuvenece. Sombra amorosa, Juliana sigue los

pasos de su padre o se le adelanta deteniéndose ante la puerta de la habitación para entreabrirla y dejarlo pasar. Casimira refunfuña que jamás se ha visto esto, que esto es el mundo al revés. Tía Dolores murmura: ella presiente el pecado allí, pero se guarda bien de decirlo abiertamente, antes al contrario; cuando sus palabras se hacen audibles, todo son alabanzas agradables. Respecto a su sobrina, por supuesto. Ella asegura que la presencia milagrosa en el seno de *esta tribu de pecadores* ha terminado por conseguir el milagro de la armonía conyugal. Como en la Epístola. Y esto en el artículo de la muerte, o poco falta.

[23]

El tiempo pasa.

En la abuela las señales de decadencia se acentúan, como si el final se acercara con paso de gigante. La autoridad de la heredera Andrea se impone al mismo ritmo. Hija mayor, se hace cargo de la marcha de la casa, se encierra sola con abuela para discutir sobre la venta del trigo, ayudar a llevar las cuentas de la Cornisa. Recibe por correo folletos sobre sistemas modernos de cultivo; a veces, habla de eso en voz baja con Tonio.

Juliana ha cesado de espiar el sueño de éste, ya ni lo mira. Es la presión contra el cuerpo de su padre, o cuando roza furtivamente los labios de su madre, la que le produce sus primeras

emociones de mujer. "¡ Mi pequeña flor de azahar, no me abandones nunca !" suspira don Juan en la oreja de su hija. E inunda con sus lágrimas la garganta de la milagrosa cuya mirada se enturbia más. Si ella abriera los ojos (lo que sólo hace en la oscuridad del dormitorio materno), sus pupilas evocarían la densidad viscosa de las aguas estancadas. Pero a nadie le importa. En este mundo de tuertos y ciegos, ¿quién, excepto el gato, puede tener la facultad de ver en las tinieblas?.

[24]

Desde la Cornisa, dos voces propagan infatigablemente las hazañas caritativas de Juliana, pregonando su inclinación *sobrenatural* a ocuparse de los débiles, de los desposeídos; son tía Dolores y Pepito Mariposa. La solterona no podía haber encontrado mejor colaborador para promocionar los atributos divinos de su sobrina. Este medio hombre con aire de duendecillo posee un agudo sentido de la publicidad, aumentado por su espíritu novelesco; cuando no habla de su culo (tema que ocupa sus favores a poco que caiga en una oreja experta y complaciente como la de Casimira); él habla con mucho gusto de *universo extraterrestre*, expresión que, para él, engloba sin distinción "ovnis" y milagros. Es capaz de hablar sobre *el alma celeste* de la joven con pasión y autoridad. Ahora que la trata de cerca, afirma haber visto en torno a su

cabeza, varias veces, un halo de santidad. Como una corona en plena noche, ésta es la señal de los milagrosos. ¡Así de ancha! Poco importa si las risitas burlonas de Casimira, sus obscenidades de gesto y de palabra se utilizan para contradecirle, para hacerle volver "a las realidades de este puto mundo", como dice la vieja incrédula, imponiéndole, despiadada, duros trabajos en el corral, Pepito Mariposa se mantiene en sus trece. Con su voz aflautada (tanto como para hacer palidecer de celos a un tiple), defiende intrépidamente su tesis, explicando que cuando ellos no caen en éxtasis y sus ojos no se encuentran ya clavados en el cielo, todos los santos, todos sin excepción, bajan la vista a tierra como Juliana. Una mirada baja no es necesariamente señal de hipocresía, como pretende Casimira, sino de *meditación profunda*. ¡Ellos están en las nubes, es todo, viven en otro mundo!. Y por una razón bien simple: ¡hasta que se demuestre lo contrario, el más allá sigue siendo un lugar mucho más acogedor y agradable que este mundo! concluye triunfalmente.

Furiosa, Casimira le adjudica un sobrante de cacerolas para fregar con arena fina. El Mariposa no lo toma a mal, hace tiempo que sabe que no ha nacido para estar con las manos sobre las rodillas. ¡Pero mientras trabaja que no se le amordace, que su lengua quede libre y bien expedita!... Casimira promete arrancársela, ¡con tenazas al rojo vivo!. Pepito Mariposa se pone a canturrear y Casimira eleva el volumen de su

radio. La sombra de Juliana se desliza por la puerta entreabierta de la habitación materna. En el vestíbulo, tita enciende una lamparilla en la hornacina de la Santa Patrona. Casimira viene a echar una ojeada recelosa a la imagen: de hecho los ojos semicerrados de la Virgen del Rosario sólo dejan entrever una mirada baja y huidiza, en todos los aspectos semejantes a la de la milagrosa.

[25]

Antiguamente, en la época en que la salud de abuela estaba en su apogeo, La Cornisa semejaba a un castillo inexpugnable gobernado según las leyes y los horarios precisos, resistiendo con tenacidad a los ataques del exterior. Insoportable para los fuera de la ley (¡ tía Dolores lo sabe muy bien !), la casa era un puerto seguro para los que aceptaban el camino trazado por doña Soledad, su mayoría silenciosa. Ésta era regla de obediencia, cada uno había pagado por ella un precio. Casimira, por ejemplo, había sido forzada a desembarazarse de su único hijo (doña Soledad no soportaba un niño varón bajo su techo, sobre todo tratándose del hijo de una criada) y más tarde, de grado o por fuerza, la sirvienta debió renunciar a casarse con el padre de la patrona, sin por ello abandonar su cama; el aparato de radio, comprado con gran esfuerzo, no es para la decana de los Cuervo más que un sutil sustituto del pan y de

los juegos: Casimira la escucha trabajando, jamás se le ocurrirá sentarse un instante delante del aparato "para ver como termina esto". Las veinticuatro horas de cada uno de sus días están consagradas a la Cornisa, tragadas por ella.

Esta obediencia, Adelaida la había pagado con su salud, incluso con su vida, aceptando casarse con el hombre destinado a su hermana quien había dicho: "No, yo no me casaré jamás", poniéndose así fuera de la ley del clan. Juan el chalán se había sometido a las órdenes de doña Soledad y había ocupado sin decir palabra el lecho de Adelaida en lugar del de Dolores. El día en que abuela decidió probar una máquina agrícola (quería ver con sus propios ojos "lo que ésta rendía"), él, el hombre de la casa, había perdido allí tres dedos, mutilado para el resto de sus días. La violación de las leyes de la Cornisa había costado más a Noro: el correccional. En cuanto a Juliana y a tía Dolores, sufrían desde hacía tiempo rumiando el silencio de los oprimidos.

Pero las dictaduras se agotan, los dictadores caen. Abuela se hunde poco a poco en la senilidad y la Cornisa se asemeja a un barco que zozobra. Nadie piensa razonablemente en mantenerla a flote, ningún brazo es lo bastante fuerte para enderezar su timón, todo el mundo espera que pase la tempestad, aguarda el final de abuela. Andrea ha decidido no casarse antes. Destinada a reemplazar a la vieja capitana, por el momento se contenta con navegar con la vista,

pero no está desprovista de proyectos: elabora tranquilamente sus planes para el futuro, toma lecciones por correspondencia, una forma de enseñanza por cursos: cada semana el cartero le entrega un folleto titulado *la agricultura moderna*. Juliana, que lo registra todo, fisga también en las páginas multicolores en las que aparecen máquinas gigantescas conducidas por jóvenes agricultores sonrientes, bellos y morenos como el novio de su hermana. Carabina atenta de Andrea, la oye afirmar: "La explotación de la tierra es una ciencia, ¡la era de la mano de obra ha concluido!". A veces, cuando este furor de mecanización empuja a la pareja de los sueños, Juliana siente que, en su fuero interno, ellos han enterrado ya a abuela; sin embargo su cara no se muestra culpable, ni afligida en absoluto: en ella simplemente se lee que, según ellos, la vida está hecha para los vivientes.

Ella, la milagrosa, sigue adornando con flores el cementerio donde su hermana dice que no querría por nada del mundo parir a sus hijos.

El tiempo pasa a prisa. Nadie advierte que Juliana ha cumplido ya dieciséis años. No se habla más de su edad. Como tachada con un borrón del libro de la vida.

[26]

Un día de invierno, bajo un cielo plomizo, abuela sale a los campos. Como de costumbre,

ella se entrega a su trabajo. Este día es, sin embargo, el último en que sus pies hollarán el suelo de sus dominios.

Hace un tiempo seco y gris como de acero viejo, y un fuerte viento se precipita desde la montaña al valle, sin arrastrar con él ramas, ramitas, ni hojas secas, ni polvo. Tampoco pájaros. Desde la garganta al barranco sopla, afilado como hoja de afeitar, sigue la linde de las encinas (árboles vagabundos en jirones perennes como las almas en pena del infierno), el ocre trabajado de las terrazas, y acaba por estrellarse contra los muros de la Cornisa. A este viento se le conoce como el fantasma. Procede de una gruta paleolítica de la montaña y sopla así en las leyendas contadas a los niños en las que desempeña el papel de un malvado genio: desbandada de rebaños, locuras súbitas de pastores, desprendimientos de rocas y tempestades de nieve ...

Abuela jamás ha retrocedido ante él; al contrario, siempre se ha jactado de aceptar el desafío, de hacerle frente, la cabeza desnuda, en esta especie de enfrentamientos de los que los verdaderos campesinos obtienen el poder que luego ejercen sobre su tierra. Pero la vieja fanática no posee la robustez de antes y hay que hacerla volver sobre el lomo del muleto, un tobillo torcido. Se llama al doctor. Se ha fracturado una pierna. Ni hablar ya de bajar o subir la escalera, ni salir por la escalinata o al patio. Sujeta. Ella se somete de mala gana. Su cama se instala en la sala de la planta baja.

Sabiendo que no se lleva bien con la enfermedad (jamás ha estado acostada tres días consecutivos, ni siquiera cuando nacieron sus dos hijas), ordena a Casimira y a Juliana venir a su cabecera (*su lecho de sufrimiento*, dice ella con aire trágico) y da las instrucciones precisas para la buena marcha de la casa. ¿Piensan que ella no ha advertido el relajamiento de los últimos tiempos?, gruñe, colérica. Inmediatamente, deja escapar una lágrima (nadie llega a adivinar por qué) y murmura que por fin va a encontrarse muy cerca de su hija enferma, de su querida hija. De hecho, un muro medianero separa la sala de la habitación-santuario y si se presta atención, se pueden oír los suspiros entrecortados de Adelaida, sus gemidos mezclados con maullidos del gato.

El accidente de la déspota provoca una pequeña revolución en palacio. Enérgicas las órdenes brotan de la boca de Andrea: su autoritarismo latente arde por tomar el relevo. La reina no ha muerto aún pero sus días están contados. Es verdad que, por el momento, la razón no le ha faltado aún, pero es evidente que, a doña Soledad Cuervo, patrona de la Cornisa, no le queda mucha vida.

Sobre las espaldas de Juliana ("que soportan lo insoportable" manifiesta tita a las almas piadosas) cae una nueva cruz: la invalidez de la tirana viene a unirse a la enfermedad de la madre, porque "la aceptación de una nueva carga no conlleva, para los elegidos del Señor, el

abandono de las ya asumidas". La santa va y viene entre las dos yacentes. Igual de noche que de día. Las llamas de la consternación consumen su rostro marchito como un fuego de hojarasca, tía Dolores cuenta de sacristía en salón el infatigable y caritativo comportamiento de la santa ("; milagroso !", encarece Pepito Mariposa), cómo lava los cuerpos de estos cadáveres vivientes sin una palabra de enfado, sin asco ("; una verdadera milagrosa !", insiste Mariposa como si contestara a los kyrie de la misa), y veremos lo que pasará el día en que el cielo quiera librarla de sus duras obligaciones de hija y nieta! (Al unísono de la beata, Pepito hace el signo de la cruz. Los hijos del buen Dios tienen los mismos reflejos).

Juliana no cabe en sí de gozo, casi entra en éxtasis. Durante este duro invierno adorna con flores la casa más que nunca. Es cierto que sus flores preferidas no son regocijantes para la vista, su belleza no incita a la alegría: los crisantemos. Su perfume exhala ante todo un gusto anticipado de la muerte. La sala donde se aloja abuela y la habitación donde Adelaida se muere de putrefacción se transforman en verdaderas fosas de pestilencia, a pesar de los jabones demasiado olorosos de bidé de burdel de los que Juliana usa y abusa. Casimira pasa todo el día hirviendo hojas de eucalipto y cruzando los dedos tras su espalda, silba como los gatos, intentando exorcizar la casa, alejar el maleficio que, dice ella, se ha abatido sobre la Cornisa, "; Aquí sólo nos falta hablar latín !".

Desalentada, desconecta su radio. Los seriales han dejado de distraerla y como abuela no tiene la cabeza en su sitio es inútil contárselos.

[27]

Una tarde cuando Casimira le lleva su caldo, abuela la retiene por el brazo:

"No te vayas tan pronto.

- Tengo la cena en el fuego.

- ¡Pues quédate! ¡Que se queme, tu cena!. Parece que me huyes, que no quieres hablar conmigo. ¿Olfateas mi muerte o qué?

- ¡ésto no es nada divertido!.

- No lo digo para que te rías, sino por enterarme.

- ¿Enterarte de qué, exactamente?

- Saber.

- No hay nada que saber. Soportas mal la edad, es todo cuanto tengo que decirte; chocheas. No se puede hablar contigo, imaginas que te mentimos, que no se te dice todo, como si hubiera algo que ocultar. ¿Quieres que te traiga mi radio?. Te haría compañía.

- No tengo tiempo.

- ¡Ah, qué tonta, Dios mío!. Oyéndote, parece que quieres que encarguemos ya tus esquelas mortuorias. Como si yo no tuviera ya bastantes preocupaciones... ¡Faltaban tus tonterías!.

- Calla y quédate ahí, sentada.

- Como un perro", gruñe Casimira obedeciendo.

Un silencio.

"Hay calma, esta noche, murmura abuela; parece que es el último día del mundo. ¿Dónde están los demás?. Poco importa, yo sé que no están conmigo. ¡No gruñas así! ¡No te retengo aquí para oírte renegar, vieja ridícula!".

Dña Soledad se calla un instante, presta atención. La casa está como vacía. La noche precoz ensombrece las ventanas de la sala.

" ¿Vas a decirme dónde están los demás ?.

- Como dices que no te interesa saberlo ...

- ¡Quiero saberlo! ¡Qué importa que te diga que no quiero saberlo si tú sabes como yo que lo deseo!.

- ¡Pero cálmate! He aquí una cosa que jamás habría imaginado oír: tu voz débil, caprichosa como la de una niña. Hablas como Juliana, como hablaba cuando era pequeña. A decir verdad, jamás en mi vida habría creído ...

- Me cansas los oídos: ¿dónde están los demás?.

- Juliana y su tía están en la iglesia, ocupadas en sus novenas.

- ¿Rezan por mi muerte?

- No sé si rezan por tu vida o por tu muerte, por tí o por Adelaida, pero ellas no paran, te lo aseguro. ¡Qué ir y venir!. La iglesia, deberíamos trasladarla aquí, a la casa, con imágenes, beatas y cura, ¡se ganaría tiempo!. Así podría, también, ocurrírseles echarme una mano de vez en cuando. Yo ya estoy vieja.

- Con ellas aquí se pierde tiempo. Cuando no se hace derecho ... ¿Piensas que todo esto es culpa mía?.

- Y Andrea, arriba, encerrada con esos libros que recibe ...

- No has respondido a mi pregunta.

- Tonio ... no lo sé, estará en el establo; ocupado en reparar el arado y los arreos, como de costumbre. Tu yerno dormita en la habitación de su mujer.

- Sí, es culpa mía. Debería haberlos casado.

- ¿ A quién ?.

- Al sirvengüenza de Noro. Con Juliana por supuesto.

- Casarlos, casarlos ... ¡Vaya una solución!. Olvidas que jamás has aceptado los matrimonios que no organizabas tú misma. No me mires así, esto no es un reproche. A decir verdad, yo también me he planteado la pregunta: ¿se puede casar a una niña con doce años?. No lo creo, pero prometerlos, eso sí, para evitar el escándalo y esperar tranquilamente el momento de casarlos.

- Tienes razón, como siempre. Debería haberte escuchado en vez de cortarte siempre la palabra. éste no era un asunto para la justicia y he ahí el resultado: Juliana se ha convertido en un monstruo.

- Un monstruo ... !Esta noche no dices más que tonterías!.

- Acabará mal, Casimira, muy mal.

- Está enferma, y nada más. No es una enfermedad que se vea, pero ...

- Sí, es de cabeza. Una enfermedad muy mala".
Las dos mujeres guardan un largo silencio. Sorprendidos, los perros rojos alzan las orejas.
" Ayúdame a levantarme, ordena abuela.
Pero ¿a dónde quieres ir?. El orinal está bajo la cama.
- Ayúdame, te digo.
- ¿ Aún no te has dado cuenta de que sólo tienes una pierna?.
- Quiero ver a mi hija Adelaida. La tengo muy olvidada.
- La verás mañana, o la semana próxima.
- ¡No, ahora! Di a Juan que salga de su dormitorio.
- Pero ¿qué es lo que te ha ocurrido, de pronto?.
- Me siento horriblemente culpable, Casimira. A tí te lo puedo decir. ¿O prefieres que llame al cura?.
- ¡El cura! ¡Eso faltaba!; Hablas como una agonizante de serial! Aprieta bien el puño de tu bastón, y apóyate en mí. Es la primera vez en nuestra vida que soy la más fuerte.
- ¡Por desgracia para mí!.

[28]

Entran ambas en la habitación de Adelaida. Sobrecargada de los olores de heliotropo, la penumbra se levanta ante ellas, como para rechazarlas. Este enemigo impalpable, es la atmósfera de Juliana. Las dos mujeres

estornudan. Como viejos soldados, sólo avanzan a fuerza de constancia.

Casimira gira el interruptor. De la pantalla velada por una mantilla cae una mancha de luz tímida, como si no se atreviera a diluir la sombra que la rodea. Sólo ilumina las fotos familiares alineadas en exposición necrológica sobre el mármol de la cómoda. Abuela las mira atentamente una a una: casamiento pomposo de Adelaida; bautizo de Andrea; la más amarillenta de todas muestra la imagen olvidada de su padre con ella misma cuando era bebé, en sus brazos.

" Tenía dos meses, creo.

- Mucho ha llovido desde entonces.

- Mucho, Casimira; ;tengo la impresión de que ha caído hasta la última gota!"

Suspiran las dos.

- "Ayúdame a sentarme".

Casimira inmoviliza la mecedora a fin de no dañar el tobillo de abuela.

" Déjanos solas".

Casimira obedece, cierra sin ruido la puerta del santuario. Se sienta en el pasillo sobre una silla baja, las manos sobre las rodillas, aire paciente, ojos entornados, como los perros que, a la espera del silbido de su dueño, no perciben el paso del tiempo.

[29]

Poco a poco la claridad tamizada impregna las tinieblas, sin esparcir, no obstante, en el

dormitorio otra cosa que una neblina de media luz que invita al sopor. Abuela hace un esfuerzo para habituarse, busca puntos de referencia a los que aferrar su mirada, o bien ella misma da a los objetos los contornos familiares que rebusca en su memoria. Sus ojos están fatigados, no lo puede remediar. Sin duda una muy larga vida acaba por producir sobre la retina los efectos subacuáticos, como si el mundo y las cosas que contiene se encontraran sumergidas. Sin embargo, ansiosa por no franquear jamás los límites permitidos por sus sentidos despiertos, ella ha sabido siempre ser realista, atenerse a lo concreto ... Ahora, en esta transformación de todas las cosas que conlleva el comportamiento de Juliana, sus esfuerzos resultan inútiles. La habitación nada en una imprecisión parecida a un sueño: una pesadilla, murmura la vieja mujer sin poder impedir que sus ojos se llenen de lágrimas (lágrimas que no son verdadero llanto, sino incontinencia de los humores seniles ...).

Contempla el lecho donde el cuerpo de su hija se dibuja apenas como un surco de fatiga bajo las sábanas. Ciertamente, la enfermedad casi ha borrado los rasgos de su rostro, y la penumbra concluye este trabajo, los reduce a la nada. Las flores muertas que adornan esta estatua de carne parecen querer vivir más allá de su muerte y más intensamente que su cuerpo mismo. Exhalan un perfume, un halo de olor casi audible.

La anciana rememora con pena la infancia y juventud de su hija. ¿Dónde está la fuerza que la animaba, que llenaba la casa como un soplo

inagotable, como si todas las ventanas golpearan con la brisa?. Recién enviudada, doña Soledad Cuervo organizaba la vida en la Cornisa, pero era la pequeña Adelaida quien le daba sentido: corría, cantaba, reía, hablaba ... y todos los demás ruidos se apresuraban a armonizarse con su ser en fiesta. Dolores no vivía sino de su alegría como una avispa de su flor preferida. La madre, a quien en adelante todo el mundo llamará *patrona*, se derretía como un cubito de hielo cuando la pequeña escalaba sus rodillas, se pegaba contra su pecho y la abrazaba: "¡mamá, mamáita, ella dice que iré al infierno si no me como la sopa!". Ella era Dolores. "¡Ah, a esta la voy a encerrar en la cocina, con Casimira, si continúa diciéndote sus abominables tonterías!" (Encantada, la pequeña reía con las palabras tenebrosas y magníficas de mamá que ella repetía enseñuida a su hermana mayor) "Pero no, mi amor, el infierno no existe, no creas lo que dice tu hermana, ella no sabe nada de nada".

Abuela no esquivaba la mirada de esta mujer (una extraña para ella) a quien la enfermedad ha enterrado viva desde el día del nacimiento de Juliana. ¿O tal vez viene de antes, cuando su debilidad física comenzó a manifestarse de manera preocupante, durante su primer embarazo y el difícil parto que siguió?. Ella intentó amamantar a Andrea pero no se tenía en pie; no estaba hecha para criar, abuela no se dió cuenta de eso hasta más tarde, demasiado tarde, cuando la llegada de Juliana al mundo la abatió. Después de este parto que duró varios días, no

se ha podido levantar de la cama, la pobre. Una herida incurable. El doctor los había prevenido, a ella y a Juan: pero ella, que ponía una confianza ciega en la naturaleza, se había hecho como siempre la sorda. La debilidad de su hija, ella no veía allí nada más que rechazo, obstinación ...

¿ Ha murmurado *mea culpa* ?

No. Boca cerrada, como de costumbre.

Con el tiempo, dos preguntas han acabado por imponerse. A la primera (¿por qué diablos empujó a su hija a aceptar un segundo embarazo?) la respuesta es evidente: la tierra necesita hombres, y ella, patrona de la tierra, esperaba el milagro de un nieto, un niño varón, acontecimiento que no se había producido en la familia desde hacía varias generaciones. La otra (¿ sería ella responsable del calvario de su hija ?), la vieja mujer la rechaza de su espíritu cada vez que pasa por su mente; hoy mismo, anciana de más de ochenta años, próxima (ella lo sabe) al límite de sus fuerzas, rehúsa abrir su corazón a una investigación que, ella lo sabe, no se concluiría sino con la muerte de Adelaida o la suya propia, ¡si es que ella no continúa en el parecer vengativo de los demás!

No ha tenido nietos ni los tendrá jamás. ¿Qué le queda por hacer? ¿Tener rencor por eso eternamente a su hija cuando ella misma no ha sido capaz de hacer lo que esperaba de ella?. Habría podido adoptar al de Casimira, pero ¿cómo hacer del hijo de una sirvienta un verdadero Cuervo?.

El tiempo de las lamentaciones ha terminado, ella no tiene rencor a nadie. Ha cumplido con la vida, ha plantado y hecho crecer árboles, trigo, ha criado ganado. No para mantener su propia vida en el lujo y bienestar, sino para alimentar la de los demás. La vida de los demás: he aquí, en resumen, toda la historia de su poder. Nada que ocultar, que lamentar. Si quisiera este cuerpo yacente puede hacerle mil preguntas, un millón: ella no responderá.

Sus ojos se habitúan a la penumbra, ella distingue ahora en toda su nitidez, este cuerpo-pregunta: una sombra de vida. De su hija Adelaida que ella arrancaba salvajemente de los brazos de los demás (en particular de los de Dolores), no queda ya nada. Ni siquiera una chispa lejana de las pupilas de antaño, el esbozo de un gesto familiar del pasado. Esta palidez y delgadez, esta podredumbre interna, es la obra de Juan, o bien de Dolores, o incluso de Juliana, la obra en suma de los demás, no la de la vida, ni la suya.

A pesar de su voluntad de olvido, la memoria persiste en su trabajo de zapa, la hace retroceder en el tiempo, buscando a ciegas esta infancia y esta juventud de su hija, como cosas extraviadas, perdidas para siempre tal vez. En voz baja murmura:

"Yo sé que tú no habías elegido a este marido. ¿Pero era necesario para reprochármelo dejarte marchitar? Contigo sólo he cometido un error (como con todo lo que he hecho en mi vida): pensar en la Cornisa antes que nada. Tú

no lo elegiste, es verdad, pero tampoco dijiste que no. Sabías que yo te quería, que pensaba en tí, que jamás obré a tontas y a locas. Cuando lo encontré en la feria de la ciudad vendía ganado. Un hombre discreto, equilibrado. Le pregunté si respetaba la tierra, él me respondió: "sí, la amo; yo no vendo mis bestias para el matadero". Esto me satisfizo. Yo me dije: "¡He aquí un buen marido para una de mis hijas!". O más bien no, no digo la verdad, pensé: "un marido interesante para mi hija mayor". Pero ella rehusó casarse. Dijo (todavía me acuerdo de sus palabras): "¡Jamás, jamás me casaré!". Inútil insistir, ella lo pensaba verdaderamente. Como de costumbre, cada vez que yo decía sí, ella respondía no. ¡Si yo hubiera proclamado la existencia de Dios, ella se hubiera confesado atea!. Después él te vio ... ¡Eras tan bonita, en aquel tiempo!. ¡Sus ojos se llenaron de luz como dos faroles!. ¡Todo se arreglaba!. Yo le animé a pedirte, ¿qué madre no hubiera hecho igual?. Yo le hice comprender que no me opondría. Para una mujer Cuervo, un marido es la continuación asegurada. Me correspondía el derecho de hacer la elección en tu lugar. Las hijas se equivocan a menudo en materia de matrimonio, piensan en el amor, se hacen ilusiones. Yo misma estaba muy equivocada con tu padre. Lo conocí cuando yo era muy joven, veintidós años, huérfana, no tenía madre que me guiara, no podía contar con nadie. ¿Consultar a mi padre? ¿Para qué? Yo sabía que los hombres se aceptan entre ellos, es una ley, ¡aunque, en

alguna ocasión, padre y yerno se enfrenten por celos!. Tu padre hablaba como un libro, y sus bellas palabras conquistaron al mío. Yo me dejé cazar a mi vez como en una red. Siendo extraño, tenía para mí una ventaja común a los forasteros: jamás podría discutir mi autoridad sobre la Cornisa. Pero ésto no duró. Salía por las noches, se rindió demasiado pronto a las palmas y a la bebida. Todo eso lo llevó al hospital donde murió. Yo no lo he lamentado."

Ella manipula la verdad en propio provecho, la adorna con colores de heroísmo, se concede el sacrosanto papel de la mujer-hombre: es su debilidad. Pero el hecho de hablar de ellos contribuye a revivir sus sentimientos maternos, dormidos o muertos. El recuerdo de Adelaida con vestido de boda relaja sus labios: una sonrisa, o mejor una ligera fisura en el granito de su rostro.

" ¡Estabas muy guapa, aquel día! Yo estaba muy orgullosa de tí. Todo el mundo decía que me darías un puñado de nietos maravillosos. Nietas, para respetar la tradición. No me has traicionado, tus dos hijas se me parecen. Andrea ha heredado mi carácter, y Juliana el porte que yo tenía cuando era muchacha. Te lo agradezco ... quiero que lo sepas. Puede que sea demasiado tarde, pero no tuve tiempo de decírtelo antes".

La enferma no se mueve. ¿Sorda, ciega, voluntariamente muerta?. Abuela la mira a la espera de una señal de comprensión, pero ella se parapeta, hasta el halo de su respiración se ha paralizado. Con su bastón de ébano, la vieja

mujer roza ligeramente el cuerpo, intenta precisar su silueta. Ninguna reacción. Sus ojos se enturbian. Su propia hija la rechaza, ella lo siente y no puede hacer nada. ¿O tal vez puede aún algo?. Del fondo de sus entrañas una canción de cuna sube hasta su garganta. La canturrea. Su voz refleja su propio asombro al encontrar estas palabras, frescas y vivas, tal como estaban en la época en que mecía a la pequeña Adelaida: más de medio siglo ... Extraviadas en la noche de los tiempos, palabras que no tienen edad, que acaban de nacer.

[30]

Sentada en el exterior (o más bien encogida sobre su silla), Casimira hace como que duerme. Está despierta: vigila la puerta. Ciertamente, podría haber hecho algún trabajo de costura "para no perder el tiempo", pero no se mueve. Es bueno dejarse llevar, quedarse sin hacer nada, así, los ojos medio cerrados, las manos desocupadas, escuchando los canturreos de canción de cuna que se oyen tras la puerta cerrada, un poco confusos, imprecisos como si vinieran de un país lejano, de una época pasada. Un ayer que se despierta, que resucita casi. Ella y Soledad han cantado estas canciones para todas las niñas Cuervo. Su hijo (el único que ella parió) no ha tenido derecho a la nana, el pobre: él no ha nacido en buena cuna, la Cornisa pertenecía a los Cuervo, no a los demás. Debíó

poner a su hijo una nodriza, apartarlo de la casa; con todo lo pequeño que era, su presencia varonil ofendía a la patrona, paridora de hembras.

Todo esto es agua pasada. Obligada a trabajar día y noche (para vivir, qué, como cualquiera), ella no ha tenido tiempo de repensar sus propios recuerdos, de permitir a su memoria hacer marcha atrás en busca de sus señas de identidad. ¡Por supuesto que posee una memoria como cualquiera! Pero, al igual que el resto de su persona, la ha puesto al servicio de los Cuervo. Es claro que esta canción de cuna evoca, para ella, ante todo, la proximidad de la muerte, el único recuerdo que su patrona guarda, a fin de cuentas; dejándose llevar por estas debilidades seniles, doña Soledad Cuervo intenta ablandar o adormilar al único hijo que le queda que colocar en el mundo: su propia muerte. Ella está orgullosa de su muerte, esta amazona que montaba el caballo de la vida como si ambas, vida y mujer, no fueran más que una.

La muerte, hela aquí, socarrona, que recurre a las palabras de las que no se sirve para adormecer a la infancia, y ella os dice: "prepara la mortaja, ya estoy en camino, no tardaré mucho".

La vieja Casimira está tan convencida de eso que está tentada a levantarse para ir a abrirle la puerta de la Cornisa. Reflejo condicionado (¡que diría su radio!), murmura a media voz encogiéndose de hombros. Se remueve en su silla,

se desespereza, decidida a aguardar *todo el tiempo que sea necesario*.

¿ Esperar qué o a quién?

Pregunta inútil. Sabe qué, a quién espera.

No, ella no pronunciará el nombre. Pero sabe, sería aberrante no saber, las cosas sobre las que no hay necesidad de reflexionar. La vida, para qué serviría sino para aprender este punto de no retorno, para prevenir la llegada de la *sin nombre*.

Suspira. Con un ligero movimiento de cabeza sigue la melodía de la canción de cuna. Ella dice muy bajo:

"No tengas miedo, pequeña; siempre estoy aquí, yo te haré compañía".

[31]

Esta primera velada de iniciación a la muerte se prolonga largo tiempo. Nadie se sorprende; la Cornisa, que ha ido envejeciendo con abuela, se desposa con su fin.

Por la tarde, Juan y Tonio, a la vuelta del campo, encuentran a Casimira montando guardia a la puerta de la habitación de Adelaida; se miran. Juan, que se dirigía a ver a su mujer, murmura algunas palabras dirigiéndose a Tonio: sí, él va a echar un vistazo al establo, echará el cerrojo y soltará a los perros. Vuelve a salir. Tonio sube a la primera planta, Andrea le

pregunta si la cena está preparada, responde que no. Andrea murmura unas palabras distraídas sobre la necesidad de armarse de paciencia, Casimira está vieja; ella se vuelve a sumergir enseguida en sus pensamientos de futura patrona de la Cornisa. Tonio no tiene tiempo de depositar la sombra de un beso en su mejilla cuando ella habla ya de la posibilidad de cultivar judías verdes en lugar de cebada, es más rentable. "Aquí (muestra su folleto), aconsejan la soja, eso tiene futuro". ¿Qué piensa él?. él está molido de cansancio, no piensa más que en cenar y acostarse.

Más tarde tita y Juliana vuelven de la iglesia, los brazos cargados de flores. La canción de cuna de abuela las deja petrificadas: semejan las dos caras de un mismo escapulario. Inmediatamente reaccionan: ¿cómo esta vieja zorra ha permitido que la odiosa tirana mancille con su presencia el santuario sagrado?. Casimira emite gruñidos de perro guardián. Los insultos se ahogan en la garganta de la Señora beata y de su santa sobrina. Mientras que viva, lady Casimira, la patrona será la patrona; y además, ella no está para recibir órdenes de nadie sea quien sea, ¿comprendido?.

Irritada, tía Dolores resopla como un felino, deja su ramo de flores sobre los brazos sobrecargados de la enmilagrada e irrumpe en la cocina donde se pone enseguida a regañar a Pepito Mariposa, "este diablo maricón que tiene el vicio de no dejar jamás de canturrear canciones obscenas, sí, esta es la palabra,

¡obscenas!". ¿No se le ha enseñado nunca a trabajar con la boca cerrada?.

En lugar de replicar ásperamente, como hace a menudo con Casimira, el muchacho hace lo todo elige callarse; dentro de una hora, habrá terminado su jornada de trabajo. Obediente por naturaleza, partirá a socorrer las braguetas en apuro; ¡para cada uno su parte de caridad cristiana!.

La santa va y viene, desorientada. La cocina, el vestíbulo, el salón, el vestíbulo de nuevo, después el comedor. Se diría que no encuentra lugar adecuado donde colocar sus flores. Su mirada inquieta, vigilante, mira de reojo la puerta de la habitación materna, que no se atreve a empujar.

"¿Qué hace ella allí dentro?

- Canta, ¿no la oyes?".

La niña da patadas en el suelo, la respiración entrecortada, la mirada baja. Sus dedos martirizan un ramo de crisantemo.

Pero ¿qué hace ella entonces?.

- Entra, verás mejor lo que hace.

¿Se va a quedar toda la noche encerrada con ella?.

- Yo no lo sé. Puede ser mucho o poco tiempo. Se está despidiendo.

- ¿Despidiéndose? ¿Por qué?.

- ¿No sabes por qué se despide uno a su edad?.

- ¡Ah, es eso! No será tan rápido.

- ¿Lo lamentas?

- Es caprichosa, nada más. Juega a angustiarnos, querría vernos llorarla todo el santo día. Pero está muy viva.

- Juliana, ¡un poco de respeto!.

- ¡Es una broma!.

- A su edad, no se tienen ganas de bromear.

- ¡Tú tienes también su edad!.

- Yo no me divierto ya.

- Podéis reventar las dos. ¿Por qué ocupa mi lugar?.

- Es su hija, ella está en su puesto.

- Es mi madre, ¡ese lugar es mío!.

- ¡Sois únicas!. Unas bestias salvajes, ¡las dos!. Afortunadamente para mí nadie se disputará mi muerte.

- ¡Tanto peor para tí!.

- ¡Pero entra! No ha echado el cerrojo, ni siquiera me ha pedido que no deje pasar a nadie. Aguardo aquí porque no puede caminar sola. ¿Quieres que se arrastre hasta su cama?.

- A su alrededor como perros hambrientos, siempre, como si todo el mundo le perteneciera. No toques estas flores, tus manos apestan a cocina!.

- ¿Por qué no la quieres?

- ¿Quién te ha dicho que no la quiero?. Yo quiero a toda la humanidad. Aprendí esto en el Palacio de Justicia: que no debía amar a nadie en particular, que un amor como el mío, *aquel amor*, ésto se paga. Ella estaba allí, en la sala de la Audiencia. Me vio aprenderlo. Estaba de acuerdo.

- Me asustas. ¿De dónde sacas tales palabras? Deberías haberlo olvidado.

- ¿Olvidar? Por supuesto que he olvidado, como dices. Todo. ¿Quién entonces me permitiría tener recuerdos?.

- Pobre rechazada ...

- ¡ Tu compasión, para el gato !. A mí, me han hecho comprender.

- ¿Comprender qué? ¿Que era demasiado pronto? Un fruto es un fruto, está maduro cuando lo está.

- ¡Lárgate de aquí!. Cuando termine su comedia, yo la acompañaré a su cama.

- No me moveré.

- ¿Pero qué hace ella con mi madre? ¿Robarme su cariño como me ha robado el amor de los demás?.

- No sabes lo que dices. Demasiado iglesia para una niña como tú, demasiado confesonario.

- ¡Ella estaba allí el día del proceso! Yo creía que estaba conmigo, pero no, ella estaba con los otros; no abrió la boca, no dijo ni una palabra. No defendió mis derechos. Soy como ellos querían que yo fuera, hago lo que se me ha ordenado hacer: mantenerme tranquila, permanecer virgen y pura. ¿Sabes tú en concreto lo que es la pureza? Trabajar, rezar, obedecer ... ¡y todo el mundo me mira como si fuera un monstruo! ¿Puedes decirme por qué?".

- Casimira no contesta, abuela sale de la habitación de Adelaida. De repente encogiéndose, la niña grita:

" Abuela. he traído flores. Muy frescas. Huelen bien. ¿Quieres que prepare un ramo para tu mesita de noche? Te darán alguna alegría, ahora que eres una pobrecita enferma, que te encuentras sola, abandonada de todos estos malos ...

- Sí, hijita; por suerte estás aquí para ocuparte de tu pobre abuela.

- ¡Pero no llores! ronronea la santa enjugando con su pañuelo las lágrimas de la leona. Apóyate en mi brazo. Lentamente. Eres como una niñita, una muñeca arrugada".

Ella lanza una risita átona, luego, dirigiéndose a Casimira, gruñe en voz baja:

"¿ Qué haces aquí, boquiabierta? Abuela tiene hambre. Prepara rápidamente su cena. Y la de mamá. Vosotros, ¡tumbados!. Grita a los perros. ¿No comprendéis que abuela no puede sostenerse sobre sus piernas?".

Encorvado como un junco, Pepito Mariposa lanza buenas noches señora desde el umbral de la puerta. La mirada de tía Dolores se adhiere a sus caderas ondulantes; ella le grita:

"El señor cura quiere que estés en la sacristía mañana por la mañana a las seis en punto; no has hecho la limpieza en una semana larga, la iglesia apesta. ¿Me oyes?".

Mariposa se pone a silbar enseguida que ha puesto los pies en el rellano; al pie de la escalera, Casimira grita:

"¡ Todo el mundo a la mesa, la cena está preparada !".